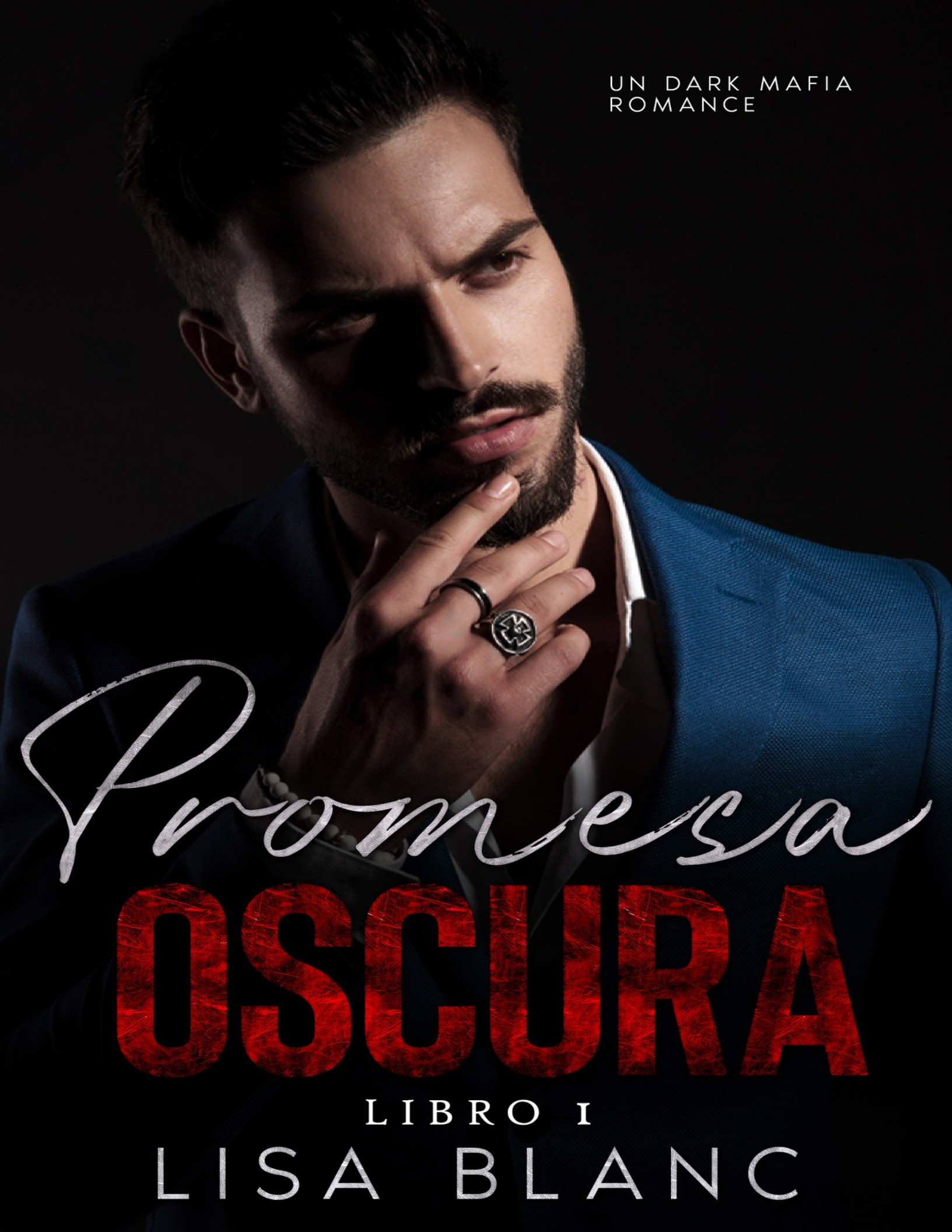




UN DARK MAFIA
ROMANCE

Promessa
OSCURA

LIBRO I
LISA BLANC

Derechos de autor © 2024 Lisa Blanc

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

[Derechos de autor](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)

PRÓLOGO

Me puse las zapatillas lo más rápido que pude, agarré mi teléfono y salí corriendo de la casa.

—¡Dalia!— escuché gritar a mi papá.

—¡Ya voy!— respondí corriendo por el pasillo, pasando por delante de las habitaciones de mi hermana y mi hermano.

Mi padre quería llevarme a algún lugar. Dijo que era una sorpresa solo para mí, ya que no había estado presente para mi 14º cumpleaños ayer. A mi madre y a mis hermanos se les había dicho que se quedaran a pesar de las protestas de mis hermanos. Mi madre, por otro lado, estaba de acuerdo con que me fuera. Dijo que finalmente había crecido para ser útil en esta familia. Siendo la menor, eso significaba mucho para mí. Mi hermana, que tenía 16, y mi hermano, que tenía 19, siempre me habían eclipsado. Era mi momento de brillar.

Mi teléfono vibró en mis manos y revisé el mensaje. Era de mi mejor amiga, Violeta. Aunque yo fuera la hija de Andre Gates, el multimillonario de la tecnología en el pueblo de Mazadora, ella aún me trataba como nadie lo hacía. Como si fuera un ser humano normal.

Violeta: ¿Lista para mañana?

Íbamos a tener una especie de fiesta de picnic en mi escuela. Violeta y yo habíamos planeado ir juntas.

Dalia: Nací lista. Si me pierdo esta fiesta, seguro estoy muerta jajaja

Violeta: No podría ser más cierto

—¡Dalia! ¡No tengo todo el día!— el grito de mi papá me sacó de mi estado relajado y corrí escaleras abajo en la mansión, mis rizos oscuros balanceándose y mi piel suave marrón moca brillando bajo las luces del candelabro.

Dalia: HBL chica. Tengo que irme.

Violeta: Okis. Adiós chica. Te quiero.

Dalia: Yo también te quiero

Guardé mi teléfono, con una sonrisa en mi rostro mientras caminaba hacia mi padre, quien me ayudó a entrar en la limusina. Si tan solo hubiera sabido que nunca volvería a ver mi hogar. Nunca volvería a ver a mis hermanos, mi mamá, Violeta... Nunca habría entrado a ese coche.

* * *

—Entonces, ¿a dónde vamos?— me atreví a preguntar a mi padre, con emoción en mi tono.

—Es una sorpresa, Dalia—, dijo él sin mirarme, sino a su teléfono.

—Dame una pequeña pista. Por favor, papá—, le rogué. Quería saber a dónde íbamos. Odiaba estar fuera del bucle. Mi padre me miró y por un segundo, creí ver enojo y odio en sus ojos, dirigidos hacia mí, pero desaparecieron, así que lo ignoré. Él no me odiaba. Yo era su hija, su sangre. No odias la sangre.

—Bien, Dalia. Vamos a un lugar donde papá va a intercambiar algo pequeño e insignificante por mucho más dinero de lo que vale. Luego, papá va a sentir alivio—, dijo él en un tono frío que también ignoré.

—Entonces... ¿vas a trabajar y yo voy a ayudar?—, pregunté.

—Sí.

—¿Qué es la cosa pequeña e insignificante que vas a vender?— pregunté citando sus palabras.

—Algo que fue un gran error. No te preocupes tanto, Dalia. Lo sabrás pronto—, quería saber

ahora, pero él no parecía querer decirme nada más, así que solo obedecí su orden y me quedé en silencio.

Condujimos por la ciudad y salimos del pueblo. Una vez que estuvimos a unas buenas millas en medio de la nada, mi papá se giró hacia mí. —Dame tu teléfono, Dalia—, ordenó.

Sin cuestionar, saqué mi teléfono del bolsillo y se lo entregué. Él era mi papá. Se suponía que debía obedecer. Bajó la ventana y lanzó mi teléfono fuera. Mi mandíbula se desencajó. Me tensé, sin querer gritar o chillarle. Era impotente, era una niña y era obediente y respetuosa. Así me criaron. La palabra de los padres es ley o sufres las consecuencias. Así que me quedé rígida mientras lo maldecía en mi cabeza. Más le valía comprarme un teléfono nuevo.

Minutos después, llegamos a un almacén. El conductor de la limusina nos condujo hacia adentro y aparcó. Se me erizó la piel de gallina mientras el miedo se hacía camino lentamente por mi espina dorsal y se centraba en mi cerebro. La puerta del coche se abrió y mi papá salió, instándome a seguirlo. Obedecí. Agarró mi brazo superior, guiándome hacia el interior del almacén. Era viejo y el aire olía a químicos. Estornudé más de una vez, pero a mi papá no le importó. Me pregunté si estar aquí era bueno para mi salud. Luego me pregunté si papá sabía que yo había -

Tropecé y caí, mis rodillas golpeando el frío y duro suelo. —Ay—, gemí.

—¡Dalia! ¡Levántate ahora!— ordenó mi papá severamente y rápidamente me puse de pie. El dolor en mis rodillas combinado con el miedo y la tristeza que sentí por ser regañada hizo que se formara un nudo en mi garganta pero lo tragué. Ahora era mayor, lo que significaba que era más fuerte. No debería – no – no iba a llorar. Seguí detrás de mi padre que caminaba tan rápido que tuve que correr en algunos puntos para mantener el paso. Quería preguntar a dónde íbamos, pero su enojo conmigo de antes me mantuvo en silencio. ¿Qué le pasaba?

Entramos a una sala y había tres hombres dentro. Uno estaba fumando un cigarro. Tenía el cabello negro entrecano y ojos avellana. Su barba era una réplica de su cabello y los anillos en sus dedos le daban un aire peligroso. Tenía un tatuaje en el lado de su cuello pero estaba demasiado oscuro para que pudiera distinguirlo. Los otros dos hombres estaban de pie a su lado, mirando al frente y completamente estoicos. Supuse que eran sus guardaespaldas. El hombre mayor dejó de fumar y luego miró a mi padre y luego a mí.

Me acerqué a mi papá, intentando ocultarme detrás de él. Ahora estaba más que aterrorizada y solo quería irme.

—¿Es ella?— preguntó el hombre mayor.

—Sí—, respondió mi padre. ¿Qué estaba pasando?

—No es ideal. No es suficiente, pero no se preocupen. La moldearemos—, dijo el hombre mayor, su acento italiano espeso y áspero.

—¿Mi dinero?— preguntó mi padre y el hombre mayor hizo un gesto con el dedo a uno de los guardaespaldas que trajo un maletín hacia adelante. Al abrirlo, había mucho dinero. Montones y montones de billetes de 100 dólares. Mi padre se acercó lentamente, inspeccionando el dinero y luego cerrando el maletín y tomando—

—Ella es toda tuya—, dijo mi padre mientras se alejaba de... mí.

Uno de los dos hombres se adelantó y agarró mi brazo. Mi cabeza se giró hacia mi padre. —¿Papá? ¿Qué está pasando?— pregunté, pero él se giró y se alejó mientras otro de los guardias venía y sostenía mi otro brazo.

—¡Papá! ¿¡Papá!?! ¿¡Papá!?! ¿¡A dónde vas?! ¡Suéltense! ¡Papá!— grité. Las lágrimas comenzaron a derramarse y me revolví, tratando de liberarme. Pateé, mordí, arañé y golpeé. No importaba cuánto dolor les causara, no importaba cuánto gritara y luchara, los hombres nunca me soltaron.

—¡PAPÁ! ¡VUELVE! ¡LO SIENTO! ¡POR FAVOR! ¡PAPÁ! ¡HIJOS DE PUTA! ¡SUELTENME! ¡AYUDA! ¡QUE ALGUIEN AYUDE!

Mi cabeza se giró hacia un lado, mi mejilla ardía. Me tomó un tiempo registrar que el hombre mayor me había abofeteado y sus anillos habían cortado mi mejilla.

—Tú, pequeña fiera, tienes esa llama dentro de ti que personalmente, no me gusta. No se preocupen. Jordan reducirá esa llama a nada—, dijo el hombre mayor. —Llévensela.

Fui arrastrada, físicamente agotada hacia una camioneta negra con cristales tintados. Me ataron, me amordazaron y me lanzaron una bolsa negra sobre la cabeza. Me lanzaron a la camioneta, rodando y golpeándome la espalda con lo que parecía un poste. Mis lágrimas ya se habían secado. No podía llorar más. Estaba vacía. Un cuerpo sin alma. Nada importaba en ese momento y en el siguiente, solo mi supervivencia.

Porque en ese momento, hice una promesa, un juramento. El hombre mayor, mi padre, madre y hermanos pagarían. Incluso si fuera lo último que hiciera.

Sé que dije que no odias la sangre, pero eso era mentira. El odio corre más profundo cuando eres traicionado por la sangre.

Y me aseguraré de que lo sepan.

1

Años después...

Me deslizaba entrando y saliendo de la conciencia. Mi mente estaba nublada y mi cuerpo adormecido. Ralentice mi respiración y me relajé tanto como pude. Lentamente, mi cuerpo recuperó la sensibilidad mientras mi mente se aclaró. Estaba acostada de lado, con los brazos y las piernas atados. Había un paño atado en mi boca y una bolsa lanzada sobre mi cabeza. A juzgar por el extraño calor en ambos lados de mis piernas y en algún lugar cerca de mi espalda, diría que había tres personas conmigo. Estaba acostada sobre una superficie metálica fría y podía decir que estábamos en un coche o una camioneta.

La sensación era como un déjà vu. Había pasado tanto tiempo desde que había estado en un coche. En ese momento, era una sensación agri dulce pero eso desapareció cuando me pregunté a dónde me llevaban. Nunca sacaban a las personas de la —casa segura— a menos que fueran a ser asesinadas. Intenté no moverme ni llamar la atención sobre mí misma. Creían que estaba dormida. Eso era bueno. Por un momento, pensé que podría escapar.

Por un momento, tuve esperanza, y eso era malo. Muy, muy malo. Nunca había sentido esperanza desde aquel día. Había olvidado cómo era y pronto jamás lo recordaría. La esperanza era peligrosa. La esperanza me hace recibir golpes. Me hace ser asesinada. Hace que esa pequeña llama que tengo en mí se encienda solo para ser controlada. No puedo pasar por otro colapso. No ahora. No de nuevo. Así que hice lo que me enseñaron, me rendí. Pero no por mucho.

* * *

El coche poco a poco se detuvo. —¡Despierta!— alguien gritó y pateó mi espalda. Gemí y me enrollé en una bola. Una mano me agarró bruscamente del brazo, seguida por otra y me pusieron de pie. Mi cabeza colgaba mientras me arrastraban por lo que se sentía como escaleras, si es que las esquinas que se clavaban en mis rodillas decían algo.

Luces fuertes parpadeaban del otro lado de la bolsa en mi cabeza. Fuimos arrastrados y nos detuvimos. Hubo un timbre y mi estómago se hundió con una sensación familiar. Estábamos subiendo en un ascensor. Mi corazón dio un salto. No sabía qué sentir. Mi corazón latía pero mis

emociones me fallaban. Fui entrenada para ser esta cosa sin emociones. Y me entristece informar que me entrenaron bien.

Salimos del ascensor y me arrastraron por un pasillo. Por un momento, escuché el sonido lejano de música profunda y voces, pero no pude evaluar qué eran antes de que el sonido de una puerta abriéndose llegara a mis oídos. Me arrastraron a la nueva habitación y me lanzaron al suelo.

—Mi regalo finalmente ha llegado—, conocía esa voz. Esa voz era el origen de mi caída, el único demonio más grande que yo misma que reside en las partes más oscuras de mi mente.

Me arrastraron para que me sentara sobre mis rodillas mientras me quitaban la bolsa de la cabeza. Siseé al ser cegada por la luz intensa de la habitación. Parpadeé, intentando que mis ojos se ajustaran a la luz. Hacía tanto que no había estado expuesta a algo tan brillante. Una vez que logré ver, sin que puntos negros obstaculizaran mi visión, levanté la vista. Su cabello estaba más canoso, era más delgado y tenía más arrugas en su rostro, pero seguía siendo el mismo.

—Qué alegría verte de nuevo, mi pequeña fiera. ¿Cómo has estado?— mi mente se detuvo. Él estaba aquí, delante de mí después de tanto tiempo. —Lamento mucho no haberme presentado antes. Mi nombre es Matteo Martinelli. Unos años demasiado tarde pero al menos ya sabes mi nombre—, dijo.

Matteo Martinelli. ¿Qué podía decir? Él arruinó mi vida, no, mi padre lo hizo. Él solo fue el que perdió en el intercambio que hicieron. No valía lo que él le dio a mi padre. Estaba mejor en las calles que con él de nuevo.

¡Eres nada así que no sientes nada! ¡Repítelo! ¡Ahora!

Esa voz resonó en mi cabeza alta y clara como si el hombre que lo dijo estuviera justo delante de mí. Soy nada así que no siento nada, repetí mentalmente. Levanté la vista hacia Matteo. Mis ojos estaban fríos, sin emoción... atormentados. Él sonrió con suficiencia. —Veo que Jordan te enseñó bien. Por la mirada muerta en tus ojos, puedo decir que se metió en tu cabeza, ¿verdad?— preguntó acariciando mi mejilla.

Tenía razón. Jordan sí se metió en mi cabeza pero una cosa permanecía. Una promesa que me negaba a olvidar o dejar ir. Mientras Matteo me miraba, lo que él pensaba era una muñeca rota, mi llama intentaba crecer más. Iba a pagar. Todos lo harían.

—Bueno, ahora que estamos presentados, podemos ir a ver a mi hijo. Sabes, te compré para él. Un espécimen perfecto, perfecto para un heredero—, dijo con una sonrisa enferma. No era ninguna reproductora. No tendría el heredero que él pensaba y además, estaba equivocado. El pobre viejito no sabía nada sobre mi condición médica. Solo Violeta lo sabía. Oh, Violeta... me pregunto dónde estará ahora o si siquiera se ha dado cuenta de que me fui. Mi padre debe haberlo encubierto pero Violeta y yo, éramos uña y carne. No había nada que no le contara.

Matteo hizo un gesto con la muñeca, giró sobre sus talones y sus esbirros me arrastraron para seguirlo. —Dile a mi hijo que lo quiero en mi oficina. Tengo un pequeño regalo para él—, ordenó a uno de los guardias que se fue inmediatamente. —Tú, mi pequeña fiera, vas a cambiar esta mafia como la conocemos.

Lo dijo en tono de burla, su grueso acento italiano nunca vacilante pero no sabía cuánto de verdad había en sus palabras.

Porque una vez que su hijo cruzara esa puerta, nada sería igual, para ninguno de los dos.

2

La bolsa fue colocada sobre mi cabeza de nuevo. Matteo quería una gran revelación. Ya no había nada especial en mí. Mi piel morena ya no brillaba con juventud y felicidad, mis ojos marrones habían perdido ese chispa de travesura, amor y emoción salvaje. Aunque mis rizos oscuros seguían siendo los mismos. Rizados, crespos, salvajes e indomables. Caían por mi espalda hasta mi cintura, lujosos y sedosos. Mi cuerpo había cambiado con el tiempo. De mi constitución atlética, había ganado una figura de reloj de arena que amaba incluso después de todas las cosas horribles por las que pasé para obtenerla...

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la apertura de la puerta. Podía escuchar a alguien entrar, los pasos eran completamente silenciosos, así que no pude distinguir el género del recién llegado.

—¡Hijo!— exclamó Matteo alegremente. Eso respondía mis sospechas.

—¿Qué quieres Matteo?— Un escalofrío me recorrió al escuchar la nueva voz. Era muy profunda, aterciopelada, dominante y el acento italiano en las palabras sacudía mi mismo ser. El hecho de que se dirigiera a su padre con tanto frío me satisfizo ligeramente.

—Ahora hijo —

—No me llames así, Matteo. Olvidas tu lugar,— interrumpió su hijo. Una pequeña sonrisa se formó en mi rostro bajo la bolsa. Me gustaba.

—Guardiamo oltre (pasemos de eso). Tengo un regalo para ti,— se escuchó un sonido de dedos chasqueando antes de que me levantaran para situarme en un lugar específico.

Me quitaron la bolsa de la cabeza y tiraron de mi cabello hacia atrás, obligándome a mirar hacia arriba a una reencarnación de Adonis. Tenía el cabello negro medianoche, corto en los lados pero largo en el medio, parte de él caía sobre sus ojos ónix. Labios rosas llenos, mandíbula cincelada que tenía sombra de las cinco y piel bronceada profunda. Llevaba un traje negro con una camisa blanca con los primeros tres botones desabrochados debajo, permitiendo que algunos

tatuajes se asomaran. Sus manos estaban cubiertas de anillos de plata, algunos con gemas negras. Había tatuajes en el dorso de sus manos. Los giros artísticos me burlaban, no sabía nada del tatuaje completo. No si él decidiera quitarse la camisa. Algo a lo que no me opondría.

Mis pensamientos extraños hicieron que recuerdos no deseados invadieran mi mente. Cerré los ojos con fuerza, obligándolos a salir.

¡Eres nada así que no sientes nada!

—No lo quiero,— escuché responder al hijo de Matteo.

No me inmuté, ni siquiera reaccioné. Había sido referida como un objeto durante tanto tiempo, que no me afectaba. Ya no me herían ese tipo de palabras. Me las habían dicho una y otra vez.

—Ahí es donde te equivocas, Vittore. No tienes que quererlo, tienes que tomarlo,— dijo Matteo.

—Dejemos algo en claro, Matteo. No quiero alguna puta que compraste,— respondió el hijo de Matteo, Vittore, con una voz mortalmente tranquila. Ahora esa palabra sí dolía. Hacía que recuerdos aterradores invadieran mi mente. Me desplomé, sostenida por dos hombres mientras trataba de no tener un ataque de pánico. Respiraba lentamente. Ahora no era el momento, Dalia. Estás libre ¿ok? Estás fuera. Respira. Respira...

—Me doy cuenta de que de hecho es patética pero, es propiedad de nuestra mafia. Vale miles de millones,— estaba confundida con eso.

—Explica,— exigió Vittore.

—Verás, ella misma tiene un valor neto de 5 millones de libras pero una vez que me la entregaron por un precio más barato, desapareció y pasó a valer 55 millones de libras. Después de su tiempo con un aliado de confianza mío, ahora vale más de 2 mil millones de euros. Así que Vittore, la decisión sobre su bienestar es toda tuya. Además, firmó algunos documentos aquí que la hacen legalmente tuya.

Mi mente nadaba con la nueva información. ¿Yo? ¿Vale miles de millones? Vittore podría simplemente venderme y eso sería el fin de eso.

—Podría simplemente venderla al mejor postor,— dijo Vittore, probando mi punto.

—Podrías, pero no has explorado lo que puede hacer. ¿Por qué perder algo tan útil?— instó Matteo. Sabía de lo que hablaba. No quería quedarme con Vittore pero de nuevo, no quería ser vendida a algún pedazo de mierda engreído.

—Entonces Vittore, ¿qué será? Toma a la chica, véndela por dinero o... usa a mi pequeña fiera para tu ventaja,— Matteo se había acercado a mí durante su charla. Pasó una mano por mi mejilla y yo no me moví ni me inmuté.

Era una estatua que podía moverse, seguir órdenes y matar. Recuperar suficiente de mi antiguo yo para matar a Matteo iba a ser difícil pero ese hijo de puta iba a morir junto con todos los demás que me hicieron daño. Fue entonces cuando quise que Vittore me tomara. Podría acercarme lo suficiente a su padre y matarlo. Encontré consuelo en el hecho de que incluso si lo lograba, a Vittore probablemente no le importaría la muerte de su padre.

Me gustaba eso incluso si no me gustaba él y nunca lo haría. La frase de tal palo tal astilla podría aplicarse. Aprendí a confiar solo en aquellos que tienen cierta oscuridad dentro de ellos, una similar a la tuya. Todavía no he encontrado a esa persona y espero a Dios nunca hacerlo.

3

Capítulo 3

La habitación estaba en silencio mientras Vittore examinaba mi cuerpo con sus ojos negros como la pez. Llevaba una camiseta sucia y desgastada y unos pantalones cortos que me quedaban un poco grandes, así que los había atado a mi cintura. No daba ninguna señal. Ninguna señal de que me iba a mantener, lo cual le suplicaba en silencio, y ninguna señal de que me iba a vender. Odiaba no poder leerlo. Podía leer a todos en esta habitación. Matteo estaba golpeteando su costado, estaba nervioso. Los ojos de los guardias me miraban de vez en cuando, estaban curiosos. Estaba arrodillada en el suelo, mi cuerpo inmóvil. Estaba muerta por dentro. Había estado desde la —casa segura— y lo estaré por el resto de mi vida. Hay algunas cosas por las que pasas y nunca vuelves a ser el mismo.

—La tomaré con una condición,— finalmente declaró Vittore. Una apuesta. Inteligente.

—¿Cuál es?— Preguntó su padre.

—Dame a mi madre,— declaró Vittore con calma y Matteo rió entre dientes.

—No,— respondió y Vittore fácilmente sacó un arma de su cintura y apuntó a la cabeza de su padre.

—No estoy aquí para bromear, viejo. Quiero a la chica y a mi madre o pondré esta bala directamente a través de tu cráneo,— amenazó y supe que lo haría pero esperaba que no lo hiciera. Matteo era mío para matar.

—Está bien,— Matteo cedió a través de dientes apretados. Sacó su teléfono y comenzó a hablar en italiano con la persona al otro lado, diciéndoles que trajeran a su madre y sí, yo sabía italiano. También sabía ruso, francés, alemán y español. Tenía que aprenderlos. La mayoría de

las mafias se centraban en esos idiomas.

Tomó unos minutos pero pronto una mujer mayor con cabello castaño oscuro y figura delgada fue traída a la habitación. Sus ojos oscuros, similares a los de Vittore, buscaron la habitación hasta que aterrizaron en su hijo. Se iluminaron de alegría y pude sentir que quería abrazarlo pero simplemente fue y se paró a su lado. Sus ojos se encontraron con los míos y su ceño se frunció en confusión, preocupación nublando sus rasgos. La miré fijamente, sin emoción.

—Nunca un placer, Matteo,— murmuró Vittore antes de llevar a su madre fuera de la habitación. Dos hombres nuevos que estaban afuera vinieron y me levantaron, arrastrándome hacia afuera. ¡Por el amor de Dios podía caminar! Intenté hacerlo pero mis piernas se desplomaron. Hacía tiempo que se habían dormido. Intenté recuperar la sensación en mis piernas y caminar pero los dos hombres que me arrastraban dificultaban eso.

Vittore se subió a un coche negro con su madre y yo fui empujada al coche que les seguía. Fruncí el ceño a los dos hombres que evitaban mi mirada. Dejé escapar un pequeño suspiro mientras mis muñecas dolían donde estaban atadas. Miré al hombre frente a mí, una tarjeta asomaba de su bolsillo. Me vino una idea a la mente. Extendí la mano lentamente y deslicé la tarjeta. Me aseguré de hacerlo sólo cuando pasábamos por badenes o baches. Finalmente, conseguí la tarjeta. La acerqué a las cuerdas que me ataban y empecé a cortar lentamente la cuerda con el borde roma.

—Sube la radio—, sugirió uno de los hombres y el otro hizo lo que le pidieron.

—... a todos. Son las 10 p.m del martes 14 de mayo de 2021....— Miré la radio. No podía creerlo. Había estado ausente por cuatro años. Sufrí en la —casa segura— durante cuatro largos años. Ahora tenía dieciocho. Era adulta. Recordé los días en que anhelaba este momento. Cuando sería lo suficientemente mayor para sentir que controlaba mi vida.

¿Qué habría sido de mi futuro si mi padre no me hubiera vendido? Sacudí la cabeza intentando librarme de tales preguntas. Antes no me habían ayudado y ciertamente no lo harían ahora. Continué intentando librarme de mis ataduras. Después de mucho tiempo, finalmente logré cortar la cuerda. Observé con cuidado a los dos hombres frente a mí mientras intentaba deshacer la cuerda. Pero el destino no estaba de mi parte porque en ese momento llegamos a nuestro destino. Las puertas de metal se abrieron hacia adentro revelando una gran mansión. Para ser honesta, estaba impresionada.

Cuando era hija de Andre Gates, vi muchas mansiones en mi tiempo pero esto... esto era una fortaleza sangrienta. Vi guardias escondidos en las sombras, solo esperando abalanzarse y un canil en lo lejos del complejo. Solo el Señor sabe qué tipo de perros viscerales mantienen allí.

Condujimos por el largo camino de entrada rodeado de arbustos perfectamente podados hasta el frente de la casa. Cuando los coches se detuvieron, vi a Vittore bajar antes de que uno de los hombres saliera de su asiento y me sacara del coche. Me aferré fuerte a las cuerdas en mis muñecas para asegurarme de que no parecieran sueltas.

Me agarraron los brazos y me llevaron escaleras arriba, pero rompí las cuerdas y agarré la cabeza de un tipo, golpeándola contra mi rodilla levantada. El sonido de algo rompiéndose fue tan satisfactorio. El otro tipo intentó golpearme pero me incliné, usando su peso y el mío para tirarlo hacia abajo y sobre mi espalda. Lo solté mientras me giraba e intentaba correr. Eso fue hasta que dos brazos fuertes me rodearon la cintura. Me jalaban hacia un pecho duro y mis brazos fueron atados en una posición dolorosa detrás de mí.

Luché en el agarre de mi captor pero no me quejé del dolor en el que estaba. Había sentido peores.

Me arrastraron escaleras arriba, retorciéndome y pateando todo lo que podía. Entramos a la hermosa mansión y me encantó por dentro. Era todo colores claros y oscuros como múltiples tonos de oro, gris y negro. Los candelabros brillaban desde los techos y el lugar olía a galletas horneadas y pólvora. Una combinación extraña. Me tiraron al suelo y rodé, girando para ver a mi captor. Era Vittore. Me miró con sus ojos de ónix muertos pero pude decir que estaba enojado.

—Non mettermi alla prova (No me pongas a prueba)—, dijo oscuramente y supe que no podía escapar. Ni siquiera lograría dar tres pasos fuera de esta mansión. Estaba atrapada hasta que pudiera recopilar suficiente información para escapar. Me levanté, sacudiendo mi ropa sucia. Me enderecé y le di a Vittore una mirada desafiante. Él se giró, avanzando hacia el interior.

Su madre se giró hacia mí y me dio una sonrisa. Le devolví una mirada vacía. Parecía no afectarle mientras seguía a su hijo. Decidí que lo mejor era seguir yo también. Parece que mi tiempo en esta mansión iba a ser interesante.

4

Me aparté un poco de cabello de la cara mientras seguía a Vittore. Quería detenerme a admirar la decoración oscura a mi alrededor, pero sabía que ahora no era el momento. Vittore empujó dos puertas de cerezo oscuro y entramos en una habitación enorme. Había un gran escritorio circular en medio rodeado de sillas y televisores de pantalla plana a lo largo de las paredes. Si no supiera mejor, diría que esto era una sala de guerra. Vittore se movió hacia la cabeza de la mesa y la tocó y la superficie negra brillante se iluminó. ¿Un televisor en una mesa? ¿Desde cuándo?

Traté de recordar algo similar antes de irme hace cuatro años pero no recordé nada. El mundo realmente había progresado desde entonces. No estaba tan mal. Sabía cómo hackear y codificar. Vittore ignoró tanto a su madre como a mí que pronto decidió salir de la habitación. Me dejó dentro con Vittore. Poco después, la puerta se abrió de golpe y una chica de la edad de Vittore entró. Tenía el cabello castaño oscuro largo y ojos marrones similares a los míos. Era baja y petite, su cara en forma de corazón y su nariz de botón le daban un aspecto más joven.

—Me has convocado, señor—, dijo con una voz suave y educada, inflando su pecho, haciendo que sus senos resaltaran de la camiseta rosa pastel de cuello en V que llevaba. La oí al instante. Podía decir su actitud desde lejos. Zorra de clase A creída.

—Llévala a una habitación—, ordenó Vittore continuando haciendo trabajo en la cosa de mesa tv, sin siquiera darnos una mirada.

—¿A qué habitación, señor?

—A cualquier habitación, Alexa. Solo sácala de aquí—, respondió Vittore. Qué educado.

Alexa se volvió hacia mí y me miró de arriba abajo. Su nariz se arrugó en disgusto por un segundo. Ahí estaba. —Vamos—, dijo educadamente. Realmente no quería, pero la seguí fuera de la habitación. Mis caderas se balanceaban mientras caminaba de una manera que demandaba atención. No lo hacía a propósito para llamar la atención de Vittore o nada por el estilo. Me habían taladrado en la cabeza permanecer siempre en el personaje. Siempre ser la presa que todos los depredadores buscan. Pero poco sabían que yo era un lobo con piel de oveja, solo

esperando abalanzarse.

Alexa y yo caminábamos por una serie de pasillos. Pasamos el mismo cuadro dos veces y creo que estaba tratando de confundirme. Desafortunadamente para ella, tenía un buen sentido de orientación y era más observadora en entornos nuevos de lo que ella creía. Finalmente llegamos a otra puerta de madera de cerezo oscuro y Alexa la empujó antes de girarse y alejarse por el pasillo, con un balanceo forzado y extraño en sus caderas. Bufé interiormente. Debe haber estado observándome.

Hasta nunca.

Entré en la habitación y odio admitir que me encantó. Después de años en la —casa segura—, cualquier cosa era una mejora y el hermoso dormitorio gris y negro era definitivamente una mejora. Me senté en la cama tamaño queen con sábanas grises y negras. Había una mesita de noche junto a mí con una lámpara de plata y dos puertas adicionales. Supongo que a un baño y un armario. Suspiré antes de agarrar la lámpara y abrir la parte de atrás. Saqué unos cuantos cables y la placa base en el centro. Los metí en mis bolsillos y caminé hacia la ventana. Debía ser vidrio a prueba de balas. No quería arriesgarme a crear conmoción en caso de que de hecho fuera a prueba de balas y quisiera romperla.

Esto iba a ser más difícil de lo que pensé... pero no imposible.

Caminé hacia la puerta, lista para abrirla cuando tiré de la manija y la puerta no cedió. Tiré de ella otra vez. Maldita sea. Estaba cerrada. Buen movimiento Vittore. Buen movimiento. Supongo que estaba atrapada en esta habitación. Miré a mi alrededor buscando algo que pudiera usar como arma y no encontré nada. Ni siquiera me habían dado algo tan simple como una navaja de afeitar. Suspiré y decidí ducharme. Me desvestí en el baño y me llevó un rato entender cómo funcionaban los diferentes botones y demás, pero cuando lo hice, tuve una agradable ducha caliente. Era extraño. Estaba acostumbrada al agua fría y sucia. Era todo lo que nos daban. Intenté olvidarme de todo en ese momento. Solo tenía que disfrutar de este único momento. No debería ser difícil.

Salí de la ducha y sequé mis rizos oscuros antes de trenzarlos en dos trenzas francesas limpias que se detenían en mi espalda. Salí del baño, sin ganas de ponerme la ropa sucia de la que acababa de salir. Solo saqué las cosas que conseguí de la lámpara de ellas y las puse debajo de mi almohada. Serían útiles más tarde. Busqué en la habitación algo pequeño que pudiera usar para forzar la cerradura. Lo único que podría ayudar era el peine. Até mi toalla como una toga alrededor de mí y luego rompí uno de los dientes del peine. Lo llevé a la puerta y después de luchar por unos segundos, se abrió de golpe.

Sonreí con victoria antes de caminar por el pasillo. Este lado estaba extrañamente desierto. Seguí el sonido de las voces hasta que llegué a una cocina. Había cuatro chefs femeninas preparando comida y siete tipos vestidos de traje rodeando la mesa, incluida Alexa. Estaba riendo y coqueteando como una ex desesperada. Toda la risa y diversión se detuvieron cuando entré. Todas las miradas se dirigieron hacia mí, particularmente las miradas masculinas, mirando mi cuerpo cubierto por una toalla con shock y lujuria.

—¡Por el amor de Dios! ¿Estás tan desesperada que vienes medio desnuda?!— chilló Alexa y si tuviera un arma le habría puesto dos balas en la cabeza justo allí. Coloqué mi mano en mi cadera y le di la mirada. Sus mejillas se enrojecieron y me miró con dureza.

—Oh, ahí estás—, dijo una mujer entrando en la cocina con un montón de ropa doblada. Estaba pálida y podía decir por su sonrisa forzada que estaba nerviosa e incómoda. —Te he estado buscando. Saliste de la habitación y... bueno, nunca mente eso. Estas ropas son para ti. No tuve tiempo de ponerlas en la habitación antes de que te mudaras—, explicó evitando el contacto visual con toda mi piel expuesta de color marrón mocca.

Tomé la ropa de ella y salí de la cocina con la cabeza bien alta. No tenía nada que temer. Yo era la nueva Dalia. Nada la lastimaba. Miré la ropa que me dieron. Sudaderas y hoodies, todos grises. No tenía ningún negro para mezclarme en las sombras. Genial. Volví a mi habitación y me puse ropa interior que estaba escondida en el montón, un hoodie y un par de pantalones de sudadera. El hoodie era unas cuantas tallas demasiado grande y me tragaba entera. Me recordaba a la época en que estaba obsesionada con los hoodies enormes. Eso parece de hace una eternidad.

No tenía ánimos para aguantar a Vittore y su oscura aura, así que me acosté en mi cama, colocando uno de los adornos de la mesa, una especie de bola plástica, bajo la almohada junto a mí. Sería el arma perfecta. En la —casa segura— me vi obligado a ser un durmiente ligero. Incluso el más mínimo movimiento podía alertarme. Eso si es que dormía. Prefería no dejarme vulnerable. Nunca más. Así que me quedé mirando la puerta, esperando qué, no lo sabía. Tal vez una señal. Simplemente algo.

Cualquier cosa. Honestamente, el aburrimiento me estaba consumiendo.

5

Habían pasado horas y el sol estaba a punto de salir. Nadie entró a la habitación, para mi decepción. No me gustaba no hacer nada. Quería estar activo, distraerme de mis propios pensamientos. Estaba cansado de simplemente yacer aquí sin propósito. Era como si el universo escuchara mi clamor porque justo entonces estaban abriendo la puerta. Por la forma en la que la persona luchaba con la cerradura, estaba intentando forzarla. Cerré los ojos y esperé.

Pronto, se abrió la puerta. Cerré con más fuerza el agarre en la bola plástica bajo la almohada. Escuché pasos acercándose y cuando sentí una mano en mi espalda, me levanté de un salto y tiré a la persona al suelo. Me senté en sus muslos, apretando mis piernas para mantenerlos en su lugar. Con mi mano libre, les até las suyas juntas y levanté la bola plástica, listo para golpear a la persona en la cara. Me quedé congelado cuando finalmente vi a la persona que había atrapado.

Era un chico. No parecía mayor de 16 años.

—¡Eh, eh, eh! ¡No quieres hacerme daño! ¡Solo estoy aquí para entregar un mensaje! ¡Por favor!— gritó, y no le creí ni una palabra. Estreché los ojos hacia él.

—¡El jefe me envió a buscarte!— finalmente dijo. Lo miré de cerca. Sudor recorría su frente y labio superior. Sus ojos no podían encontrarse con los míos y ligeros temblores recorrían su cuerpo. Estaba diciendo la verdad.

Lo solté y lancé la bola plástica en mi cama. Podría ser útil más tarde. Levanté al chico por el cuello de su camisa y lo empujé hacia fuera de la puerta, para que me llevara con su jefe. Caminó por el pasillo conmigo detrás y por la rigidez de su postura y la inestabilidad de sus piernas podía decir que quería voltear y ver si intentaría saltar sobre él y tratar de matarlo de nuevo. Por suerte para él, no estaba de ese humor.

Caminamos por una serie de pasillos durante mucho tiempo, pasando tres veces por el mismo cuadro. Me aseguré de tomar nota del pasaje correcto. Aficionados. Yo sabía cómo funcionaban estas cosas. Lo había vivido todo. Finalmente llegamos a una puerta doble de roble claro que destacaba en el interior negro. El chico tocó en un patrón y lo memoricé. Empujó la

puerta abierta y me hizo un gesto para que entrara, lo cual hice.

Sentado en un escritorio de caoba pulido, haciendo papeleo estaba nada menos que Vittore Martinelli en persona. La puerta se cerró detrás de mí.

Vittore levantó la vista hacia mí e intenté no encogerme ante la intensidad de su mirada. A los hombres les gusta la debilidad, algo que me habían entrenado para no mostrar a menos que fuera necesario. Tomó un montón de papeles de su escritorio y se acercó a mí. Me entregó los papeles y los revisé. En la parte inferior del papel estaba mi firma, o la que tenía cuando tenía 14 años. Ahora, tengo varias para diferentes situaciones, pero esta era la verdadera, la original.

—Este es el contrato que firmaste. Como puedes ver, los términos son claros. Fuiste vendida a Matteo por tres millones. Entonces, te convertiste en su propiedad, por lo tanto, en propiedad de la mafia. Desapareciste durante cuatro años y sorprendentemente, él te trae de vuelta, dándote a mí como un regalo—, explicó Vittore mientras me rodeaba. —El contrato dice que eres propiedad de quien Matteo haya decidido darte.

Absorbí lo que dijo y leí el contrato por mí misma. Tenía razón. Ahora le pertenecía a él y a su mafia.

—Venderte sería fácil pero de nuevo, quiero saber qué tienes de especial. Mi padre tomó millones de la mafia en secreto y esos fueron invertidos en un proyecto secreto que llamó la Guadaña de Jade—, en eso, traté de no reaccionar. —Eres tú, ¿no? Me tomó un tiempo descubrirlo pero ¿por qué invertiría millones en ti, dónde has estado los últimos cuatro años y por qué estás de vuelta?

La verdad, no podía responder a la última pregunta pero sabía las respuestas al resto y no había forma de que se las dijera. Me mantuve en silencio. Dejé de caminar y ahora estaba detrás de mí. Podía sentir su calor corporal. Estaba tan cerca.

—Esperaba que no hablaras—, dijo y volvió a su escritorio. Sentí que podía respirar una vez que no estaba literalmente respirando sobre mí. —Te ofrezco otro contrato.

Mi atención se agudizó. Vittore se recostó en su silla y no pude evitar notar cómo su oscura aura dominaba la habitación. Había algo en él que me intrigaba. Empujó un montón de papeles hacia mí.

—Tengo términos más simples y menos. Serás mi propiedad durante quince años. En ese

tiempo, debes acatar mis reglas y las leyes de mi mafia. Después de eso, serás libre—, dijo.

Recogí el contrato, lanzándole una mirada de soslayo. No confiaba en su palabra. Leí el contrato en busca de lagunas hasta que finalmente encontré una. Una risa oscura se me escapó de los labios. Golpeé el contrato sobre la mesa.

—No soy como tus tontos secuaces. Este contrato dice que seré tu propiedad durante quince años. Debe haber sido un pensamiento agradable, ¿verdad? Etiquetarme como propiedad de Vittore Martinelli. No dice nada sobre anular el contrato viejo. Seguiría siendo propiedad de la mafia, por lo tanto, nuevamente tuya. No soy ingenua. Sé que la única forma de salir de la mafia es la muerte. No necesito tu contrato falso. Saldré de aquí por mí misma—, dije con mi acento británico marcado.

Mis ojos muertos se encontraron con los suyos fríos en un duelo de miradas. Me giré para dejar la habitación, pero la puerta estaba cerrada con llave. Escuché a Vittore levantarse. —Lei parla (ella habla)—, dijo en italiano.

Maldije en mi cabeza. Girándome, me enfrenté a Vittore, quien se había movido para estar frente a mí. —Te olvidas de que esta es mi mafia. Mi casa y por supuesto, mis reglas. El nuevo contrato ya no es una opción. Parece que lo has rechazado—, dijo Vittore con oscuridad.

Se acercó hasta que estábamos a centímetros de distancia y no me sentí amenazada en absoluto. Piense lo que quiera, pero he pasado por peores. He visto peores. No me asustaba.

—Sei un uccello in una gabbia di mia creazione. Pensi di poter scappare? Certo, vai. Prova ad andartene. Le tue ali saranno tarpate prima di prendere il volo (Eres un pájaro en una jaula de mi creación. ¿Crees que puedes escapar? Claro, ve. Intenta irte. Tus alas serán recortadas antes de tomar vuelo).

6

El descaro de ese maldito italiano.

Caminaba de un lado a otro en mi habitación, completamente inquieta. Estuve en la oficina con Vittore hace solo unos momentos y sabía que necesitaba abandonar su mansión lo antes posible. Cuanto más tiempo me quedara aquí, más tiempo le daba a Vittore para descubrir quién y qué era realmente. Al mencionar mi nombre en clave, La Guadaña de Jade, sabía que estaba cerca de averiguarlo todo. No iba a estar cerca cuando lo hiciera.

Me iba esta noche. Tan pronto como el sol se pusiera y esta finca se bañara en sombras, tomaría mi partida. No tenía mucho conmigo para ayudar a escabullirme, pero era ingeniosa. Caminando hacia la ventana, corrí la cortina y observé a los guardias abajo.

* * *

La noche había caído y era mi momento para escapar. Había estado observando a los guardias todo el día, aprendiendo sus horarios de cambio. Tenía que admitirlo, Vittore era inteligente. Los horarios nunca eran los mismos. A veces se tomarían una hora de descanso, luego quince minutos, luego media hora, de vuelta a los quince y luego la hora de nuevo. Sabía que no sería capaz de seguir el ritmo y tardaría una semana antes de dominar sus métodos.

No quería esperar una semana. Tenía que irme ahora, así que estaba tomando mis oportunidades. La criada de antes había dejado caer un par de leggings blancos, ropa interior y una sudadera gris claro no hace mucho. Había cortado la parte inferior de la sudadera, dejando mi abdomen al descubierto, pero ahora tenía un arma de algún tipo. Sostenía firmemente el trozo de tela en mi mano mientras observaba a los guardias dejar sus puestos desde debajo de mi ventana.

Ahora tenía exactamente dos minutos para bajar allí. Usando uno de los dientes que rompí de mi peine, abrí la puerta y caminé por el pasillo, tomando la misma ruta que hice con la chica Alexa. Caminé en las sombras y junto a la pared. Al doblar una esquina, vi a dos guardias armados, así que rápidamente retrocedí, pegando mi espalda contra la pared.

Echando un vistazo, me alegró ver que no habían notado mi presencia. Tomé una respiración profunda, sosteniendo el trozo de tela de mi sudadera en una mano. Doblé la esquina, corriendo hacia los guardias. El primero me vio, levantando su arma para disparar, pero ya lo había alcanzado. Moví mi mano, golpeándolo en la cara con el trozo de sudadera. Mientras estaba distraído, agarré su arma con mi otra mano y lo golpeé en la nariz con mi codo, noqueándolo.

El otro guardia aún estaba en shock, así que solté el arma en mi mano, enrollando el trozo de sudadera alrededor de su cabeza desde atrás y cortando su suministro de aire. Luchó contra mí, pero como yo era más pequeña que él, no pudo agarrarme por detrás. Debido a la falta de aire, no pasó mucho tiempo hasta que se desplomó en el suelo. Tomé su arma y la de su compañero, registrando sus cuerpos en busca de cualquier tarjeta llave que pudiera ser útil.

Encontré ambas tarjetas y tomé una, poniéndola en la cintura de mis leggings con las armas. Continué mi camino hasta llegar a la cocina. No había nadie presente y caminé hacia la puerta trasera que necesitaba una tarjeta llave para abrirse. Deslizándola la que estaba en mi cintura en la ranura, zumbó antes de que la puerta se abriera. Salí y cerré detrás de mí, lanzando la tarjeta llave al arbusto. No podría usarla de nuevo.

Caminando a lo largo de la pared de la mansión, fijé mi mirada en la salida del personal de la propiedad. Era una puerta pequeña custodiada por dos hombres que casi no logro ver desde mi ventana. El único problema era que las perreras estaban ubicadas junto a ella. Sabía que no sería capaz de superar a esos perros en velocidad y esperaba que no estuvieran abiertos. Sería una lástima tener que dispararles.

Me agaché cuando la salida apareció a la vista. Observé cómo una de las criadas caminaba hacia los guardias. Los perros en las perreras ladraban furiosamente pero fueron silenciados por un hombre delgado sentado en una silla. La criada tuvo que mostrar su identificación de trabajadora antes de ser dejada salir. Mientras uno de los guardias usaba una tarjeta clave para abrirle la puerta, capté un vistazo de más seguridad afuera.

Genial. Simplemente genial.

Esperé unos minutos más para que mi plan se concretara completamente. ¿Recuerdas las partes que quité de la lámpara? No fue difícil empezar un pequeño incendio con su ayuda. Me giré, buscando la dirección principal de mi ventana. Se podía ver humo en esa área y estaba ligeramente contento de que todo estuviera saliendo bien. El sonido de una sirena llegó a mis oídos y los dos guardias en la salida levantaron la vista.

—¿Ves el humo?— preguntó uno de ellos.

—Sí. Voy a verificarlo,— respondió el otro antes de correr hacia donde yo estaba.

Cuando pasó por mi lado, salté del arbusto, tirándolo al suelo conmigo, puse una mano sobre su boca mientras la otra estaba alrededor de su cuello, asfixiándolo. Luchó en mi agarre pero estaba decidido a salir de este lugar y él era solo un estorbo. Pronto, quedó lánguido en mis brazos y me deshice de él. Saqué su tarjeta clave de su bolsillo y empecé a quitarle su camisa negra.

Metí la camisa en mis leggings junto con todo lo demás. Volviendo hacia la puerta, noté que otros miembros del personal estaban siendo escoltados fuera de la mansión. Caminé rápido, subiéndome la capucha y uniéndome a la multitud. Saqué una de las armas, disparando al aire. Todos a mi alrededor entraron en pánico y corrieron hacia la puerta como una estampida de elefantes. Me golpearon la mano y dejé caer el arma pero eso estaba más allá de mis preocupaciones.

Me abrí paso por la multitud que el guardia intentaba controlar y pasé la tarjeta clave por la puerta, que se abrió deslizante. Todos salieron corriendo por la puerta y fueron interceptados por los cientos de guardias afuera. No perdí tiempo y corrí calle abajo. Antes de llegar al final de la propiedad, vi una cámara y le sonreí al pasar.

Estaba libre.

7

Me quité la capucha y me puse la gran camiseta negra que robé al guardia, tirando la capucha en un bote de basura. Había estado corriendo durante mucho tiempo y llegué a la ciudad bulliciosa más rápido de lo que pensé. Me recogí el cabello mientras caminaba a través de la multitud ruidosa. Mis ojos no podían evitar mirar a todos lados. Había tanto que había cambiado. Todavía no tenía ni idea de dónde estaba ni qué iba a hacer a continuación, pero no estaba demasiado preocupado.

El arma metida en mis leggings bajo la gran camiseta solo tenía ocho balas. Sería suficiente en caso de que Vittore enviara a alguien por mí. Me dirigí a la estación de metro, mirando el mapa. Estaba en una ciudad llamada Las Pavita. Recordé que solía vivir en un lugar llamado Santa Pores y busqué esa área en el mapa. Tenía que cumplir la maldita promesa que me hice a mí misma.

Mientras buscaba, una mano aterrizó en mi espalda y me giraron, un puñetazo aterrizó en mi mejilla. Retrocedí sorprendido pero antes de que pudiera contraatacar, unas manos me agarraron por detrás y me arrastraron a un área aislada en el metro. Me levanté, intentando sacudirme a la gente de encima.

—Mira lo que tenemos aquí,— levanté la vista para ver a un tipo escuálido. Sus ojos recorrieron mi cuerpo mientras se lamía los labios pálidos y agrietados. —Qué cosita más linda.

Fruncí el ceño al tipo frente a mí, realmente no estaba de ánimo para ser atracada por aficionados. Pisoteé al que me sujetaba por la derecha. Gritó y me soltó. Levanté mi otro brazo, golpeando al de mi izquierda en la cara con mi codo. Él también me soltó con un grito de dolor. Me giré hacia el tipo escuálido y él se había puesto pálido. Sacó un arma de su abrigo y me la apuntó, pero su mano temblaba.

Le di una bofetada en la mano, quitándole el arma y descargándola, haciendo que las balas cayeran al suelo. Agarré al tipo escuálido por la camisa mientras sus amigos huían. Lo acerqué a mí mientras sacaba el arma de debajo de mi camisa y la amortiguaba, apuntándole a la cara.

—¿Cómo llego a Santa Pores?— le pregunté con calma.

Estaba temblando como una hoja y las lágrimas en sus ojos mostraban que estaba a punto de llorar. Lo sacudí, enojado porque estaba perdiendo mi tiempo. —¡Dije, cómo puedo llegar a Santa Pores?!— le espeté.

—¡Toma el tren! Está bastante lejos y harás muchas paradas, pero llegarás en unas horas. Por favor, no me hagas daño. Tengo que pagar mis deudas a mi jefe o mi hermanita sale lastimada, hombre,— dijo rápidamente y con miedo. Rodé los ojos y le golpeé con mi arma en la sien, haciéndolo caer inconsciente.

—Los hermanos están sobrevalorados, chico,— dije al pasar por encima de su cuerpo y escondiendo mi arma una vez más.

Cuando miré hacia atrás a él, noté un tatuaje de cuervo destacándose en la parte posterior de su cuello. Lo tomé como nada, salí del metro, con un plan para conseguir dinero en mente. Anduve un rato hasta que vi un club. Se llamaba La Jaula Dorada. Había una larga fila en el frente, pero caminé hacia la puerta trasera por el callejón. Había un portero apoyado contra la pared, fumando un puro.

Me acerqué a él con una cara seria y él me miró, soltando un gemido cansado.

—Mira cariño, no puedes

—— Lo pateé en la cara antes de que pudiera terminar, noqueándolo. Me agaché para sacar su billetera del bolsillo. Al abrirla, me di cuenta de que solo tenía veinte dólares en ella.

—Pobre diablo,— murmuré lanzando su billetera a su cabeza y guardando los veinte dólares en mi sostén.

Abrí la puerta trasera del club y la música alta me envolvió tan pronto como entré. Luces de oro, rosa y azul parpadeaban en el club mientras la música sensual retumbaba a través de los altavoces. Había jaulas por todas partes con mujeres semidesnudas bailando en ellas y hombres animándolas, lanzando dinero a través de las barras. Rodé los ojos mientras buscaba mi primer objetivo.

Vi a un tipo que estaba borracho perdido, besándose con una mujer vestida de hada. Me acerqué a ellos, metiendo la mano en el bolsillo del hombre para sacar su billetera mientras estaba —ocupado—. La abrí y silbé bajito mientras me dirigía de vuelta a la puerta trasera. Tenía un montón de billetes de cien dólares aquí. Los recogí, dejando caer la billetera en el suelo mientras contaba. Mil setecientos dólares. Sonreí mientras también metía el dinero en mi sostén y me dirigía calle abajo, de vuelta al metro.

Eso fue sorprendentemente fácil.

Mientras caminaba, pasé por un café internet. Mis pies me detuvieron de moverme mientras lo miraba. No sé qué me pasó, pero suspiré, dirigiéndome hacia el café. Estaba cerrado pero di una patada en la puerta de cristal, rompiéndola. Miré alrededor para ver si alguien se había dado cuenta y me alegré de que la calle estuviera muerta. Entré y encendí las luces, las computadoras y el Wi-Fi.

Fui a una computadora específica y hice doble clic en Google. Sabía que no debería buscar nada. Solo empeoraría las cosas, pero necesitaba saber. Tomé una respiración profunda mientras llevaba mis manos al teclado pero se detuvieron.

—Vamos,— me susurré a mí mismo. Pasé una mano por mi cabello mientras dudaba de mi decisión de buscar. Me convencí de que esta era la mejor opción.

Tomé una respiración profunda y comencé a teclear.

Dalia Gates

Sin pensarlo dos veces, presioné buscar. Millones de artículos aparecieron pero hice clic en el primero y comencé a leer.

8

HIJA DE MILMILLONARIO DESAPARECIDA

Dalia Gates, hija del millonario Andre Gates y la coordinadora de moda Emily Clark Gates, fue reportada como desaparecida por su compañera de clase y mejor amiga, Violet Bailey. Según Violet, su amiga no se presentó a la fiesta de picnic anual de su escuela hace una semana.

—Estaba emocionada por venir. Nunca se perdía eventos como este. Nunca. Ayúdenme a encontrar a mi mejor amiga,— dijo Violet durante su entrevista ayer con CNN news.

Tras una mayor investigación, la última conversación de texto entre Violet y Bailey muestra que la adolescente había prometido ir a la fiesta. Ella dijo y cito —Si me pierdo esta fiesta, estoy seguramente muerta jaja.

La policía junto con el millonario buscan a la pequeña Dalia.

Miré el artículo, sin emoción y sin parpadear. Deslicé, mirando todos los otros pequeños artículos, la mayoría centrados en Violet y mi padre que financiaba mi búsqueda. Bufé ante eso. Él fue quien me vendió en primer lugar. Llegué al último artículo y no podía creer lo que veía.

RESTOS ENCONTRADOS EN ZONA DE CONSTRUCCIÓN CONFIRMADOS

Los restos encontrados la semana pasada en el sitio de construcción del edificio Lewis han sido confirmados por análisis de ADN como pertenecientes a nada menos que Dalia Gates, hija del ahora multimillonario Andre Gates y la principal coordinadora de moda de Nueva York, Emily Clark Gates. Después de desaparecer durante más de cuatro meses, la noticia del repentino descubrimiento de Dalia ha conmocionado a toda la familia sumiéndola en la desesperación. Esta noche se llevará a cabo un funeral para ella en la Iglesia de San Domingo en Santa Pores. Que su alma descanse en paz.

—¿Cómo demonios logró el viejo hacer eso?— me pregunté a mí mismo mientras hacía clic

en el video de mi funeral.

Observé cómo Violet, mi hermana y mi hermano lloraban a mares en mi funeral. Mi padre y mi madre estaban sin emoción como siempre y todos los demás probablemente solo estaban allí por pura formalidad. Lo único que pasaba por mi mente en ese momento era que hubiera preferido un ataúd negro y no uno blanco y que la foto que usaron de mí era una de mis peores.

—Habrían podido al menos usar rosas blancas,— dije mirando las rojas y rosas con desdén. Estaba seguro de que eran baratas. Así es como era mi padre.

Ese fue el último artículo sobre mí. Dalia Gates ya no existía después de eso y suspiré sabiendo que Dalia Gates murió el día que fue vendida a un jefe de la mafia, o en otras palabras, el día después de su 14° cumpleaños. Hablando del jefe de la mafia, decidí buscar algo más. Abriendo una nueva pestaña, tecleé lo que había querido averiguar durante mucho tiempo.

Matteo Martinelli

Deslicé por los resultados, buscando toda la información que podía encontrar sobre Matteo. Si quería más, tendría que visitar a un hacker, pero el único que conocía no vivía en este continente. Qué lástima. Todo lo que descubrí fue que a Matteo lo acusaron de fraude. Era un caso menor que por alguna razón no había sido borrado. Sabía que Matteo era descuidado y dejaba pasar cosas. Abrí otra pestaña y busqué a alguien más.

Vittore Martinelli

Nada. Salí sin nada. Vittore Martinelli no existía en ninguna parte. No había registros de ningún tipo, ni avistamientos, ni casos policiales. Vittore Martinelli era el maldito hombre del saco.

—Maldito idiota inteligente—, murmuré entre dientes mientras dejaba de buscar cualquier información sobre él.

Por lo que vi en la búsqueda de Matteo, era el Don de la familia Martinelli. La familia criminal más grande de las mafias italiana, rusa y mexicana. No quería admitirlo, pero estaba impresionado. Vittore había cubierto sus pistas bien, haciendo parecer que la familia Martinelli había caído tras la desaparición repentina de Matteo. Suspiré, habiendo visto suficiente y cerré todas las pestañas, eliminando todo del historial de búsqueda también.

Apagué todo en el café mientras salía y me dirigía por la calle vacía hacia el metro una vez más. Un coche venía a toda velocidad por la carretera y entrecerré los ojos porque las luces me cegaban. Me tomó un segundo, pero pronto me di cuenta de que conocía esa camioneta. Se parecía mucho a las que Vittore mantenía en su finca y el hecho de que no tuviera matrícula confirmaba mis sospechas.

Saqué mi pistola y disparé a los neumáticos, causando que la camioneta perdiera el control y se estrellara contra un poste en el otro lado de la carretera. Cuando nadie salió de la camioneta, lo tomé como mi señal para correr. Un disparo sonó en el aire mientras una bala pasaba zumbando por mí.

—Mierda—, maldecí mientras empezaba a correr en formación zigzag. Se dispararon más balas, cada una cerca de golpearme hasta que giré en la esquina. Venía un autobús hacia mí y le hice señas al conductor.

—¡Eh! ¡Para!— grité con todas mis fuerzas y, por suerte, la persona lo hizo.

Oculté mi pistola mientras subía al bus. —Gracias—, dije al conductor mientras me dirigía a sentarme al fondo. El bus empezó de nuevo y vi cómo un tipo vestido de negro, probablemente el mismo que me disparó, corría pasándonos.

Me alegré por mi pequeña victoria, pero sabía que no podía acercarme a esta calle nunca más. Era demasiado arriesgado. Me quedé en el bus hasta que llegué al corazón de la ciudad antes de bajarme. Entré en un centro comercial, la gente me miraba pasar. Supongo porque parecía un desastre. Bueno, había pasado por ello una o dos veces. Vi una tienda de ropa y me dirigí directamente hacia ella.

Miré la ropa mientras observaba la tienda. Había dos entradas, dándome dos salidas. Tomé una mochila de viaje en muestra y fingí admirarla mientras estaba al lado de una de las cámaras. La dejé y me alejé. Mis ojos miraron alrededor de la tienda.

1...

2...

3...

4....

Cuatro cámaras en total. Sonreí, dándome cuenta de que no cubrían la mayor parte de la enorme tienda. Fui a la sección de cabello y tomé algunas ligas y pasadores. Los deslicé en uno de los riñoneras en muestra. Continué caminando por la tienda, seleccionando un par de vaqueros rotos, una chaqueta de denim a juego y una camiseta blanca con hombros descubiertos. Solo porque podía, escogí también un par de Air Force 1 blancas. Las llevé a un probador y me las puse.

Hice una bola con mi ropa vieja y la lancé al cesto de basura fuera del probador. Me miré en el espejo, girando de un lado a otro.

—Deberías agregar este sombrero—, dijo una mujer acercándose a mí y pasándome una gorra blanca. Me la puse y una sonrisa falsa se deslizó en mi rostro.

—¡Dios mío! ¡Me encanta! ¡Gracias!— exclamé.

—No hay de qué—, dijo la mujer y yo hice un gesto para abrazarla. Ella se paró frente a un estante de ropa, así que desde detrás de su espalda, deslicé una de las bufandas de lino en su bolso.

—Has hecho mi día—, dije con tono alegre al salir del abrazo. La mujer me sonrió.

—Y tú has hecho el mío—, dijo.

—Oh, estoy segura de que sí—, pensé sombríamente. Fui a las riñoneras y me puse una con mis cosas alrededor de la cintura, yendo al espejo y fingiendo admirarme cuando en realidad, estaba viendo a la otra mujer a través del espejo. Todo lo que tenía que hacer ahora era esperar.

9

Una chica solo puede fingir admirarse en el espejo durante cierto tiempo. Estaba perdiendo el tiempo aquí. La mujer de antes había estado navegando por una sección de ropa que honestamente le quedaba dos tallas demasiado pequeña. La había estado observando porque era mi única salida de esta tienda. Todo lo que tenía que hacer era intentar salir. Murmuré enojada y decidí meter una camisa floral en mi chaqueta de denim. Podría ser útil.

Suspiré mientras miraba a través de los estantes, constantemente observando a la mujer. Como si mis pensamientos la comandaran, se dirigió hacia la salida. Rápidamente me dirigí a la otra. La mujer sonrió al cajero en la puerta antes de cruzar el umbral. Las alarmas cobraron vida por la bufanda en su bolso. Mientras la atención de todos estaba en ella, salí por la entrada trasera.

No sentí ni un poco de lástima por la mujer mientras caminaba por el centro comercial. Tenía que llegar a Santa Pores tan rápido como pudiera. Vittore definitivamente ya me estaba buscando. Salir del centro comercial ahora y a las calles era arriesgado, así que tomé un ascensor y me dirigí al tejado. De esta manera, podía monitorear lo que sucedía abajo y nadie podría sorprenderme. Además, no había cámaras arriba.

Cuando finalmente llegué al tejado, me alegré de encontrar que estaba solo. Me senté en uno de los conductos de aire acondicionado mientras miraba el cielo nocturno. Poniéndome cómodo, suspiré mientras esperaba que pasara el tiempo. Traté de repasar toda la información que había aprendido en mi cabeza.

Vittore era el hombre más peligroso del mundo siendo lo primero que aprendí. Mi padre ni siquiera gastaría dinero decente en mi funeral, que era otro, y Violet realmente era una buena amiga. Me buscó y todo. Eso fue dulce. Crucé las piernas y tomé un respiro. Cerrando los ojos, intenté meditar. Era una perfecta pérdida de tiempo y una manera de detener mi mente de divagar demasiado lejos.

Mis ojos se abrieron cuando una luz brillante los golpeó. Eran los rayos del sol. Estaba amaneciendo y el cielo era de un hermoso color naranja. Tomé una profunda respiración del aire de la mañana y disfruté la sensación del sol en mi piel. Me hacía sentir normal. Que incluso después de todo por lo que había pasado y el problema en el que me encontraba ahora, aún era

humano de alguna manera.

Todavía sentía los rayos en mi piel, aún tomaba un respiro cada segundo, mi corazón aún bombeaba sangre y mi vista todavía estaba en punto. Lo único que había cambiado era mi mente. Estaba cicatrizada y moldeada en lo que los creadores querían que fuera, pero estaba decidida a ser libre. Solo tenía que completar la promesa que me había hecho primero.

Decidí que era hora de volver al lugar que alguna vez llamé hogar. Ya no sabía qué era eso. Tomé el ascensor de vuelta a la planta baja. Al salir del ascensor, caminé hacia la puerta principal. La mayoría de las tiendas estaban cerradas, lo cual se esperaba. Era muy temprano en la mañana.

—Eres problemática, ¿verdad, tesoro?— Me detuve en seco y suspiré enojada. Me giré y miré a Vittore. Maldito sea, realmente se veía bien con su atuendo todo negro.

—También lo eres tú, Don—, respondí mirando alrededor. Definitivamente estaba aquí con algunos hombres.

—Vine solo. Después de que la persona que envié falló, pensé que era mejor que me ocupara yo mismo del asunto—, dijo Vittore remangándose las mangas de la camisa negra de manga larga. Sus músculos se flexionaron y sus tatuajes se veían tentadores.

—¿Vittore Martinelli ensuciándose las manos?— pregunté con una ceja levantada mientras me quitaba la chaqueta de denim.

—Viene con ser un buen líder. Tienes que mostrar a tus súbditos que también puedes jugar nuestro papel en el campo—, respondió pasándose una mano por el pelo. Se formó un plan en mi cabeza.

—No voy a volver—, dije oscuramente antes de girar sobre mis talones y echar a correr.

No es que no pudiera pelear contra Vittore, es que no quería. Si lograba ganar realmente, estaría lo suficientemente herida como para que él enviara más gente por mí. No podía seguir luchando contra todo, me cansaría y eventualmente me rompería. En este caso, huir era mi única opción. No se trata de pelear o huir, se trata de sobrevivir y de ser inteligente.

Podía oír a Vittore corriendo detrás de mí. Me alcanzaba más rápido de lo que pensaba, así

que corrí hacia el área de comida rápida. Salté sobre uno de los mostradores, rodando y aterrizando en cuclillas. Sin perder tiempo, me puse de pie y corrí por la puerta trasera. Me moví entre la cocina de atrás mientras intentaba salir del centro comercial. Tiré cualquier utensilio que mi mano tocara para ralentizar a Vittore.

No me atreví a mirar atrás porque sabía que él estaba justo detrás de mí y solo entraría en pánico. Bombeando mis piernas para ir más rápido, la salida estaba en mi línea de visión. Usé mi mano para inclinar una enorme sartén en el camino detrás de mí. Escuché cómo se estrellaba al suelo mientras empujaba la puerta abierta y entonces corría. Corrí alrededor del edificio hacia el estacionamiento. Podía oír pasos detrás de mí y aún me negaba a mirar atrás.

¿No puede este tipo simplemente rendirse? Mi piel marrón chocolate estaba caliente, mi pecho estaba apretado y mis piernas se estaban cansando, pero seguí adelante. El dolor era un golpe de realidad que necesitaba. Giré en una esquina, intentando despistar a Vittore, pero sentí una mano agarrar la parte trasera de mi camisa. Fui empujada contra la pared, golpeándome la cabeza y sosteniéndola del dolor. Antes de que pudiera caer al suelo, una mano rodeó mi garganta y fui empujada contra la pared otra vez.

Levanté la vista hacia Vittore, que ni siquiera respiraba pesadamente. Sus ojos me miraban intensamente mientras intentaba quitarme sus manos del cuello. Las estaba apretando lentamente y no quería perder la conciencia. Eso sería malo por mi parte.

—Sei un tale rompicoglioni—, gruñó Vittore mientras apretaba su agarre.

—Senti chi parla—, jadeé.

—Debería matarte justo aquí—, dijo Vittore.

—Entonces hazlo—, lo provoqué con una sonrisa. Las manos de Vittore seguían apretando mi cuello y yo jadeaba por aire, intentando alejar sus manos. Puntos negros comenzaron a nublar mi visión.

—¡Eh!— sonó una voz. Las manos de Vittore inmediatamente dejaron mi cuello mientras caía al suelo, tosiendo y escupiendo.

—Hijo de puta—, gemí mientras sostenía mi cuello. Mirando hacia arriba a través de ojos llorosos, apenas distinguí la forma de un tipo en traje de pollo.

—¿Qué le estás haciendo?— preguntó el tipo del traje de pollo, su enorme cabeza de pollo me echó un vistazo.

Jodido idiota.

10

Me levanté desde mi posición en el suelo mientras me frotaba el cuello. Vittore se quedó inmóvil a mi lado y realmente no quería que matara al estúpido hombre pollo. No estaba de humor para tener sangre encima. ¡Acababa de salir de la —casa segura—, por el amor de Dios! Forcé una sonrisa en mi cara. Iba a lamentar esto muchísimo.

—Hola. Lo siento. Aquí no pasa nada—, dije con un acento sureño.

—¿Seguro?— preguntó el hombre pollo.

—Sí, claro. Mi novio aquí solo se pone un poco... sensual—, dije con una sonrisa tímida mientras me acercaba a Vittore, poniendo mi palma en su pecho.

Vittore rodeó mi cintura con un brazo y me quedé sorprendida por un segundo. Solo un segundo. —Lamento mucho que nos hayas visto así—.

—Ehhh... está bien—, dijo el hombre pollo pateando el suelo. Gran chico. Ahora vete.

—Si no te importa, voy a terminar lo que empecé—, dijo Vittore con un acento americano muy impresionante. Movié su mano de mi cintura a mis hombros y se giró, caminándonos hacia donde asumo que estaba su coche.

Jugué el juego, pasando un brazo alrededor de su cintura. Caminamos juntos de esta manera hasta que apareció una esquina. En cuanto la doblamos, intenté alejar a Vittore de mí, pero él rodeó mi cuello con un brazo por detrás. Mi espalda estaba en su pecho mientras luchaba por respirar. Intenté golpearlo con mi codo, pero era como si fuera resistente al dolor. Continué luchando, pero Vittore no se soltó. Debieron de ser unos seis minutos antes de que puntos empezaran a bailar en mi visión debido a la falta de aire.

—No te duermas. No pierdas la consciencia.— Intenté decirme a mí misma, pero había estado reteniendo la respiración por demasiado tiempo. Lentamente me deslicé en la oscuridad.

* * *

Estaba acurrucada en un rincón, congelándome, temblando. Mi aliento se empañaba ante mí y mis pulmones estaban cansados de inhalar el aire frío. Había once otras chicas conmigo en la habitación. Éramos las únicas que quedaban. Él nos llamaba su creación final. Sabía que iba a esconderse después de esto. No podría encontrarlo, pero ahora, solo quería calentarme de nuevo.

Las paredes blancas parecían ondear y cerrarse a mi alrededor. Mi ritmo cardíaco era más rápido que nunca, haciendo que mi pecho doliera con cada latido. Sostenía mis dedos temblorosos cerca de mi pecho pero no hacía nada. Estaba solo en un bikini. Todo mi cuerpo temblaba.

Las otras chicas eran todas blancas, a diferencia de mí. Su piel estaba rosada o azulada en este punto. Todas parecían la muerte, pero conocíamos las reglas. La cámara en la esquina nos vigilaba cuidadosamente. No nos atrevíamos a intentar nada. Podríamos ser abatidas en un segundo.

En el rincón de mi ojo, vi a una chica rubia colapsar en el suelo frío. Sus puntas de los dedos estaban negras y azules, sus labios secos y agrietados. No salía aliento empañado de sus pulmones. Estaba muerta. Me alegré de eso. Conseguí vivir otro día. La puerta del congelador se abrió.

—Buen trabajo, chicas. Las demás pasarán a la siguiente fase.

Mis ojos se abrieron de golpe y desperté con un jadeo. Mirando alrededor, intenté evaluar dónde estaba. Negro. Negro por todas partes. ¿Finalmente estaba en el infierno?

—Veo que finalmente has despertado, tesoro—, escuché la voz de Vittore decir. Sí. Definitivamente en el infierno. —¿Dormiste bien?

Miré hacia arriba y me di cuenta de que estaba en la oficina de Vittore. Él se sentaba frente a mí, revisando unos papeles. Intenté levantarme y fallé. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba atada a una silla de madera. Mis manos estaban atadas juntas detrás de mí y mis piernas estaban amarradas con bridas a las dos patas delanteras de la silla. Algo goteó por mi cara y cayó en mi muslo. Al inspeccionarlo, me di cuenta de que era sangre. Mi camisa blanca también tenía manchas propias. Eso explicaba el martilleo en mi cabeza.

—Eres la persona más resistente que he conocido—, comentó Vittore y me recosté en la silla

y opté por mantenerme en silencio.

Vittore volvió a su trabajo y solté un suspiro frustrado. Si no iba a dirigirse a mí, podría al menos llevarme de vuelta a mi habitación. Intenté desatar el nudo de mi cuerda mientras miraba alrededor de la oficina de Vittore en busca del arma más cercana. Lo único que destacaba era la lámpara en su mesa. Si salía de esta, eso tendría que servir. Las cuerdas se estaban soltando lentamente cuando la puerta se abrió de golpe.

—Jefe, Julia resultó herida en un tiroteo en la recogida de drogas. Está en el hospital en cuidados intensivos en este momento. Alexa me envió a llamarlo para una reunión para el atraco de mañana. Quiere perfeccionar los detalles sobre cómo robar dinero del casino de los Vipers sin Julie—, dijo un tipo desde la puerta.

Vittore sacó un arma de la nada y disparó hacia la puerta. Un fuerte estruendo resonó por la habitación y giré para ver si realmente había matado al tipo. Tristemente, no lo había hecho.

—¡Fuera!— Vittore espetó. El tipo no lo pensó dos veces antes de salir corriendo. Solté una risita y me giré hacia Vittore.

—Parece que tus secuaces no pueden mantener la boca cerrada—, dije señalando cómo el tipo acababa de explicar uno de los esquemas secretos de la mafia de Vittore mientras yo, una posible espía, estaba en la habitación. —Sería una pena si los Vipers se enteraran de esto, ¿no te parece?— lo provoqué.

Vittore me miró con una ceja levantada. —Supongo que se lo dirás?

Rodé los ojos, sabiendo ambos que no lo haría. Estaba atrapada con Vittore hasta que lograra matarme o matarlo. La segunda opción sonaba mucho más emocionante. Vittore se levantó y caminó detrás de mí, apretando el nudo que ya había aflojado. Se aseguró de hacerlo aún más complicado.

—Maldita sea—, murmuré.

—Tengo que ir a una reunión, como ves. Disfruta, tesoro—, dijo levantándose y caminando hacia la puerta.

Mi mente corría a mil por hora. Sabía que no debería, pero ¿qué más podía hacer?

—¡Espera!— llamé a Vittore.

Sus pasos se detuvieron. —Déjame ayudar—, dije girando mi cabeza para mirarlo.

—No—, afirmó y continuó su camino hacia la puerta.

—¡Sabes lo que puedo hacer, Vittore! Logré escapar de tu maldita mansión. Soy buena en lo que hago—, dije intentando persuadirlo.

—No confío en ti—, declaró Vittore simplemente.

—Sorpresa, sorpresa, yo tampoco confío en ti—, dije sarcásticamente y Vittore abrió la puerta de su oficina.

—No, espera. ¡Sería el aliado perfecto, Vittore! ¡Lo sabes!

El sonido de la puerta chirriando al abrirse llegó a mis oídos y maldije. Luego, sorprendentemente, escuché los pasos de Vittore acercándose a mí. Giró mi silla para que estuviera enfrentándolo y se agachó a mi nivel. Sus oscuros ojos escanearon mis rasgos y lo miré de vuelta.

—Das un paso fuera de la línea y eso es una bala en tu cabeza. Te atrapé una vez, te atraparé de nuevo y esta vez, tesoro, te arrepentirás de haberme desafiado.

—Confía en mí, Vittore, romper tu confianza no es algo que tenga intención de hacer... aún—, susurré inclinándome hacia adelante. Una sonrisa se formó en mi cara.

Robar un casino no era un trabajo pequeño. Sabía que sería una aliada increíble. ¿Planeaba traicionarlo? No. Aún no. Me mostró que podía atraparme. Con él, no podía simplemente pensar que podía salir de su mansión y hacer lo que quisiera. Vittore Martinelli era uno de los hombres más inteligentes que había conocido. Era una bomba que necesitaba ser cuidadosamente desmantelada. Un movimiento en falso y estás muerto.

—Estás jugando un juego peligroso, tesoro—, dijo Vittore levantándose. Agarró el respaldo de mi silla, inclinándola y arrastrándome fuera de su oficina.

—No esperes ganar. No contra mí.

11

??? POV

Estaba en mi oficina, sentado en mi silla, de espaldas a mi escritorio, enfrentando la ventana frente a mí. Me daba una buena vista de la ciudad abajo. El sol de la mañana temprano brillaba a través del vidrio claro, algo de su calor me alcanzaba donde estaba sentado. Giraba el anillo de pluma en mi dedo medio de la mano izquierda y esperaba que mi próxima cita entrara.

Hubo un golpe rítmico en mi puerta.

—Adelante—, comandé con voz fuerte y fría. La puerta se abrió y el sonido de tacones moviéndose hacia donde estaba me acarició los oídos.

—Señor, tiene una cita con el Sr. Skye a las 3. ¿Quiere que organice una limusina ahora?— preguntó mi asistente detrás de mí. Giré en mi silla para enfrentarla. Era bonita. Cabello rubio recogido en un moño apretado, ojos verdes brillantes, una figura para morir y ella lo sabía.

Estaba vestida con una falda lápiz negra corta y una camisa blanca con los botones superiores desabrochados, mostrando su sujetador de encaje negro y un escote maravilloso. Sostenía un iPad en sus manos mientras me miraba expectante, esperando mi respuesta.

—Ven aquí—, comandé empujando mi silla hacia atrás y palmeando mi regazo. No perdió tiempo, caminó hacia mí ansiosamente y se acomodó en mi regazo. Envuelta sus brazos alrededor de mi cuello mientras yo rodeaba su cintura. Ella sonrió y me incliné hacia adelante, plantando besos a lo largo de su clavícula.

Ella inclinó su cabeza hacia atrás y soltó un suspiro suave. —Señor, no podemos... su esposa...

—Tú y yo sabemos que ella no es un problema—, susurré. Mi asistente sabía sobre mis muchas aventuras. Siempre era mi alivio del estrés número uno, mejor que las otras que tenía en

marcación rápida.

—Quiero que prepares una limusina alrededor de las 2:30. Haz que James ejecute el transporte de drogas mientras estoy fuera—, instruí, recostándome en mi silla. Mi asistente se movió hacia adelante, dándome un beso.

—Así se hará, señor—, ronroneó. Justo cuando las cosas se ponían bien, la puerta se abrió. Levanté la vista hacia uno de mis hombres. Estaba parado frente a mí, las manos detrás de su espalda.

—¿Lo encontraste?— pregunté recordando para qué lo había enviado.

—Sí señor, lo encontramos. Estaba desmayado en el metro—, dijo señalando hacia la puerta por donde arrastraron a mi oficina a un chico flacucho. El hombre frente a mí se hizo a un lado mientras lo empujaban frente a mi escritorio. Levantó la vista, sus ojos marrones llenos de miedo.

—Norman... qué alegría verte de nuevo—, dije acercando más a la mujer que tenía en mi regazo. —Tu tiempo se acabó. ¿Dónde está mi dinero?— pregunté con calma.

—Y-yo... necesito más tiempo, jefe. Por favor. Conseguiré devolver el dinero—, tartamudeó.

—¿Devolver? ¿Qué quieres decir con devolver?— pregunté, notando su extraña elección de palabras. Se lamió los labios pálidos y agrietados y pude ver cómo su mente trabajaba a toda marcha.

—Está bien si no quieres responder. Estoy seguro de que a tu hermana le encantaría saber que tuviste otra visita infructuosa—, lo provoqué y el chico se puso aún más pálido, si eso era posible.

—Tenía tu dinero, jefe, de verdad que sí, pero me lo quitaron—, dijo. La ira ardía en mi pecho pero me mantuve en calma.

—¿Por quién?— pregunté, apretando más a mi asistente en mi regazo.

—No sé quién era, señor—, dijo bajando la cabeza.

—¿Cómo puedes perder 20,000 con una chica?— pregunté, cansado. —¿Cómo era ella?

—Era negra, cuerpo en forma de reloj de arena, mucho cabello rizado que le llegaba hasta la cintura, eh... ojos marrones...— Observé al chico cuidadosamente.

—¿Por qué mientes, Norman?— reproché. —Tal vez debería dejarte ir, ¿eh? Chicos, llévenlo a la sala de tortura. Díganle a Ginny que quiero que le quiten el símbolo de nuestra mafia de la nuca. Ese cuervo no merece estar en su asquerosa carne. Ella puede hacerlo tan doloroso como quiera.— Ordené y moví la mano, señalando a los guardias que lo levantarán, lo cual hicieron. Sus ojos se abrieron de miedo y comenzó a luchar contra ellos.

—¡No miento, jefe! ¡Ella me preguntó cómo llegar a Santa Pores! Estaba en Las Pavita en ese momento. Llevaba una camisa negra con algún extraño logo de MF—.

—Espera.

Los guardias dejaron de arrastrarlo fuera de mi oficina, soltándolo y provocando que cayera al suelo. Deslicé mi mano por debajo de la camisa de mi asistente mientras me recostaba en mi silla.

—Dime más sobre este logo.

12

Vittore me arrastró por la casa hasta lo que parecía una sala de juntas. Pude ver planes en las paredes y un enorme escritorio negro que Alexa usaba como pantalla. Genial.

Todos en la sala nos miraron con sorpresa e intriga cuando entramos. Sin embargo, la expresión de Alexa se volvió asesina. Aun así, me aseguré de guiñarle un ojo. No me inmutaba. Sus ojos se agrandaron y sus mejillas se pusieron rojas mientras me fulminaba con la mirada.

Vittore me dejó en la parte trasera de la sala. —Que alguien me traiga unos auriculares de cancelación de ruido—, ordenó y un par rojo apareció en sus manos al instante.

Los puso sobre mis oídos mientras yo lo miraba con enfado. Después de eso, se giró y comenzó a dirigirse a las demás personas en la sala. Conté seis y todos me daban la espalda, así que no podía leer sus labios. En su lugar, comencé a desatar mis cuerdas.

La fibra áspera rozaba mi piel morena dolorosamente, pero no iba a rendirme tan fácil. Me llevó un buen rato, pero logré sacar una mano de la cuerda y la otra se movió fácilmente. Me quité las bridas de los pies y luego los auriculares de cancelación de ruido.

Mi audición estaba un poco aturdida, pero logré entender lo que decían.

—... se encargará del trabajo de Juliet, pero ¿realmente puede hacer lo que necesitamos que haga?— preguntó Alexa.

—¿Y exactamente qué se supone que debo hacer?— pregunté, levantándome. Todos giraron la cabeza hacia mí sorprendidos, excepto Vittore.

—Me alegra que finalmente puedas unirme a los planes—, murmuró Vittore.

—Maldito idiota—, dije en voz baja mientras me acercaba a la mesa que ahora se usaba para proyectar la estructura de un edificio. Leí el nombre en la parte superior. El Nova.

—¿Así que intentan robar uno de los casinos más grandes y a uno de los hombres más poderosos?— pregunté. El Nova era bien conocido y su dueño, Elliott Hillingham, no era alguien con quien quisieras meterte. —¿Qué hizo para enfadarte tanto?

Vittore me lanzó una mirada lateral. —Me debe 40 millones y no ha pagado su deuda a tiempo. Le di más oportunidades que a nadie y se ha aprovechado de eso. Recuperaré el dinero por mi cuenta—, dijo.

—¿Y después qué? ¿Se libra de todo?— preguntó un chico en la sala. Vittore le lanzó una mirada helada.

—Luego le pido mi dinero y amenazo con matarlo si no lo entrega en una semana—, dijo Vittore oscuramente.

—Pero si lo hemos robado. No tendría el dinero—, dijo el chico. Honestamente, ¿cuál era su problema?

—Ese es el punto, genio—, respondí por Vittore.

—Pero eso está mal. Mira, yo no estoy de acuerdo con matar a nadie...— Ni siquiera logró sacar otra palabra antes de que Vittore sacara un arma y le disparara en la cabeza.

—Alexa, ¿dónde encontraste a este?— preguntó Vittore señalando al cuerpo muerto con un suspiro cansado.

—Es el mejor hacker que pude encontrar, señor—, respondió Alexa como la niña buena que era.

—Bien, encuéntrame a otro. Uno que no sea tan sensible—, dijo Vittore dejando su arma sobre la mesa. —Y limpia esto cuando terminemos aquí.

—Sí, señor—, dijo Alexa asintiendo, tecleando en su iPad.

Esta era la vida de la mafia. Si no puedes con ella, estás fuera. Ese chico tenía una vibra muy

cobarde. Quién sabe, podría haber advertido a Elliot antes de que tuviéramos la oportunidad de robar el casino.

—Entonces, todavía no sé qué se supone que debo hacer y por qué Elliott Hillingham te debe 40 millones—, dije tomando asiento en una de las sillas de oficina y poniendo los pies sobre la mesa.

Alexa me miró con odio en sus ojos, pero volví mi atención a Vittore en cambio. No tenía tiempo para sus dramas infantiles.

—Tu único trabajo es mantener a Elliot ocupado toda la noche—, dijo Vittore.

—¿Y cómo se supone que haga eso? Es un hombre ocupado e importante, va a saber lo que pasa en su casino cada maldito segundo—, afirmé.

—No me importa cómo lo hagas, solo hazlo—, dijo Vittore.

—¿Y si no lo hago?— pregunté.

—Entonces tendré que cortar ese bonito cuellicito tuyo, tesoro—, gruñó Vittore cruzándose de brazos. No de una manera defensiva, sino para mostrar lo aburrido que estaba con la situación.

—Aww, ¿piensas que mi cuello es bonito? Mi madre siempre decía que tenía esa característica que haría correr a los chicos—, dije con una sonrisa y un inclinamiento de cabeza.

Alexa tosió fuertemente desde donde estaba mientras el resto de las personas en la sala soltaban una risita. Vittore, como el aguafiestas que es, solo me miró sin emoción con esos hermosos ojos oscuros suyos.

—Tengo trabajo que hacer. Consulta tus preguntas con Alexa y los demás—, dijo antes de salir de la sala. Lo vi desaparecer, feliz de estar fuera de su intensa presencia. Ese hombre necesita sonreír de vez en cuando.

—Entonces, pandilla... ¿cuál es el plan?— pregunté entrelazando mis dedos y poniéndolos sobre mi pecho, reclinándome en la silla.

—¡Quita tus sucios pies de la mesa! ¡Cuesta más de lo que creo que vales!— Alexa chasqueó inmediatamente.

—Si voy a distraer a Elliot, tengo que saber de qué lugares lo estoy manteniendo alejado—, dije a los demás.

—¡Ni siquiera me estás escuchando!

—Bueno, el primer paso del plan es para que entremos en la caja fuerte que está debajo del casino—, dijo un chico rubio, tocando el holograma, causando que se hiciera más grande y mostrara la enorme caja fuerte a más de 9 metros de profundidad. —Las únicas personas con acceso son estas dos...— El chico deslizó dos fotos hacia mí.

—¡Deja de contarle el plan, Carter!

—Esas son Esmee Fox y Joe Mason, amigos cercanos a Elliot—, dijo una chica morena bonita.

—¡Peyton cállate!

—¿Cómo van a entrar entonces?— pregunté poniendo las fotos abajo.

—Para eso estoy yo—, dijo una chica rubia baja con una sonrisa. —Soy buena con el maquillaje. Puedo hacer que Peyton, aquí presente, parezca Esmee. Tienen características similares y el cabello podría ser un poco más oscuro pero eso no será problema.

—¡Lily! ¡Estoy justo aquí, chicos! ¡Dejen de ignorarme!

—Pero, ¿la caja fuerte no tiene reconocimiento de huellas dactilares?— pregunté.

—Lo tiene—, dijo un chico pelirrojo musculoso. —Junto con un escaneo de retina, reconocimiento de voz y un código de acceso de ocho dígitos. Esos se pueden obtener fácilmente.

—¿Cómo?— pregunté intrigada.

—Bueno, el código lo podemos conseguir de un hacker. Tengo este amigo ruso que estoy seguro que sería de mucha ayuda y la huella dactilar, incluso un aficionado puede conseguirla pero el escaneo de retina sería difícil—, dijo el pelirrojo.

—Pensé que podríamos sacar el ojo de Esmee y Peyton podría usarlo pero nadie escucha mis ideas—, dijo un chico pálido y delgado con aspecto de emo desde su lugar al otro lado de la sala. Él también estaba sentado al lado opuesto.

—¡Todos ustedes dejen de contarle el plan! ¡El jefe no dijo que teníamos que informarle de todo! ¡Podría ser una espía! Maddox y Felix, ustedes no deberían— Me levanté de mi asiento, cansada de la irritante vocecita de Alexa.

—¡Mejor cállate o lo haré por ti!— Le espeté. Alexa rodó los ojos.

—No puedes hacer eso. Vittore...— No le di tiempo de terminar antes de avanzar y golpearla tan fuerte como pude en la cara. Cayó al suelo, inconsciente.

—Gracias. Ya empezaba a pensar que nunca se callaría—, dijo el emo, que supuse que era Felix.

—¿La necesitamos para el golpe?— pregunté.

—No. Solo está aquí por alguna razón—, gruñó Maddox, el pelirrojo.

—Ok. Cuéntenme más sobre cómo se supone que debo hacer mi papel—, dije sentándome de nuevo.

13

Me volteé perezosamente la página de la revista Vogue que estaba leyendo.

—¿Estás escuchando?— preguntó Carter, el rubio.

—Totalmente—, respondí mirándolo y volteando otra página.

Estábamos en un hotel no muy lejos del casino y ya me estaba cansando de estar aquí. El lugar tenía un molesto tema de blanco y dorado y aunque todo era extremadamente lujoso, lo odiaba.

Me senté en la mesa blanca con patas doradas y sillas aún más doradas si eso era posible. El lugar me lastimaba los ojos. Erik, el nuevo hacker del que habló Maddox, estaba cerca de mí, tecleando en su computadora con pegatinas de Marvel. Era un chico delgado de 16 años al que no le daba mucha importancia hasta que consiguió fácilmente el video que queríamos.

—¿Dónde están Peyton y Lily?— pregunté, cansada de estar en esta habitación. Quería salir.

Lily está trabajando para hacer que Peyton parezca Esmee. Deberían terminar pronto y vendrán a prepararte,— Felix respondió por mí desde donde estaba tumbado en el sofá blanco, su rostro cubierto con un paño negro, literalmente la única nota de color en este lugar.

—¿Vittore?— pregunté.

—No estoy seguro de qué esté haciendo honestamente. Solo sé que siempre llega cuando es hora de partir,— dijo Carter, revisando algunos papeles.

—Es bueno saberlo,— comenté en voz baja y volví a la revista.

El lugar estaba benditamente silencioso por un segundo antes de que Maddox irrumpiera a

través de una de las puertas del dormitorio. —¡Lo hice!— exclamó, haciendo que los demás suspiraran aliviados.

—¿Hiciste exactamente qué?— pregunté.

—Terminé de conseguir todas las cosas que necesitamos para entrar en la bóveda. Huella dactilar, escaneo de retina, reconocimiento de voz y... eh, Erik, ¿tienes el código de acceso?— Todos nos giramos hacia Erik expectantes.

—Da,— dijo sin quitar los ojos de la pantalla.

—Entonces eso lo resuelve. Estamos listos para ir,— dijo Maddox colocando unas cosas en la mesa.

Un dispositivo de grabación, un guante de color crema claro en una caja de cristal y una pequeña caja negra.

—Supongo que el ojo está en la caja,— pregunté.

—Sí, pero solo se puede abrir y usar una vez. Esta es una tecnología muy delicada,— dijo Maddox.

—Oye Felix, ven y ayúdame con estos,— dijo Carter mirando uno de los planos con el ceño fruncido.

—No puedo. La falta de colores oscuros en esta habitación me agota,— murmuró. Yo me sentía exactamente de la misma manera.

—¡Felix!— Carter chasqueó.

—Está bien,— Felix cedió levantándose. Por el ceño en su rostro, pude decir que no estaba nada contento con el cambio de eventos.

—¿Y cómo van a sacar millones de dólares por la puerta de un casino?— pregunté finalmente, dándome cuenta de que no había hecho preguntas tan lejos.

—Bueno, guardan las cosas en la bóveda en contenedores metálicos que son aproximadamente del tamaño de un carrito de servicio de hotel,— comenzó a explicar Carter.

—Cada carrito puede llevar unos cincuenta millones, así que necesitamos sacar como tres o cuatro,— agregó Felix.

—Lily estará en una de las habitaciones del hotel en el casino y pedirá algo de comida a un camarero que, afortunadamente, es el chico emo junto a mí,— dijo Carter tomando asiento y recogiendo algunos papeles.

—Ok, pero entonces, ¿cuál es el papel de Peyton?— pregunté.

—Entrar en la bóveda como lo hace la verdadera Esmee y dejarla accidentalmente abierta,— me dijo Maddox.

—Entonces, ¿ustedes piensan que esto va a funcionar?— pregunté.

—Si haces tu trabajo correctamente, entonces sí,— dijo Felix dándome una mirada fría. Asentí, suspirando y volviendo a la revista. Sabía que haría mi trabajo bien. No fallo en estas cosas. No me llamaban la Guadaña de Jade por nada.

La puerta principal del baño se abrió de golpe y una sonriente Lily salió. —¡Prepárense todos! Presentamos a la nueva y mejorada Esmee Fox!

Peyton salió del baño pero honestamente estaba en shock. Se parecía tanto a Esmee, hasta el último maldito detalle. Peyton, ahora Esmee, puso una cara de perra descansada.

—Inclínense ante mí, plebeyos, y tráiganme algo de vino,— dijo cruzándose de brazos.

—¡Diablos, Lily! ¡Se ve genial!— elogió Maddox haciendo que Lily se sonrojara.

—Gracias,— dijo ella jugando inconscientemente con un mechón de su cabello rubio. Sus ojos se volvieron soñadores por un segundo antes de volver a la realidad.

—Vamos, también tengo que hacerte el maquillaje,— me dijo. Me levanté con un suspiro y

la seguí al baño. El lugar estaba lleno de productos de maquillaje y olía fuertemente a flores. Fruncí el ceño.

—Toma asiento y comenzaremos,— dijo señalando la silla que había preparado. Tomé asiento y Lily se puso detrás de mí.

Puso una mano en su barbilla mientras miraba mi cabello. Era largo, rizado y aunque era suave y sedoso, muy difícil de domar.

—¿Qué tal si trabajas en mi maquillaje y atuendo y yo me hago el cabello?— dije y Lily asintió.

—Eso parece mejor porque no creo poder hacer esto,— dijo señalando a mi cabello. Tomó algo de corrector y yo sacudí la cabeza.

— Hazlo lo más ligero y natural que puedas. Créeme cuando digo que poner muchas capas no ayudará,— dije. Mi piel estaba lisa y no tenía ni un solo grano. Había sido así desde que me inyectaron algún químico en la —casa segura—.

Podría hacer mi propio maquillaje pero si tenía a alguien más para hacerlo por mí, ¿por qué no aprovechar la oportunidad? Simplemente me recosté mientras Lily comenzaba a hacer su magia. Haría mi cabello después de ponerme el vestido. Era la única forma de garantizar el look final.

Había leído un expediente sobre Elliott Hillingham. Un hombre muy frío y poderoso. También sabía que se había casado antes, con una mujer llamada Ciara Kaur. Ella era una patinadora artística profesional con un corazón de oro. Indagando más, descubrí que se conocieron en una de sus competiciones, Elliot había ido a hacer Dios sabe qué y congeniaron.

Ciara no parecía tener problemas familiares ni una historia trágica de ningún tipo, lo que hacía mi trabajo más fácil. A Elliot le gustaban las mujeres con cierta delicadez perfecta. Alguien fuerte pero tímido, lindo pero sexy, amable pero vengativo. Podía trabajar con eso.

Iba a hacer que Elliot se enamorara de mí, o de Mabel Cole, el nombre con el que iba. Esto va a ser divertido.

14

—¿Este?

—No. Demasiado vulgar.

—Ok. ¿Este?

—No, demasiado inocente.

—Está bien. ¿Este?

—Um... no,— dije observando el vestido con una cola parecida a una pluma. Lily había terminado mi maquillaje y había traído un perchero con diferentes vestidos al baño.

—Bueno, ¿qué quieres entonces? Has rechazado casi todos,— dijo Lily claramente frustrada. Rodé los ojos. El vestido era importante. Era lo primero que Elliot iba a notar, así que tenía que ser bueno. Fui al perchero y revisé los vestidos, uno por uno.

—Necesito algo que muestre mi cuerpo pero no de manera obvia. Algo que retrate inocencia pero también sensualidad,— murmuré.

—¿Y cómo se supone que vamos a encontrar eso?— preguntó Lily con un resoplido exasperado.

—La ex esposa de Elliot, Ciara, usaba mucho la seda, así que eso es un no. Odio las plumas, los destellos, las cuentas y realmente cualquier cosa que llame demasiado la atención sobre el vestido,— dije. —Creo que lo mejor sería optar por el encaje.

—¿Encaje?— preguntó Lily desde detrás de mí.

—Sí,— dije volteándome hacia ella. —Puede hacer que alguien se vea sexy pero también no llama demasiado la atención si está puesto en algo simple. Créeme cuando digo que el encaje es perfecto.

—Pero hay como siete de encaje que has rechazado,— notó Lily.

—Solo porque busco un look inocente-ish no significa que no deba ser de alguna manera llamativo. Va a haber muchas mujeres allí buscando lo que quiero... la atención de Elliot,— expliqué.

—Esto es tan confuso. Voy a esperar con los demás y darles su ropa,— dijo Lily saliendo del baño y cerrando la puerta detrás de ella.

Busqué en el perchero un rato hasta que encontré algo perfecto. Asentí con aprobación y me lo puse. Era un mini vestido de encaje blanco corto que caía a medio muslo. Tenía mangas largas de encaje que caían fuera del hombro y llegaban hasta mis muñecas. Me volteé al espejo y me miré.

Ajustaba perfectamente mi figura de reloj de arena. Giré, para tener una buena vista de todo. Sí, esto serviría. Me puse un par de tacones de correa en el tobillo de color crema abiertos por delante. Me paré frente al espejo, insegura de qué hacer con mi cabello. Tenía que cambiarlo de alguna manera.

Al ver una plancha de pelo en la encimera del baño, la tomé. Tomando un profundo suspiro, comencé a alisar mi cabello. Permanecería así por un tiempo hasta que mis rizos volvieran pero se sentía bien hacer algo nuevo con mi cabello.

Casi había terminado cuando sonó un golpe en la puerta.

—Vittore está en camino. Necesitas salir,— oí a Lily llamar.

—Saldré en un minuto,— dije mientras terminaba de alisar mi cabello. Agarré una funda para pistola de muslo, levanté mi vestido y la aseguré más arriba en mi muslo.

Metí una pequeña pistola cargada y un cuchillo. Bajé mi vestido y me miré en el espejo, asegurándome de que no se pudiera ver. Me alegré cuando giré en diferentes ángulos pero nada sospechoso se mostró. Aparté mi cabello de mi hombro izquierdo, haciendo que los mechones

lisos solo cayeran sobre mi hombro derecho y la espalda.

Miré mis ojos ahumados y labios brillantes, decidiendo que era suficiente. Agarré la delgada cadena dorada adjunta a una cartera crema que hacía juego con mis zapatos. Tomé un estuche de lápiz labial negro de la mesa y lo abrí para revelar una pequeña cuchilla.

Sonreí y lo puse en mi bolso junto con un estuche de lápiz labial rosa que al abrirlo revelaba un spray lleno de dióxido de azufre, un gas muy perjudicial. Si tan solo aterrizaba en tu piel, causa ardor, picazón y cicatrices permanentes. Lo puse dentro pero esperaba no tener que usarlo.

Después de eso, solo añadí lo que cualquier mujer normal llevaría. Maquillaje, desinfectante de manos, espejo compacto, ligas para el cabello, tarjetas de negocio inútiles, pastillas para el aliento, chicle, toallitas y un bolígrafo y papel. Caminé con confianza fuera del baño, mis tacones haciendo clic en el suelo. Me giré hacia los demás que parecían asombrados.

—Guau, te ves...

—Atractiva,— completó Felix por Carter que aún estaba asombrado.

—Gracias,— dije mientras buscaba a Lily. —¿Dónde está Lily? Necesito mis identificaciones falsas y esas cosas.

—Están aquí,— llamó Maddox después de apartar su mirada de mi cuerpo. Caminé hacia donde estaba parado detrás de Erik, muy consciente de las miradas sobre mí.

—Identificaciones falsas, teléfono falso, tarjetas de cuentas bancarias falsas, todo está aquí,— dijo Maddox entregándome una cartera. Revisé las identificaciones. Tenían mi cara pero el nombre de Mabel Cole. Lo deslicé en mi bolso junto con el teléfono y un cargador.

—Ustedes también se ven bien,— dije mirando los trajes en los que estaban. Felix, sin embargo, parecía un camarero y su cabello había sido peinado fuera de sus ojos. Se veía bien.

—No tanto como tú... eh...— Carter se interrumpió, sin saber mi nombre.

—Dalia. Mi nombre es Dalia,— dije. Era mi nombre y no planeaba cambiarlo pronto. No iba a dejar completamente mi pasado, hay cosas que simplemente se quedan contigo. Además, en

caso de que estos chicos corrieran la boca, los cazaría a todos y les cortaría la garganta mientras dormían.

—Genial. Dalia... Lily quería que te dijera que rompías una pierna. Ella fue a conseguir la habitación del hotel en el edificio del casino y Peyton ya está en posición,— explicó Carter.

—¿Y Vittore? ¿No se supone que debería estar aquí?— pregunté.

—Llegará en el último momento. Siempre lo hace—, dijo Félix mientras apoyaba la cabeza en sus manos. El pobre parecía aburrido hasta morir.

La puerta de nuestro apartamento se abrió y el sonido de tacones acercándose me hizo fruncir el ceño. Los demás se tensaron y observaron la entrada del salón expectantes. Incluso Erik levantó la vista de su computadora. No van a creer quién entró.

—Ya estoy aquí, chicos. Vamos a trabajar—, dijo Alexa con una sonrisa.

Todos se volvieron hacia ella y se relajaron. La ignoramos como si no estuviera allí en la habitación. En primer lugar, ¿qué hacía ella aquí? No formaba parte de ningún plan. En segundo lugar, lucía horrible. Tenía la cara cubierta de maquillaje, probablemente para ocultar el moretón que le dejé la última vez y llevaba un repugnante vestido de látex rosa brillante con tirantes de espagueti y algún tipo de decoración de pelusa donde terminaba en sus rodillas.

—Vittore me dijo que viniera aquí y tomara el lugar de la chica negra—, dijo uniéndose a nosotros en la mesa.

—No—, dijo Carter sin levantar la vista hacia ella.

—¿No? No puedes decirme eso, Carter. Soy mejor en esto que ella y llevo más tiempo—

—Y sin embargo, tú eres la que está vestida como una muñeca Barbie defectuosa—, la interrumpió Maddox. —Mírate y mírala. Simplemente vete, Alexa.

El rostro de Alexa se puso rojo brillante, lo que se veía extraño sobre el maquillaje de su cara. Sus ojos escanearon mi atuendo y levanté una ceja hacia ella cuando el asco se plasmó en su rostro.

—Vestida como una puta. ¿Por qué no me sorprende?—, dijo cruzando los brazos y poniendo la cadera de lado. Esa palabra me enfureció. Llámame como quieras, pero no eso. Aún así, me mantuve calmada, pero mi ojo tembló ligeramente.

Alexa abrió la boca para añadir algo cuando Erik habló.

—El jefe está aquí—, dijo con un fuerte acento ruso justo antes de que el sonido de la puerta abriéndose de nuevo llegara a nuestros oídos.

15

Alexa se alejó de nosotros, ya en camino a congraciarse con Vittore. Bufé volviendo a los planes como los demás. Carter continuó explicando los detalles del plan mientras oíamos la conversación de Vittore y Alexa en los pasillos.

—¿Qué haces aquí, Alexa?—, preguntó Vittore de forma grosera.

—Acabo de dejar algunas de las armas que los demás necesitaban—, mintió ella con tono serio.

—Estoy seguro de que están agradecidos, así que puedes irte—, gruñó Vittore.

—¿Por qué no la despide?—, me pregunté a mí misma. —O la mata y nos hace un favor a todos.

—No puede. Alexa es una señora del crimen muy poderosa—, me sorprendió Maddox.

—¿Me estás mintiendo? ¿Ella?—, pregunté señalando en la dirección general de Alexa.

—Sí. Alexa Eva María Valenzuela, jefa de Los Reyes—, dijo Félix. Conocía a Los Reyes. Eran una gran banda y operaban en la mayor parte del mundo.

—Así que si Vittore la mata...

—La mafia pierde mucho dinero y hombres luchando contra Los Reyes. Se pueden derrotar, pero ¿cuál es el punto de arriesgarse y tener que construir lealtades y la mafia de nuevo?— Maddox completó por mí.

—Pero, ¿por qué está ella aquí en primer lugar?—, pregunté.

—Matteo—, mis ojos se revolvieron en la cabeza cuando Carter dijo su nombre. —Le debía mucho dinero al señor anterior, Markel Soria Valenzuela. Cuando Markel murió, Alexa se convirtió en la jefa y llegó a un compromiso con Vittore. Ignoraría las deudas de su padre con su banda si trabajaban juntos.

—Eso es inteligente—, dije sin poder creer que Alexa no fuera solo una cabeza hueca con habilidades.

—Sí. Fue un buen trato. Uno que estoy seguro que Vittore odia todos los días—, dijo Félix con una risa. Sacudí la cabeza y volví a los papeles.

—Vamos, Vittore. Sabes que soy mejor que ella. He trabajado contigo más tiempo. Además, no confías en ella, ¿verdad?— escuché que Alexa se quejaba cuando Vittore finalmente se unió al resto de nosotros.

—Alexa, sta 'zitto (cállate)—, espetó Vittore.

Alexa pareció confundida por un segundo. ¿Por qué no sabe italiano? Es el idioma alrededor del cual se centran la mayoría de las mafias. Supongo que podría retractarme del comentario sobre su inteligencia.

—Dijo que cállate Alexa. En serio, haznos un favor—, le dije en español, esperando que captara algo más en su lengua materna. Sus ojos se dirigieron hacia mí, llenos de odio.

—Nadie te pidió que hablaras oveja negra—, replicó ella y yo rodé los ojos. Sí, era negra y estaba jodidamente orgullosa. Iba a hablar de nuevo pero Vittore me ganó.

—Deja a Alexa. Lo entenderé cuando te pongas llorón y pegajoso, pero una cosa que no permitiré en mi mafia es el racismo—, espetó él también en español.

Mis ojos se dirigieron hacia él por un segundo y algo se retorció en mi pecho. Mi estómago se sentía difuso y fruncí el ceño. ¿Qué diablos?

Alexa resopló y salió del apartamento, lanzándome una mirada de odio. Miré de vuelta a Vittore, quien se pasó una mano por la cara. Sus oscuros ojos escanearon la habitación hasta que aterrizaron en mí y se congeló ligeramente. Sus ojos recorrieron mi cuerpo como si recién notara lo que llevaba puesto.

Mi estómago hizo esa cosa difusa de nuevo y lo ignoré. Los ojos de Vittore finalmente se conectaron con los míos después de un rato y levanté una ceja hacia él.

—¿Alguien podría decirme qué acaban de decir todos?—, intervino Félix, haciendo que mi mirada se dirigiera hacia él. Fue como si me sacaran de un trance.

—No es nada—, dijo Vittore poniendo una mano en su barbilla y mirando los planes que Carter sostenía. —¿Estamos listos?—, preguntó.

Aproveché el momento en que Carter hablaba con Vittore para mirar en qué estaba. Estaba vestido de negro, como siempre. Su chaqueta de traje estaba abierta y la camisa de vestir negra debajo tenía los botones superiores abiertos y vi un pequeño tatuaje en espiral.

—Dalia—, miré a Maddox, el sonido de mi nombre me sacó del ensimismamiento en el que estaba. Dios, ¿qué me pasa? —¿Estás lista?

—Siempre lo estoy—, dije recogiendo mi bolso.

—Solo sigue el plan, ¿ok? Nos separamos aquí pero ten cuidado—, dijo Carter con genuina preocupación en su rostro.

—Ella estará bien—, dijo Vittore mirándome con esa intensa mirada suya. —Y si no hace lo que quiero que haga, muere.

—Muy tranquilizador, Vittore—, murmuré mientras me dirigía hacia la salida del apartamento. —Sé qué hacer y cómo hacerlo. Solo espero que ustedes no la caguen.

Salí de ese lugar maldito y me dirigí hacia el ascensor. Entré, una mujer era la única otra persona dentro. Nos paramos lado a lado mientras las puertas del ascensor se cerraban y bajaban. El silencio cayó entre nosotras hasta que sonó, deteniéndose en el piso de la mujer.

—Prefiero llevar un arma a una batalla en lugar de una Hoz de Jade, ¿no crees?—, me preguntó la mujer mientras se abrían las puertas. Tenía un acento francés muy marcado.

Miré a sus ojos, eran de un gris azulado. Parecía tener unos años más que yo. Probablemente 25 o algo así.

—Y yo no me metería con un Mimo Ágil, ¿verdad?—, le dije en clave. Ella se rió ligeramente mientras salía del ascensor.

—No te preocupes petite fille (niña pequeña). Jordan no va a ir cerca de París pero le tiene ganas a las armas perdidas—, advirtió la mujer mientras se alejaba.

—El arma no está perdida. Encontrará su camino de regreso—, dije antes de que las puertas se cerraran.

Me eché el cabello hacia atrás, enderezando la columna. Una pequeña sonrisa siniestra se formó en mi rostro.

Paciencia. Todo era cuestión de paciencia.

16

Mis pies resonaban en la acera mientras caminaba hacia el casino, el encuentro en el ascensor relegado a un rincón lejano de mi mente para futura referencia. Ahora tenía un trabajo que hacer y tenía que mantenerme enfocada. El edificio al que me dirigía era fácil de identificar.

Era enorme y la fachada tenía lo que parecían ser millones de luces, a la vez cegadoras y atractivas. THE NOVA resplandecía en un bonito dorado en la parte superior del edificio. Había mucha gente fuera esta noche, la mayoría turistas que se detenían a tomar fotos, otros eran hombres de negocios apurándose hacia la oficina y de vez en cuando pasaba una pareja adorable.

La mayoría de las cosas que veía eran nuevas para mí. Los autos, los teléfonos, las chicas que andaban por ahí vistiendo ropa reveladora y las parejas homosexuales que no tenían miedo de mostrar su pasión el uno por el otro en público. Estas eran solo algunas de las cosas.

Los ojos de los hombres me seguían mientras caminaba hacia el casino. Era consciente de la atención y sabía cómo manejar la situación si alguno de los idiotas decidía ponerse un poco manosas. Llegué al casino, subiendo la escalinata hacia la entrada principal que me llamaba.

Había dos guardias fornidos de pie alineados. Me acerqué, ligeramente impresionada por el lugar. Ligeramente.

—Su bolso para revisarlo, señora—, dijo uno de los guardias. Le sonreí.

—Por supuesto—, dije sacando mi teléfono, entregándoles mi bolso.

Tomaron mi bolso, pasándolo por un escáner de metales. No sonó. Uno porque la pistola dentro estaba hecha mayoritariamente de plástico. Algo que ni siquiera sabía que se podía hacer.

—Pase por el detector, señora. Si lleva algo valioso encima, le sugiero que lo saque ahora—, dijo el hombre. Puse mi teléfono en el contenedor que me deslizaron, pasando por el detector. Nada. Ningún pitido.

La pistola que llevaba también estaba hecha de plástico y la hoja era de acero inoxidable. Era uno de los metales más difíciles de localizar con un detector de metales porque el acero tiene una mala conductividad eléctrica y también tiene una baja permeabilidad magnética. Algo pequeño que había aprendido.

—Puede entrar—, dijo el guardia.

—Gracias, chicos—, les dije recogiendo mis cosas con una sonrisa. —Tengan una buena noche.

Empujé la puerta de cristal abierta, caminando a través del vestíbulo frente a mí, la entrada del casino me llamaba. Dios, estaba tan cerca pero tenía otra ronda de seguridad por pasar.

Me aseguré de mantener la cabeza baja y no mirar hacia el techo. Estaba cubierto con cúpulas bien iluminadas que estaba seguro ocultaban todo tipo de cámaras. La entrada sola tenía cinco o seis, otras dispersas.

El chico hacker, Erik, nos dijo que utilizan un software de reconocimiento facial sofisticado con ellas para buscar a aquellos que están en la lista negra y movimientos sospechosos. Había visto dónde apuntaban todas, sabía cómo tenía que esconderme.

Los hombres que custodiaban la entrada me observaban de cerca mientras me acercaba. Sonreí tímidamente pero dulcemente y abrieron la puerta para dejarme entrar. Los sonidos del juego y el zumbido constante de las máquinas tragamonedas me golpearon como un tren mientras miraba alrededor de la sala de colores brillantes.

Observé que nadie hablaba mucho. Los jugadores alrededor eran serios y se concentraban en sus máquinas. La mayoría de los jugadores eran mayores, sus cabellos grises resaltaban más que los tonos juveniles oscuros y claros. En el centro del casino, custodiado por filas y filas de tragamonedas, localicé los juegos donde Elliot probablemente estaría en la próxima media hora. Había póker, ruleta, blackjack y muchos más.

Con la pequeña sonrisa tímida en mi rostro, me sentía como una paria. Todos aquí parecían enojados, serios o siniestramente alegres. Entendía por qué. El juego es un asunto serio. No importa cuánto dinero ganes o pierdas, siempre hay otra apuesta. La sensación de desesperación es densa aquí, tentando silenciosamente a alguien a tomar una decisión, a apostar todo. Los estaban exprimiendo como a vacas. A todos ellos.

Me sorprendió que la gente realmente encontrara diversión en esto. Algunos caminaban riendo y alardeando cuando ganaban o tambaleándose borrachos porque estaban aquí por asuntos serios y necesitaban enfriarse. Aquí, podía ver de cerca cómo los juegos se vuelven adictivos ya que la gente apuesta más de lo que puede dar, arruinando lentamente sus vidas.

Sacudí la cabeza, caminando hacia el bar. Podría pasar mucho tiempo aquí. Algo que realmente no me molestaba cuando vi al atractivo barman. Me acomodé en uno de los asientos mientras lo observaba trabajar. Tenía el cabello castaño café y piel pálida.

El de Vittore era negro medianoche y su piel era bronceada. El barman no tenía tatuajes como los de Vittore. ¿Por qué lo estoy comparando con Vittore de todos modos?

Finalmente, el barman se volvió hacia mí.

—¿Qué te pongo?— preguntó.

—Oh. Nada. Realmente no vine con dinero—, dije tímidamente mirando hacia abajo y jugando con el extremo de mi manga. —Solo estoy esperando a alguien.

—Eso no significa que no puedas pasar un buen rato. Dime lo que quieras. Invito yo—, dijo el barman.

—¿Estás seguro? No quiero molestar—, dije mirándolo y mordiéndome el labio.

—No es problema, cariño. ¿Por qué no te preparo una de mis bebidas favoritas?— ofreció el barman.

—Eso suena encantador. Gracias—, dije dándole una sonrisa radiante. Él sonrió de vuelta, asintiendo antes de ponerse a trabajar.

Así, damas, es como manipulas a un hombre para obtener lo que quieres. Son tan fáciles. Todos quieren una damisela en apuros para hacerlos sentir importantes. Sobre todo estos idiotas machistas. El barman volvió con mi bebida gratis.

—Gracias—, dije revolviendo la bebida en el vaso antes de dar un sorbo. Era tanto dulce como fuerte.

—¡Esto está genial!— dije con una sonrisa en mi rostro.

—Gracias, cariño. Me alegra que te guste—, dijo él lanzando el paño que tenía en las manos sobre su hombro. Me guiñó un ojo antes de alejarse y volver al trabajo.

Rodé los ojos detrás de su espalda mientras trabajaba con otras personas. Sorbí mi bebida, mis ojos escaneando el casino en busca de mi objetivo. Aunque no mentía. La bebida estaba genial. Sin embargo, no debería beber siendo menor de edad. Miré mi bebida, la idea de dejarla pasar por mi mente. ¿Realmente debería beber durante la misión?

Eh.

17

Había migrado del bar a un par de mesas, coqueteado y hablado con algunos chicos, básicamente, traté de integrarme. El alcohol que había tomado antes pareció relajarme un poco y estuve agradecida porque la tentación de sacar mi pistola y disparar a cada hombre que me tocaba era fuerte.

Estaba feliz de tener un sentido de paciencia porque las cosas se movían más lento de lo que deberían. Suspiré, alejándome de otro hombre cuyo ego acababa de inflar cuando finalmente mis ojos captaron la vista de Elliot. No era un mal parecido con su cabello caramelo y ojos verdes. Si no fuera como 12 años mayor que yo, definitivamente lo perseguiría.

Se acercó al centro del casino, uniéndose a un juego de póker con algunos viejos. A algunos de ellos los conocía bien por su dinero y el hecho de que tenían conexiones con mi padre, no, corrige eso, mi donante de esperma.

Me acerqué casualmente a la mesa, poniéndome en la línea de visión de Elliot. Tomó un rato pero sus ojos finalmente se desviaron hacia mí, recorriendo mi cuerpo. Era hora de jugar al jugador.

Miré hacia abajo cada vez que nuestros ojos se encontraban, sonriendo tímidamente pero siempre comprobando si su mirada estaba en mí, lo cual estaba. El primer paso era hacerme la difícil. Su mirada me invitó a acercarme y en un momento, me guiñó un ojo al que fingí reírme mientras vomitaba un poco por dentro. Ni siquiera era mi tipo.

Dejé continuar este coqueteo de miradas durante un rato hasta que vi que él se concentraba más en su juego de lo que lo hacía en mí. Eso era una mala señal, así que me moví de donde estaba para estar detrás de él, observando a la gente jugar. El segundo paso era más de provocación. Rozamientos ligeros de piel, pequeños comentarios cada vez que ganaba, tocar su hombro y todo eso.

Necesitaba que él estuviera interesado hasta el punto de que me consiguiera un asiento. Esta parte fue la más fácil. Había mucha gente pasando y la única forma de que pasaran era que me moviera más cerca de Elliot. Toqué su hombro un par de veces, solté una risa ligera ante algunos

de sus chistes como si solo fuera una transeúnte y me aseguré de estar tan cerca de la parte trasera de su silla que era imposible no notar mi presencia.

Claro que estaba haciendo algunos movimientos audaces pero, ¿a qué chico no le gusta una mujer fatal de vez en cuando? Sabía que mi táctica estaba funcionando cuando Elliot giró un poco la cabeza para verme.

—¿Por qué no te sientas, amor? Apuesto a que esos tacones te están matando—, comentó Elliot.

—Oh. No quisiera interrumpir tu juego—, dije haciendo un gesto para irme. Dios, estos hombres eran tan fáciles.

—Tonterías. ¿Por qué haría que una dama tan bonita como tú se quedara de pie? Mi madre me enseñó mejor—, dijo Elliot, girando completamente en su silla y dándome una cálida sonrisa. Le devolví la sonrisa, evitando su mirada.

Una silla fue colocada justo al lado de Elliot y él la palmeó, indicándome que me sentara, lo cual hice.

—¿Cómo te llamas?— Elliot susurró en mi oído. Su asquerosamente cálido aliento sopló contra mi cara y, honestamente, olía mal.

—Mabel. Mabel Cole—, dije sonriendo levemente.

—Mabel. Qué nombre tan hermoso—, dijo Elliot. Sí, gracias, lo saqué de mi personaje favorito de Gravity Falls. Empecé a jugar con las puntas de mi cabello, negándome a mirar a los ojos de Elliot.

—¿Cuántos años tienes, Mabel?— preguntó Elliot.

—Veinte. Realmente vine aquí para encontrarme con un amigo pero no apareció—, dije con mi voz rebosante de tristeza.

—¿Y por qué un hombre dejaría plantada a una chica tan bonita?— preguntó Elliot mientras volvía a concentrarse en su juego una vez más. Me encogí de hombros.

—Realmente no sé. Me gustó durante mucho tiempo y pensé que estábamos llegando a algún lugar, pero supongo que estaba equivocada—, dije llenando mi tono de decepción.

—No pierdas el tiempo con chiquillos que no tienen cuidado en el mundo. Una chica maravillosa como tú debería ser tratada como una reina, cuidada por alguien más maduro y más inclinado a hacer tus sueños realidad—, comentó Elliot.

—Y déjame adivinar, tú eres esa persona más madura traída a este mundo para mí—, dije sonriendo brillantemente.

—Tú lo has dicho, amor. Yo no—.

Solté una risa falsa, desviando mi mirada de la suya hacia la mesa donde los demás estaban más concentrados en el juego que en la conversación de Elliot y yo. La charla fluyó fácilmente después de eso, Elliot tomando interés en la persona de Mabel que estaba usando. Las conversaciones a mi alrededor pasaron de problemas domésticos a negocios y me aseguré de captar cada palabra.

—... Lo sé, pero nunca se perdió una noche de juego. No desde que su hija murió—, dijo uno de los hombres mayores. Creo que su nombre era Benedict.

—Es cierto, es cierto. Andre siempre fue de los que se distraían con sus problemas en lugar de enfrentarlos—, dijo Elliot.

Espera un segundo. ¿Andre? Estaban hablando de mi padre- donante de esperma.

—¿Andre? ¿Están hablando de Andre Gates?— pregunté audazmente pero manteniendo mi tono suave.

—Claro que sí. Siempre ha sido uno de mis favoritos para jugar. Siempre tuvo una suerte antinatural—, afirmó Benedict.

—Siempre viene aquí en días así, cuando el casino está más que lleno, desde que su hija murió—, dijo otro hombre mayor. No estaba muy seguro de su nombre. Empezaba con una O. Probablemente Oliver.

—¿Su hija? ¿Se refieren a Dalia Gates?— pregunté mientras mi mente daba vueltas. Mi donante de esperma venía aquí. Se mudó de Santa Pores a Las Pavita para jugar al póker. Podría encontrarlo. Podría obtener mi venganza.

—Sí, ese es el nombre. Chica bonita también. Él nunca habla de ella, aunque. Solo alardea de su hijo Logan que ahora es CEO y su hija Kay que es modelo—, murmuró Benedict mirando sus cartas y la mesa.

¿Kay se convirtió en modelo? Vaya. No me lo esperaba. Siempre pensé que seguiría a mi madre, espera, corrige eso de nuevo, a mi incubadora con todo eso de ser diseñadora. También pensé que Logan se dedicaría al deporte. Le encantaba el baloncesto con pasión ardiente. ¿Cómo terminó siendo forzado a un escritorio? Probablemente mi donante de esperma quien lo obligó a ello.

—¿Qué te fascina tanto de la familia Gates?— preguntó Elliot. Mierda.

—Solo tuve un flechazo con Logan Gates en un momento. Estúpido, ya sé—, mentí fácilmente. Por dentro, me estremecí.

—¿Tuviste un flechazo con él? ¿Y ahora quién te gusta?— inquirió Elliot recostándose en su asiento, sus cartas ocultas a la vista. Me alejé de él con un encogimiento de hombros y una sonrisa tímida.

—Creo que estoy empezando a gustar de personas maduras. Ya sabes, alguien que pueda cuidarme—, dije usando sus propias palabras y mirándolo sugestivamente. Dios, espero que Vittore realmente haga bien el robo. Esto no vale la pena.

Elliot me miró con una luz nueva. Último paso. Atracción. Tenía a Elliot enredado en mi dedo meñique. Ahora mantenerlo así por unas dos horas. Un timbre rompió el trance en el que Elliot estaba, mirando mi cuerpo.

Se enderezó en su asiento, alcanzando su bolsillo de la chaqueta oscura. Lo observé cuidadosamente, una sonrisa seductora en mi rostro. No rompió el contacto visual mientras hablaba con quienquiera que estuviera en la línea.

—Sí... uh huh... mmm... no... ok. Estaré allí en 10—, dijo. —Lo siento, señores, Mabel, pero debo irme.

Observé a Elliot levantarse. Mierda. Extendí mi mano hacia él.

—¿Hay algo mal?— pregunté sosteniendo su muñeca y dejando que genuina preocupación se filtrara en mis palabras. Elliot me sonrió pero no hizo ningún movimiento para quitarme la mano.

—No, amor. Solo tengo algunos asuntos que atender. Volveré—, dijo inclinándose y presionando un beso en mi mejilla.

El asco corrió por mis venas más rápido que un rayo al contacto, pero no me inmuté. Simplemente lo acepté mientras Elliot se alejaba y volvía a la multitud. También me levanté, lista para detenerlo. No había manera de que fallara en esta misión.

Mis ojos seguían a Elliot, pero en mi visión periférica, vi a Maddox. Se formó un plan en mi mente. Podría captar la atención que quería, pero sería difícil mantenerla. Tenía que intentarlo. Me dirigí hacia Maddox.

Esto tenía un 50% de posibilidades de explotarme en la cara, pero estaba bien. ¿Ir a lo grande o irse a casa, no?

18

Agarré la mano de Maddox y lo jalé conmigo hacia donde se suponía que Elliot iba. La gente lo detenía para hablar con él, así que eso jugaba a mi favor.

—Dalia. ¿Qué demonios estás haciendo?— preguntó Maddox.

—Elliot se me está escapando. Necesito llamar su atención y tú vas a ayudarme—, le siseé.

—No puedo. Podrían echarme—, dijo Maddox.

—No si lo haces bien—, respondí. Maddox llevaba una peluca morena que lo hacía ver muy diferente. —Quítate la peluca.

Maddox me lanzó una mirada furiosa. —Esto no era parte del plan.

—No me digas, Sherlock, pero necesitamos hacer esto, ¿ok?—, dije y él suspiró, asintiendo. —Bien. Sígueme.

Guíé a Maddox por el corredor que los huéspedes que se quedaban podían usar para llegar a sus habitaciones porque había un ascensor al final, que era la punta de un pasillo en forma de T.

—Cuando venga Elliot, corre por este lado, debe haber un armario ahí donde te puedas esconder—, dije, girándome hacia Maddox y señalando a la izquierda.

—¿Estás segura de que es a la izquierda?— Preguntó él, mirando por el corredor de la derecha. Asentí.

—He mirado esto más de cien veces con Carter. Sé cuál lado es cuál—, dije mientras Maddox se quitaba la peluca, lanzándola al pasillo de la izquierda. —También pierde la chaqueta.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo, Maddox. Solo hazlo—, dije suspirando. Él gruñó pero se quitó la chaqueta, lanzándola al pasillo de la izquierda justo al lado de la peluca.

—Bien. Ahora, pégame.

—¿Qué?— Maddox preguntó, sus ojos se abrieron ligeramente en shock.

—Dije que me pegues. Como tres buenos puñetazos en la cara. Algo que deje moretón—, dije preparándome. Maddox miró mi postura y pude ver cómo trabajaba su mente. Pensaba que estaba loca.

—No puedo pegarte—, dijo.

—¿Por qué no?

—Porque Dalia. Eres una chica y Vitt-

—Permíteme detenerte ahí—, dije levantando mi mano. —Sí, sé que soy una chica y una maldita adolescente, pero por alguna razón, todos ustedes me confían ciegamente esta sangrienta misión. Ahora, o le dices a Vittore que fallaste o me pegas en la cara ahora mismo. No seas tan pusilánime.

—¿Eres una adolescente?— Maddox preguntó, resaltando esa única parte de todo el discurso que acabo de dar.

—¡Maddox!

—Ok ok. Jesús—, dijo antes de retirar su mano y golpearme en la cara. Lo hizo algunas veces más hasta que sentí mi ojo latir y la sangre corriendo por mi nariz y labio.

—¿Me veo mal?— pregunté a través del dolor que asaltaba mi cara. Él hizo una mueca sacudiendo sus nudillos.

—Sí. Te ves seriamente mal—, dijo.

—Bien bien. Ahora solo esperamos—, dije.

—¿Esperar a qué?

—Cuando Elliot baje por ese corredor, quiero que me apoyes contra el ascensor y finjas que me estás acosando—, dije seriamente.

—Dios Dalia. ¿Qué te pasa?— preguntó Maddox.

—¿Quieres el dinero o no?—, pregunté poniendo una mano en mi cadera. La sangre goteaba de mi nariz a mi vestido. Maldición. ¡Es blanco! Llevé mi otra mano hacia arriba, presionándola contra mi nariz. Maddox más vale que esperara no haberla roto. Estaría feliz de devolverle el favor.

—Claro que sí pero-

—Pero nada. Haz lo que te digo y todo estará bien—, dije quitando mi mano de mi nariz herida. Maddox suspiró, como si la perspectiva de pelear conmigo lo agotara. Bien.

—Ahora, cuando te susurre correr, tú corres. Si te atrapan, probablemente estarás en una celda esta noche—, dije completamente seria.

—Eres una maldita loca—, Maddox susurró casi para sí mismo.

—Gracias. Lo intento—, repliqué justo cuando se oyeron voces por el corredor, acercándose a nosotros. Jale a Maddox conmigo al lado del ascensor. —Es ahora o nunca Maddox.

Él suspiró pero se movió más cerca de mí, atrapando mi cuerpo con el suyo contra la pared. —Intenta algo gracioso y te patearé los testículos, ¿entendido?— prometí.

—Sí, sí, lo tengo—, dijo mientras sujetaba mis manos con un agarre suelto. Asentí con la cabeza y una vez que las voces se acercaron, grité con todas mis fuerzas.

Maddox presionó su mano a mi boca, sonriendo en mi cara. Lo fulminé con la mira. Se aseguró de que su mano no me tocara realmente para no mancharse los dedos de sangre. Sacudí la cabeza antes de sacar lágrimas. Gemí y luché contra el —fuerte— agarre de Maddox mientras las voces se hacían más fuertes.

—¡Hey!— Alguien gritó.

—Corre—, susurré a Maddox y él de inmediato me soltó. Dejé que mi cuerpo cayera al suelo y observé cómo Maddox recogía su chaqueta y la peluca, sin perder tiempo corriendo por los pasillos.

Como cualquier chica patética, me acurruqué en un ovillo, pequeños sollozos falsos se me escapaban por los labios. Realmente no era tan difícil llorar, reír o cambiar de emociones tan rápido. En la —casa segura—, ser capaz de hacer esto era como un rito de paso. Me enseñaron bien.

Manos aterrizaron sobre mi cuerpo y alcé la vista para ver a Elliot.

—¿Mabel? Amor?

—¿Elliot?— lo llamé, sentándome un poco. Avancé, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello mientras sollozaba en su pecho. —Elliot.. él... él... no pude detenerlo. No pude...

Él pasó su mano por mi espalda mientras la gente pasaba corriendo por nosotros, probablemente buscando a Maddox que ya se había ido.

—Está bien, amor. Ven. Déjame ayudarte—, dijo poniéndome un brazo alrededor de la cintura y guiándome a ponerme de pie. Cojeé a su lado mientras conseguía que el ascensor se abriera. Me apoyó al entrar y subimos a lo que esperaba fuera su piso.

El ascensor se abrió directamente en la sala de estar de su amplio penthouse de espacio abierto. Me ayudó a llegar al sofá.

—Espera aquí. Creo que tengo algunos suministros en mi oficina—, dijo y yo asentí.

Lo vi alejarse de mi lado, caminar hacia la esquina de la habitación donde había un montón

de escaleras, subirlas y desaparecer. Tan pronto como se fue, caminé hacia el ascensor. Tomando el cuchillo de mi muslo, lo usé para girar los tornillos en el panel donde estaban los botones de subir y bajar.

Quitando el panel, jalé algunos cables, cortando algunos también. No estaba segura de lo que estaba haciendo, mientras que Elliot no pudiera irse tan pronto. Puse las cosas de vuelta y volví a sentarme en el sofá una vez más. Miré alrededor del penthouse.

No estaba mal, el tema marrón era agradable, pero prefería el negro y dorado de Vittore. Simplemente me hablaba. No pasó mucho tiempo hasta que Elliot bajó las escaleras con un botiquín, limpiando mis heridas. Me costó todo el autocontrol del mundo no apartarlo de mí para poder hacerlo yo misma.

Solo una hora y media más, Dalia. Podía hacer esto.

19

—El hombre que hizo esto, ¿recuerdas su cara?— Elliot preguntó con el ceño fruncido. Negué con la cabeza.

—No tuve tiempo de memorizarla. Estaba tan asustada y él seguía golpeándome y me sentía tan impotente—, dije tristemente.

—Oye—, Elliot dijo girando mi cara hacia la suya. —No eres impotente. Pareces una mujer muy fuerte e independiente.

—Gracias, Elliot—, dije con una pequeña sonrisa.

Qué asco.

—No hay problema. Solo desearía haber llegado a tiempo. ¿Qué hacías en el pasillo?

—Te estaba buscando. Después de que te fuiste, me aburrí rápidamente y... nunca he conocido a alguien como tú, Elliot. Simplemente haces que las cosas sean mucho más fáciles—, dije deslizando mi mano sobre la suya donde descansaba en el sofá. Entrelazó nuestros dedos y me dio una suave sonrisa.

No te apartes.

—Lo siento. Siento que esto es toda mi culpa—, Elliot dijo suspirando.

—Oh no. No te culpes—, dije rápidamente, pero Elliot apartó la vista de mí. A pesar de cómo mi cuerpo se repelía, puse mi mano en su mejilla y lo giré para enfrentarlo. —Me salvaste de él. No sé qué habría hecho si no hubieras venido.

Los ojos de Elliot buscaron mi cara antes de sonreír. —Sabes qué, no deberíamos estar en un

estado de ánimo tan deprimente. ¿Por qué no te distraigo un poco?

—Oh, eso sería maravilloso—, dije quitando mis manos de las suyas y aplaudiendo. Cualquier cosa para que nuestra piel no tocara.

—Bien, tenemos este enorme penthouse para nosotros, ¿qué te gustaría hacer?—, preguntó. Busqué en mi cerebro algo que tomara mucho tiempo.

—¡Hornear! Podemos hacer un pastel. Tengo esta maravillosa receta que mi madre me dio que creo que encontrarás absolutamente divina—, dije sonriendo brillantemente.

—¿Hornear? Bueno, no puedo decir que lo haya hecho antes...

—¡Genial! Entonces esta será tu primera vez—, me levanté.

—Vamos, Elliot. Vive un poco. Muéstrame tu cocina y hagamos historia—, dije tomando su mano y halándolo para que se levantara.

—Ok ok. Sígueme—, dijo agarrando mi mano y llevándome con él a la cocina. Era bastante grande y jodidamente impecable.

Seleccioné algunos ingredientes mientras hablábamos, asegurándome de tomar todo mi tiempo sangriento. Empecé a hornear con su ayuda, asegurándome de que cometiéramos algunos errores aquí y allá. Me reí falsamente de todo lo que decía y el pobre realmente se veía feliz.

Estábamos mezclando algo de chocolate en un tazón cuando hubo un corte de energía repentino. Sabía que era cortesía de Vittore.

—Elliot—, dije fingiendo miedo.

—Estoy aquí, amor—, escuché en la oscuridad y una mano se envolvió alrededor de mis hombros.

—¿Cuándo volverá la luz?— pregunté.

—En unos segundos, amor. Tengo un generador de respaldo—, dijo, su voz impregnada de presunción.

Oh, por el amor de Dios.

Tal como dijo, la energía volvió y funcionó en no más de 20 segundos.

—Eso fue raro—, dije.

—Lo sé. Nunca había pasado antes...— Elliot dijo pensativo.

—Imagina si hubiera pasado mientras nuestro pastel estaba en el horno. Sería un desastre total,— dije con un puchero, mirándolo. Se rió de mí.

—Un desastre total de verdad, amor—, dijo y entonces sonó el estridente timbre de un teléfono.

Elliot metió la mano en su bolsillo y chequeó la identificación del llamador.

—Está bien si contestas eso. Debe ser más importante...— dije añadiendo un suspiro suave, casi suplicante al final. Elliot parecía dividido pero apagó su teléfono.

—Preferiría pasar el tiempo contigo, amor—, dijo él, regalándome una sonrisa suave. Le devolví la sonrisa.

—Mejor, porque tú eres el que está batiendo la mantequilla para el pastel—, dije.

Continué, haciendo todo lo posible para que el tiempo pasara lento. El pastel estaba en el horno y no estaba segura de poder mantenerlo ocupado por mucho tiempo. Justo cuando estaba perdiendo la esperanza, una alarma sonó a través del ático. Caminé hacia la sala donde estaba mi bolso, sacando mi teléfono.

Lo había logrado. Lo mantuve ocupado durante dos horas y media. Honestamente, necesito un premio.

—¡Dios mío! ¡Tengo que irme!— dije guardando el teléfono de vuelta.

—¿Qué? ¿Por qué?— Elliot preguntó siguiéndome.

—No puedo quedarme mucho tiempo. Sabía que no debería haber venido en primer lugar. Estúpida, estúpida—, murmuré.

—¿Qué quieres decir?— Elliot preguntó mientras intentaba pasar a su lado. Él agarró mi brazo. —Háblame, amor.

—Me encantó nuestro tiempo juntos, de verdad, pero tengo que irme—, dije y caminé hacia el ascensor, recordando que lo había saboteado. Joder.

—¿Cómo que tienes que irte? Lo estamos pasando tan bien—, dijo él.

—Lo sé, pero... tengo una vida fuera de esto, Elliot. Lo siento. Tengo que irme—, dije presionando el botón que sabía que no funcionaba. Después de un rato, solté un suspiro de frustración.

—¿Me puedes indicar dónde están las escaleras?— pregunté.

—No hasta que hables conmigo—, insistió Elliot.

—Elliot, si realmente tienes algún sentimiento por mí como yo los tengo por ti, me dejarás ir. Por favor—, supliqué.

Elliot suspiró y pasó una mano por su cara. Sacudió la cabeza y señaló un pasillo a mi derecha.

—Gracias. Adiós—, dije, caminando contenta por el pasillo, mis tacones resonando a cada paso. Llegué a una puerta de metal, la abrí y comencé a descender por las escaleras.

Fui al piso dos niveles bajo el ático de Elliot y tomé el ascensor hasta la planta baja, justo en el lugar donde vi a Maddox por última vez. Me abrí paso por el casino, ocultando mi rostro de todas las cámaras y saliendo a la calle.

Caminé hacia el hotel donde los demás me esperaban, decepcionada de no haber usado mi pistola, cuchillo o incluso de haber luchado un poco. Aunque me encantaba actuar y jugar a la damisela en apuros, también me gustaba golpear y matar cosas, un hábito que se me había pegado.

Tomé algunos desvíos antes de finalmente encontrarme en el hotel, caminando hacia el lugar de reunión. La música se podía oír fuera de la puerta y la abrí, viendo los diferentes montones de efectivo que los demás estaban contando mientras bebían y reían.

Peyton y Lily bailaban juntas al ritmo de la canción.

Give it to me, I'm worth it

Baby I'm worth it

Uh huh I'm worth it

Gimme gimme I'm worth it

Give it to me, I'm worth it

Baby I'm worth it

Uh huh I'm worth it

Gimme gimme I'm worth it

—¿Así que lo lograron?— pregunté quitándome los tacones. Me estaban matando.

—¡Dalia! ¡Lo lograste!— exclamó Lily al verme. —¿Pero qué diablos pasó con tu cara?

—Nada—, dije con un movimiento de ojos.

—¿Cómo lo hiciste realmente? Incluso nos diste casi una hora extra—, preguntó Carter, recostado en uno de los sofás, con fajos de billetes frente a él.

—Eso es cosa mía y algo que nunca descubriréis. ¿Dónde está Vittore?— pregunté, ansiosa por hablar con el frío jefe de la mafia.

—En el dormitorio principal—, respondió Felix por mí, contando algo de dinero.

Me dirigí hacia la habitación de la que Felix hablaba, sin molestarme en llamar cuando abrí la puerta. Vittore se giró desde la ventana y me sobresalté por un segundo.

Todavía estaba con su traje pero se había quitado la chaqueta, los botones de las mangas largas de su camisa estaban desabrochados al igual que los de su camisa, dejando ver su pecho musculoso. Mis ojos rápidamente escanearon los tatuajes que tenía, también algunas cicatrices. Miré sus abdominales un segundo más de lo necesario antes de salir de mi ensimismamiento.

Aclarando mi garganta, entré en la habitación y cerré la puerta detrás de mí.

—Necesitamos hablar, Vittore—, dije y de verdad necesitábamos hablar. Había realizado el atraco, perfectamente bien debo añadir, y quería algo a cambio.

Vittore se giró y su fría mirada oscura se encontró con la mía mientras avanzaba lentamente y, por primera vez en lo que parecía una eternidad, me sentí intimidada. No era solo por su poder, era porque Vittore no era como nadie que hubiera conocido desde que me vendieron. Era tranquilo, recogido y mostraba menos emoción que un bloque de hielo. Todo su aura y presencia eran depredadoras. Te hacían tener cuidado con tus acciones porque era impredecible.

Tan impredecible que cuando se acercó a mí, invadiendo mi espacio personal, alzando mi barbilla para ver mejor mi cara, me sorprendí. Sabía que se veía mal, me había visto en los espejos del ascensor. Mi cara estaba magullada de negro y morado. Se necesita mucho para que una piel morena como la mía se magulle, pero se notaba claramente.

Los ojos de Vittore estaban fijos en cada marca y cuando su pulgar rozó el corte en mi labio, mi corazón dio un salto nervioso. La mirada de Vittore se fijó en la mía y pronunció una palabra que hizo que mi cerebro se congelara por un momento. Una palabra que hizo que mi corazón latiera en mi pecho. Una palabra que hizo que mi estómago se revolviera y girara como lo hacía cuando él me miraba.

—¿Quién?

20

Nunca en mi vida me había quedado sin palabras como en ese momento. Mi boca se abría y cerraba, sin emitir sonido alguno mientras mis ojos estaban pegados a los oscuros de Vittore. Él me miraba esperando, tranquilo, paciente. Sabía que la ira brillaba detrás de su fría mirada pero ¿por qué?

Los golpes que Maddox me dio eran necesarios, hasta los había pedido. No pensé que a Vittore le importaría el daño en mi cara o preguntara cómo los conseguí. No estaba preparada para este momento.

No estaba preparada.

Desde la —casa segura— me habían entrenado para estar lista para cualquier cosa. Secuestrada por el gobierno de EE.UU., podría escapar. Abandonada en un desierto, podría sobrevivir. Dejada en Antártida, podría vivir. Atada a una silla con una bomba, podría salvar mi vida. Varada en una isla, podría volver. Atada y anclada al fondo del mar, podría liberarme.

Pero nunca en esos 4 años estuve preparada para la intensa mirada de un hombre llamado Vittore. Nunca en esos 4 años estuve preparada para el calor de sus manos en mi piel morena clara. Nunca en esos 4 años estuve preparada para la mezcla de emociones que recorrían mi ser.

No sabía qué hacer... No sabía cómo reaccionar. No sabía cómo salvarme de esta situación. Esto era completamente algo nuevo, algo crudo, algo que realmente me aterrorizaba.

Di un paso atrás.

No sabía qué hacer, así que di un paso atrás. En la —casa segura— cuando me torturaban sin fin, cuando me insultaban, cuando gritaban, nunca di un paso atrás. Nunca.

Pero aquí estaba, frente a un hombre al que no había conocido más que una semana y sin embargo me asustaba.

No en el sentido que la mayoría pensaría. No tenía miedo de lo que pudiera hacer, había conocido a muchas personas similares a él. Tenía miedo de lo que estaba haciendo. Me estaba confundiendo. Odiaba estar confundida. Tenía que estar al tanto de las cosas. Tenía que saber cómo funcionaban para no encontrarme en la misma situación que hace 4 años.

De los siete mil millones de personas en el mundo, el destino de alguna manera me trajo a alguien que no podía leer bien. Alguien que no podía entender. Alguien que suponía una amenaza.

—Te hice una pregunta, tesoro. ¿Quién?— Vittore dijo acercándose, haciendo irrelevante la distancia que había puesto entre nosotros antes. Sabía que me tenía, estaba acorralada. Literalmente. Mi espalda estaba cerca de encontrarse con la puerta.

Di un rodeo a su alrededor, adentrándome más en la habitación. Una vez que su presencia no estaba tan cerca de mí, sentí que podía respirar de nuevo. Mi corazón seguía latiendo de manera errática en mi pecho, la piel se me erizaba y mis manos temblaban por razones distintas a mi enfermedad.

—Nadie importante. Era necesario para la misión—, le dije a Vittore, feliz de haber mantenido mi tono emocionless y uniforme como siempre.

—No creo que lastimarse formara parte del plan—, Vittore contraatacó girándose hacia mí.

—Los planes cambian—, dije sosteniendo su mirada. No mostraría que me afectaba.

—No de una manera en que salgas lastimada—, dijo metiendo las manos en los bolsillos, haciendo que mi mirada se bajara a su pecho expuesto por un segundo.

—No importa. Terminé el trabajo y quería hablar sobre mi premio—, dije.

—¿Premio?— Vittore preguntó con un tono divertido, —Esto no son los Oscars.

—Con la actuación que hice hoy bien podría serlo—, dije con un movimiento de ojos.
—Mira. Entiendo que no soy de fiar, pero terminé tu trabajo y quiero algo a cambio.

Vittore sacudió la cabeza, una sonrisa en su rostro antes de acercarse a mí. Mantuve mi

posición.

—Entonces dime, tesoro—, dijo invadiendo mi espacio personal. Su aliento mentolado me llegaba a la cara y el calor que emanaba de su pecho expuesto no pasó desapercibido. —¿Qué quieres?

No sé por qué esa pregunta de repente me dejó la boca seca. Vittore levantó una ceja, caminando alrededor de mí forma confundida hacia la cama. Se sentó en ella, con los codos apoyados en las rodillas mientras me miraba.

—No seas tímida. Diviértete—, dijo y eso me sacó de cualquier trance en el que estuviera.

—Quiero algo de libertad—, dije.

—No—, respondió Vittore en un instante.

Rodé los ojos. —Dije algo de libertad. Sé que no confías en mí y honestamente, no te culpo. Lo que pido es la capacidad de moverme libremente por tu mansión sin que alguien me esté vigilando de cerca.

—No—, Vittore dijo de nuevo y mi ojo se contrajo en irritación. —Sé que incluso ese pequeño hilo de libertad es todo lo que necesitas para desaparecer de la faz de la tierra.

Quiero decir... no estaba equivocado. Había planeado hacer justamente eso.

—Pero sí lograste la misión, así que no sería justo encerrarte de nuevo.

—¿Qué juegos estás jugando, Vittore?— pregunté. Esto le hizo soltar una carcajada.

—Ningún juego... por ahora. Te estoy dando una opción. Quieres libertad y yo no quiero pasar por el ajeteo de encontrarte cuando desaparezcas—

—¿Qué te hace pensar que me encontrarás?— pregunté con una elevación de mi ceja. Vittore dirigió su mirada hacia mí.

—Como dije, no quiero pasar por el ajetreo de encontrarte así que tendrás un guardia—, solté una carcajada. Podría deshacerme fácilmente de ellos. —Alexa.

—Ni hablar,— protesté. Cualquiera persona menos esa necesitada. —¿Cuál es mi segunda opción?

—Te llevo de vuelta a la casa segura.

Fue como si todo mi mundo girase sobre su eje. Miré a Vittore. Él era el mismo. Una máscara de calma, pero la verdad resonaba en sus palabras como una campana de iglesia sonora, obligándome a escuchar las palabras ensordecedoras. El silencio se extendió entre nosotros, ninguno dispuesto a revelar más información sobre el asunto.

—Alexa vendrá mañana a llevarte a ti y a los demás de vuelta a mi finca—, dijo Vittore en un tono que claramente me despedía. Sabía que no querría volver. Él había planeado esto.

Me giré alejándome de Vittore, caminando hacia la puerta. Lo había subestimado, me había descuidado. Eso no podía volver a suceder. Mi mano rodeó el pomo y tiré de la puerta para abrirla.

—Oh y tesoro, encontraré a quien te hirió. Tendrás un destino peor que ellos por no decírmelo.

Salí de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí, creando una barrera entre yo y el hombre que estaba complicando tanto mi vida. Caminé por el pasillo, pasando una mano por mi cabello.

—¡Dalia! Ven a contar y celebrar con nosotros—, gritó Peyton al verme. —Conseguí alcohol.

—Gracias, pero voy a acostarme—, dije caminando hacia la habitación que me habían asignado, sin mirar siquiera a los demás.

—¿Supongo que la charla no fue bien?— dijo Carter.

—Algo así—, respondí vagamente antes de abrir mi puerta, entrar a mi habitación y cerrarla

detrás de mí, asegurándome de girar la cerradura.

Me apoyé contra la puerta mientras tomaba respiraciones profundas. El mareo se apoderó lentamente de mí mientras cerraba los ojos, deslizándome hasta el suelo. ¿Cuándo fue la última vez que comí? Realmente debería prestar más atención a mis comidas.

Mi mente se llenó lentamente de pensamientos oscuros mientras mi corazón latía a un ritmo insalubre. Mis respiraciones se acortaron hasta que básicamente estaba arañando mi pecho y jadear por aire. El mareo no ayudaba y tampoco mi mente.

Dios, estaba tan cansada de todo. Solo quería ser normal por una vez en mi maldita vida. Solo una vez y nada más.

En la vida en la que me habían lanzado, una llena de mafias, bandas, asesinos, señores de la droga...

Era demasiado pedir.

Estaba viva.

Debería estar agradecida ¿no?

21

Con desgano, me puse una enorme sudadera negra sobre la cabeza. Con un suspiro cansado, recogí mi cabello en un moño. Mirándome en el espejo, pude ver que mis esfuerzos fueron un gran fracaso. Solo me giré, calzándome zapatillas negras. Salí de mi habitación para encontrar el apartamento vacío. Los demás se habían ido mucho antes. Yo era la única aquí.

Caminando hacia el refrigerador, agarré una botella de agua. La abrí y tomé pequeños sorbos de agua. Estaba extremadamente agotada y necesitando algo de-

Un golpe sonó en la puerta y supe quién era cuando de repente se abrió sin que tuviera que caminar hasta allí. Alexa, vestida con pantalones negros ajustados, tacones negros y una camisa blanca larga y holgada, entró como si el lugar fuera una pasarela de Victoria Secret. Su cabello castaño estaba recogido en una cola de caballo pulida.

—Pareces una vagabunda—, comentó. Miré hacia abajo a mis sudaderas grises, la sudadera negra y las zapatillas negras. Solo dejé la botella de agua y metí las manos en los bolsillos mientras pasaba por su lado.

Estaba demasiado cansada para lidiar con esta mierda.

Alexa soltó una carcajada detrás de mí mientras salía de la habitación hacia el ascensor, presionando el botón para bajar.

—¿Qué te pasó? ¿Vittore finalmente descubrió que no eres más que mierda?

Esperé pacientemente por el ascensor que llegó rápidamente. Entré, presionando el botón de la planta baja. Alexa entró y las puertas se cerraron detrás de ella. Nos quedamos en silencio mientras bajábamos. Sabía que quería decir algo, pero honestamente no me importaba.

Cuando llegamos, salí, caminando fuera de la puerta con Alexa en mis talones. Ella caminaba más rápido, adelantándose cuando salimos, dirigidas a lo que parecía un pequeño

convoy de autos negros. Estaba tan absorta en sí misma, que no se dio cuenta cuando fui en otra dirección.

Respiré hondo mientras caminaba por la calle levemente concurrida. Solo necesitaba encontrar una farmacia.

—¡Eh!— Alexa siseó, apareciendo de la nada y agarrando mi brazo. Me giré rápidamente para verla. Estaba ligeramente rosada y jadeante. Me había seguido. Qué tierno. —¿A dónde crees que vas? ¿Intentas escapar?

Saqué mi mano de la suya. Sabía que no podía correr. Vittore me encontraría en menos de un día. Eso y no estaba en forma para correr. Continué hacia adelante, ignorando a Alexa.

—No puedes simplemente ignorarme ¡sabes! Ahora estoy a cargo de ti—, gritó Alexa. La gente se giró para mirarla, causando que se sonrojara mientras me seguía.

—¿A dónde vas? El convoy que organicé para nosotros está por aquel lado, genio—, balbuceó Alexa mientras llegaba a mi lado.

Por supuesto que organizaría un convoy.

—¡Hola! ¡Te estoy hablando!

—Y yo elijo ignorarte—, finalmente dije. Dios, no podía esta chica simplemente callarse. No tenía ganas de hablar o hacer el más mínimo esfuerzo hoy.

—No puedes hacer eso. Estoy a cargo de ti.

La ignoré una vez más. Mis ojos seguían buscando alguna señal de una farmacia cerca. Debería haber señales o algo, ¿verdad? Mi mirada recorrió todos los edificios a nuestro alrededor. Probablemente.

—¿Y qué quieres que haga con el convoy entonces eh? Nos están esperando de vuelta en el hotel—, murmuró Alexa casi para sí misma.

—Diles que se vayan sin nosotros—, dije. Era lo mejor de todos modos. Llegaríamos antes que ellos.

—No tomo órdenes de ti—, siseó Alexa mientras doblábamos la esquina. El sol naciente iluminó uno de los altos edificios, creando una imagen digna de fotografiar. Una que guardé en mi mente.

—Seamos claros Alexa. Te estoy permitiendo seguirme. ¿Sabes que podría esquivarte sin problema, verdad?— dije distraídamente mientras mis ojos finalmente encontraban lo que buscaba.

Clínica Buena Rosa.

—Tienes un descaro ¿verdad? Pensando que puedes simplemente entrar en nuestra mafia...— Elegí ahogar el resto de las palabras de Alexa mientras caminaba hacia la clínica. Rodeé hacia la parte de atrás, colocándome la capucha sobre la cabeza.

La puerta trasera no fue difícil de encontrar y lo mejor era que solo necesitaba recoger la cerradura para entrar. Me giré hacia Alexa que seguía divagando. Extendí mi mano, sosteniéndola por el hombro y acercándola. Mis ojos estaban fijos en su cabello.

Tenía que haber una horquilla allí en alguna parte. Las que estaban en mi cabello eran la maldita columna vertebral de mi supuesto moño. No iba a sacarlas. Usé mi otra mano para girar su cabeza de un lado a otro hasta que mis ojos finalmente avistaron una pequeña horquilla negra y la saqué.

Me alejé de Alexa, cuyo rostro estaba rojo remolacha, sus ojos lanzándome miradas fulminantes. Solo rodé los ojos y usé la horquilla para abrir lentamente la puerta.

—Quédate aquí. Volveré—, dije y me deslicé dentro del blanco pasillo vacío.

—Oh no, tú no! Yo-

Cerré la puerta antes de que pudiera entrar. Sabía que era mejor no llamarme. Avancé por el pasillo, agradecida de que todavía fueran horas matutinas. No había mucha gente alrededor. Me asomé por la siguiente esquina, viendo a unos pocos farmacéuticos más adelante. Los observé pero el sonido de pasos vino desde detrás mío.

Maldición.

Miré alrededor, viendo una puerta que rápidamente abrí, deslizándome a través. Me llevó directamente detrás del mostrador en el frente de la farmacia. Miré alrededor, nadie a la vista. Suspirando, miré los estantes de medicamentos detrás de mí en busca de las tabletas rojas que necesitaba.

Tardé un rato pero las encontré. Cogí suficientes para durar un tiempo, poniéndolas en mi sudadera. La puerta por la que entré se abrió, revelando a un hombre mayor con bata de laboratorio. Nos miramos un segundo.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué estás tomando?

Hora de correr. Empujándolo, corrí por el camino por el que vine. Pasé por otros farmacéuticos que parecían confundidos.

—¡Deténganla! ¡Robó algunos medicamentos! ¡Detengan a la chica!— Escuché gritos detrás de mí. Mis ojos vieron un montón de bolsas de papel para medicamentos y me detuve a agarrar una, metiendo las tabletas antes de volver a correr.

Esquivé a todos los que intentaron agarrarme, casi perdiendo un ojo por culpa de algún idiota que fue por mi cabello y finalmente salí por la puerta trasera donde Alexa me esperaba. Parecía lista para quejarse hasta que escuchó el alboroto detrás de mí. Corrí por el pequeño callejón hacia la calle principal, quitándome la sudadera y los pantalones de chándal con Alexa en mis talones.

Llevaba unas mallas negras y una camisa crema larga debajo. Con un pequeño debate en mi cabeza, decidí soltarme el moño. Mi cabello negro cayó sobre mis hombros y lo sacudí antes de continuar mi carrera.

Una vez que me aseguré de estar a salvo, me detuve. Mi mano estaba firmemente apretada alrededor de la bolsa de papel para medicamentos mientras miraba a una jadeante Alexa.

—¿Qué... qué hiciste?— preguntó entre jadeos.

—Lo sabrías si fuera asunto tuyo—, dije mientras seguía caminando adelante. Si ella no podía seguirme, eso era problema suyo.

—Es mi asunto si me estás poniendo en peligro-

—¿Tienes efectivo contigo?— la interrumpí.

—... Sí, ¿por qué?

Sonreí. Quién iba a decir que la molesta jovencita tenía alguna utilidad?

22

Me recosté en el asiento de cuero, mis ojos escaneando el menú de comida.

—¿No esperarás que coma aquí, verdad?— Alexa preguntó con disgusto mientras sus ojos recorrían cada centímetro del pequeño comedor en el que estábamos.

El suelo tenía baldosas blancas y negras, los asientos de las cabinas eran rojos y las mesas de madera desgastadas entre ellos. Olfateaba a patatas fritas y pasteles aquí. El aire estaba ligeramente caliente y el lugar parecía sofocante debido a lo lleno que estaba.

Todos aquí eran básicos, justo como me gustaba que fuera. El chef que había visto a través de la ventana tenía un delantal blanco engrasado que simplemente hacía que este lugar pareciera genial.

—¿Quién dijo que vine por ti?— le pregunté a Alexa, todavía escaneando el menú.

—Oye. Soy Anna. Bienvenidos a Roadhouse Diner. ¿Qué les traigo a ustedes dos en esta hermosa mañana?— una chica rubia sucia dijo acercándose a nosotros. Tenía un acento sureño.

—Hola Anna. Quisiera...— miré la comida que sería mejor para mi condición ahora mismo. —Una ensalada de pollo, extra espinaca y pasas con un vaso de jugo de granada. Por favor.

Observé mientras Anna anotaba algunas cosas en su libreta.

—Ok, ¿y usted señorita?— Preguntó a Alexa, quien parecía lista para estallar solo por mirarla.

—Oh, ella no quiere nada. Está ayunando —dije con una dulce sonrisa.

—Oh Señor, lo siento, no debería haber preguntado. Vuelvo en seguida con su pedido. Lo siento, señora —la pobre Anna se encogió de dolor mientras prácticamente huía.

Alexa volvía a fulminarme con la mirada.

—¿Cuál era el sentido de todo eso? De hecho, ¿cuál es el sentido de todo esto? ¿Por qué fuiste a la clínica y qué conseguiste?

—preguntó la chiquilla entrometida.

—Si valieras la verdad, te la daría. Personalmente, prefiero contárselo al tipo de aquella cabina —dije señalando con el pulgar en una dirección al azar. Alexa miró hacia donde yo señalaba.

—¿Se lo dirías porque él también es negro? —Alexa preguntó con una ceja alzada.

Me giré, mirando hacia donde señalaba. Eh. La persona era negra. Aunque no estaba mal. Apoyé mis manos en la mesa mientras esperaba la comida que, honestamente, temía. ¿Quién en el mundo pediría más pasas y espinacas? ¿Quién bebía jugo de granada?

Alexa empezó a divagar de nuevo.

—Alexa, mi comida está por llegar y honestamente, solo quiero disfrutarla. ¿Harías el favor de callarte antes de que pierda el apetito? —dije claramente molesto. La boca de Alexa se abrió y cerró por un rato, pero no dijo nada.

Bien.

No pasó mucho hasta que Anna volvió. Le sonreí cuando puso la comida, pero la sonrisa se desvaneció cuando noté lo que estaba a punto de comer. Dios, no se veía nada apetitoso en absoluto. Pude ver las pasas. Pude ver las espinacas. Solo suspiré y comencé a comer.

Esto es lo que obtengo por no cuidarme. Me había ido tan bien en la —casa segura— y lo había mantenido oculto. Aún era extraño. Estar fuera. Alexa me observaba casi con hambre todo el tiempo que comí, así que me aseguré de no apresurarme. Podría dejar de lado su orgullo y comprarse ella misma una comida.

Pero no lo haría, así que eso hacía mi comida mucho más dulce de lo que realmente era.

Cuando terminé, Anna vino a recoger nuestras cosas, dejando la cuenta. Se la pasé a Alexa antes de agarrar fuertemente la bolsa de medicinas y salir.

Ella me llamó pidiéndome que volviera, pero ambas sabíamos que tenía que pagar. Salí del comedor y comencé a caminar por la calle. Saqué uno de los blísteres con las tabletas rojas que necesitaba y tomé una. La puse en mi boca, tragué antes de poder acobardarme.

Dios, eso fue horrible.

—¡Eh! ¿Podrías parar?! —gritó Alexa detrás de mí. Me detuve, pero solo para hacer señas a un taxi.

El vehículo amarillo se estacionó a mi lado y abrí la puerta, subiendo. Alexa logró deslizarse por el otro lado antes de que el conductor arrancara. Bien. No iba a pagar por este viaje.

Condujimos lo que parecieron horas, mis ojos pegados a la carretera, marcando algunas características aquí y allá.

—Esa camisa crema te queda bien, señora, pero estoy seguro de que te verías mejor en jade —de repente dijo el taxista. Levanté la vista hacia el espejo retrovisor, cruzándome con los ojos de la pelirroja un poco mayor.

—Confía en mí, esto se vería mejor con una pequeña imagen de un Cuervo Carmesí —le dije.

—Nah. A Jordan no le gustan los cuervos. Su trabajo es principalmente encontrar armas perdidas.

—¿Jordan es tu esposo o algo así, señora? No queremos escucharlo —Alexa espetó. La mujer de adelante se rió ligeramente. Yo también me burlé.

—Hemos llegado —anunció el conductor, deteniéndose en una calle no muy lejos de

Vittore's.

—Gracias —dijo Alexa con arrogancia, arrojando algo de efectivo en el asiento delantero y saltando fuera. Yo también salté, echando un vistazo al espejo retrovisor con la mujer. Ella asintió con la cabeza. Eso era una buena señal.

Alexa y yo caminamos hacia la hacienda de Vittore mientras ella seguía divagando sobre lo extraña que era la conductora y cómo ni siquiera debería hablarle. No tenía idea de lo que estaba pasando fuera de la mafia. Había juegos más siniestros en juego, uno en el que me encontraba en medio.

Pasamos la seguridad sin problemas y entramos en la mansión hacia la oficina de Vittore. Alexa caminó delante de mí, empujando las puertas dobles familiares.

—
—¿quieren decir que el convoy fue bombardeado?

—
—Quieren decir que quizás quieras mantenerte alejado de cualquier tipo de transporte público protegido por las próximas semanas,— respondí a la pregunta que él estaba haciendo a la persona al otro lado. Avanzando hacia la habitación, me senté en una de las sillas de Vittore.
—Hola.

—¿Qué pasó? —preguntó Alexa completamente confundida.

—Lo que pasó es que todo ese convoy que ibas a usar para traernos aquí fue volado por uno de los hombres de Elliot. Está tratando de llegar a Vittore porque o sabe que él es quien lo robó o está mostrando que aún tiene control —dije.

Vittore me miró, sus ojos escaneando mi forma como si no pudiera creer que estuviera aquí. Vi cómo sus ojos se detenían en los moretones en mi cara por un rato. No estaban tan mal, había tenido cuidado extra con ellos y deberían desaparecer completamente en una semana o dos.

—Me sorprendes todos los días, tesoro —comentó Vittore mientras se acomodaba en su escritorio. Resoplé.

—Dime algo que no sepa —dije con una pequeña sonrisa de autosuficiencia. Vittore mantuvo el contacto visual conmigo y yo no iba a ser quien lo rompiera, así que lo miré fijamente.

—¿Están todos los hombres muertos? —preguntó Alexa interrumpiendo el duelo de miradas.

—Eso tiende a suceder cuando las personas son voladas por los aires —dije con tono categórico y Alexa me miró con desprecio.

—No hubo supervivientes —dijo Vittore con tono aburrido mientras recogía unos papeles y comenzaba a revisarlos. Supongo que había terminado con nosotros.

—Esto fue divertido, realmente lo fue, pero ahora me voy a mi habitación —dije levantándome. Me giré saliendo de la habitación.

—¿Sabes siquiera dónde está? —preguntó Alexa.

—Sé dónde está todo lo que necesito, cariño. No soy como tú que probablemente necesitaste un mes para adaptarte —comenté saliendo.

Me aseguré de que sonara como si me hubiera ido antes de escuchar la siguiente conversación.

—Informe, Alexa —pidió Vittore.

—Es rara. Astuta pero rara. Hoy hicimos una parada en la clínica vieja. Tomó algo, probablemente medicina —dijo Alexa.

—¿Está enferma?

—Creo que sí. Fuimos a un comedor después, pidió una ensalada de pollo, extra de espinacas, extra de pasas y jugo de granada.

Hubo silencio mientras asumo que ambos reflexionaban sobre el asunto.

—Averigua qué robó y vuelve conmigo —dijo Vittore y supe que era mi señal para irme. Me giré y caminé en silencio, pero no sin antes escuchar las últimas palabras de Alexa.

—Sí, Don.

Oh, Alexa. Si solo pudiera hacer que tu tarea fuera tan fácil.

23

Mordí el sándwich de pollo que acababa de hacer. La cocina estaba silenciosa porque yo era el único allí. Quiero decir, eran las 2 a.m. Solo tenía un poco de hambre y bajé a comer.

Han pasado dos días desde que se suponía que Alexa debía averiguar más sobre mí, pero aún tenía que seguirme como quería Vittore para que no escapara. No había tenido la oportunidad de salir de la hacienda que yo supiera y todas las llamadas telefónicas eran monitoreadas en una de las salas secretas que encontré ayer, escondiéndome de seguridad.

Se volvieron un poco locos cuando no me encontraron, así que eso fue divertido para mí. Tomé mi vaso de jugo, bebiendo la mitad de él. Quién sabría cuánto extrañaba la comida. La —casa segura— generalmente daba a las chicas barras nutritivas envueltas en papel blanco. Eran una de las razones por las que odiaba el blanco.

Las barras estaban llenas de todos los nutrientes que nuestros cuerpos necesitaban y se nos alimentaba constantemente con agua. Ser saludable apesta. Preferiría devorar comida rápida y comidas caseras por el resto de mi vida.

Mi paz se vio perturbada cuando alguien entró en la cocina por la puerta detrás de mí. Suspiré y simplemente ignoré su presencia, dándole toda mi atención a mi sándwich. La persona caminó junto a mí, el fuerte olor del colonia masculina llenando mi nariz. No estaba mal. En realidad olía realmente muy bien.

Levanté la vista, solo para sorprenderme cuando Vittore me lanzó una mirada por encima de su hombro. Su hombro desnudo. Dios, ¿dónde estaba la maldita camisa de este hombre?

Vestía unos shorts de baloncesto negros y estaba cubierto de sudor. Se acercó a la máquina de café y comenzó a prepararse una taza, pero yo no podía dejar de mirar su espalda tatuada. Mi mente no podía realmente descifrar las imágenes que estaban permanentemente tatuadas en su piel bronceada y suave, pero le quedaban perfectas.

Vittore abrió uno de los armarios, buscando un montón de tazas, y mis ojos seguían cada

uno de sus movimientos, observando principalmente cómo los músculos de sus brazos y espalda se flexionaban con sus movimientos suaves. También noté que sus manos estaban envueltas en vendas, por lo que debió haber estado boxeando. Si había un gimnasio en esta hacienda, era el próximo lugar que iba a encontrar.

Vittore continuó con lo que estaba haciendo y yo lo miraba descaradamente, tomando mi jugo y bebiendo todo el vaso. El olor a café llenó el aire y el sonido de una taza llenándose llegó a mis oídos. No pasó mucho hasta que el hombre que era un pensamiento constante en mi mente se giró.

Su cabello se pegaba a su frente porque estaba mojado y su pecho estaba salpicado de gotas de sudor. Sus ojos oscuros nunca dejaron los míos, pero dejé que los míos vagaran. Noté algunas cicatrices que salpicaban su cuerpo y quería preguntar cómo había conseguido cada una. Eso sería un poco raro incluso para mí, así que me mantuve en silencio.

Mi admiración se detuvo cuando deslizó una taza de café hacia mí. Miré hacia abajo a la taza humeante y luego a Vittore con una ceja levantada. Él me miró, aparentemente impasible, acunando su propia taza.

—Esto está envenenado —declaré lo obvio, alejando la taza de mí.

Vittore se encogió de hombros y deslizó su taza hacia mí en su lugar, acercando la mía a él. Entrecerré los ojos hacia él.

—Esta también podría estar envenenada —dije. Ya había hecho esto una vez antes. Durante el entrenamiento, se me requirió envenenar a uno de los sujetos. Le di la taza no envenenada y obviamente no confiaba en mí, así que tomó la mía en su lugar.

Tuvo una muerte lenta y dolorosa.

Vittore suspiró y tomó un sorbo de la taza que tenía antes y la colocó frente a mí. También tomó un sorbo de la otra taza. Lo observé por un segundo antes de deslizar la taza de café más cerca de mí. Al menos moriríamos juntos si las cosas se ponían feas. Mi sándwich ya se había ido, lo cual honestamente me entristeció, pero ahora tenía café.

—¿Qué haces despierto a esta hora tan impía? —pregunté a Vittore.

—¿No debería ser yo quien te haga esa pregunta? —contrarrestó causando una pequeña sonrisa en mi rostro. No podía mentir. Vittore Martinelli me intrigaba.

—No hay descanso para los malvados. Estoy seguro de que lo sabes,— dije tomando un sorbo de café. No estaba tan mal. Aunque podría haberle puesto más azúcar.

Vittore y yo estuvimos callados por un rato, simplemente disfrutando de nuestro café y de estar con alguien más, supongo. Nunca disfruté realmente la compañía de alguien.

—Háblame de la casa segura,— finalmente dijo Vittore, provocando que soltara una risita.

—¿Qué sigue? ¿Vas a preguntarme el calendario de mi ciclo menstrual?— solté una carcajada. —Si quieres saber más, obviamente no te lo voy a decir. Descubriste que yo era la Hoz de Jade. ¿Qué te impide averiguar más?

Tengo que admitirlo. Burlarme, molestar y ser un sabelotodo con Vittore se había convertido en uno de mis pasatiempos favoritos.

—Pensé que después de perdonarte la vida, estarías dispuesta a compartir algo de información conmigo,— dijo Vittore recostándose en su asiento. El tono de diversión en su voz me hizo sonreír un poco.

—Quién iba a decir que el infame Don de la Familia Martinelli podría albergar un ápice de humor en su cuerpo,— dije entre dientes.

Por alguna razón que desconozco, Vittore estaba de muy buen humor y eso se me estaba contagiando. Lo odiaba, pero ¿qué tiene de malo tener un momento ligero de vez en cuando?

—¿Qué pasa con Elliot?— pregunté inclinando ligeramente la cabeza.

—Bueno, los Víboras poseían casi la mitad del dinero en su casino y no están muy contentos de encontrarlo desaparecido,— dijo Vittore, y me sorprendió que compartiera esta información conmigo. —Fue reportado como desaparecido ayer, así que probablemente esté muerto.

Asentí con la cabeza, esperando tanto. —¿Los Víboras sospechan de ti?

—Honestamente, no lo sé, pero serían estúpidos si intentaran algo, incluso si lo hicieran. Ellos lo saben,— murmuró antes de que ambos volviéramos a caer en silencio.

—Quiero ofrecerte otro contrato,— dijo Vittore y lo miré, levantando una ceja.

—¿De verdad?— pregunté completamente desconcertada.

—Estoy trabajando aún en los detalles, pero sí,— dijo.

—Si no acepté el otro, ¿qué te hace pensar que aceptaría este nuevo?— pregunté.

—Porque te daría más libertad en mi mafia que a Alexa,— me informó Vittore y mi corazón se aceleró con la idea. Podría tener mi venganza.

—¿Cuáles son los términos?— pregunté, sin querer ilusionarme más sobre el tema.

—Aún estoy arreglándolos, pero no es mucho,— respondió Vittore mirándome a los ojos. Lo miré fijamente, sabiendo que —no es mucho— podría significar que quería mi hígado o algo así. Abrí la boca para hacerle una pregunta cuando alguien más entró en la habitación.

Sorprendentemente, era la madre de Vittore. Su cabello castaño chocolate estaba recogido en un moño y llevaba pijamas de seda lila con una bata a juego. Una máscara de dormir descansaba en la parte superior de su cabeza y sonreía brillantemente mientras caminaba hacia nosotros. Realmente no la había visto desde el día en que Vittore me consiguió.

—Hola, cariño,— dijo acercándose a Vittore y besando su cabeza. Luego giró su mirada hacia mí y la recorrió sobre la enorme camisa gris y los pequeños pantalones cortos de dormir en los que estaba. Había domado mi cabello en un moño, pero algunos mechones aún caían desordenadamente sobre mi rostro, hombros y espalda.

—Hola. Soy Faye, la madre de Vittore. ¿Cómo te llamas?— dijo extendiendo su mano. La miré antes de deslizar la mía en la suya, sin querer ser irrespetuosa.

—Dalia. Soy Dalia,— dije con una pequeña sonrisa.

—Me encanta tu acento,— la madre de Vittore se entusiasmó. —¿Eres británica?

—Sí.

—¿Ma, qué haces despierta a estas horas?— Vittore preguntó a su madre, mirándola con los mismos ojos fríos que a todos los demás, pero pude ver la suavidad detrás de ellos. Esta era la primera vez que lograba leerlo.

—Nada,— le dijo Faye a su hijo, agitando un brazo en el aire y colocando el otro en su cadera. —Tenía hambre y me apetecían unas galletas con chispas de chocolate.

—¿Galletas con chispas de chocolate?— dije. Me encantaban las galletas. No podía recordar la última vez que había comido una. Faye se volvió hacia mí con un nuevo brillo en su mirada.

—Sí. Estaba a punto de hornear algunas. Las que venden en la tienda no me convencen,— dijo caminando alrededor del mostrador.

—¿Puedo ayudar?— pregunté, levantándome y siguiéndola. Mis ojos estaban llenos de asombro mientras miraba a esta mujer.

¿Quién se levanta a las 2am para hornear galletas? Era literalmente un regalo del cielo.

—Por supuesto. Vittore también ayudará,— dijo sacando algunos tazones e ingredientes de los armarios a su alrededor.

—No puedo hornear ahora, Ma. Yo-

—Vittore ayudará,— repitió Faye, sin dejar lugar a discusión en su tono. Me volví, mirando a Vittore quien suspiró y se pasó una mano por la cara. —Ven Dalia. Lo primero que vamos a hacer es encender el horno para que se precaliente...

Creo que acababa de encontrar a mi persona.

24

Hornear con Faye fue honestamente una de las mejores cosas que había hecho desde que volví. Era divertida y dulce y me preguntaba cómo el universo había hecho que se encontrara con un hombre como Matteo. Si los comparabas, Faye era un ángel al lado de la mera presencia humana de Matteo. Me guió en cuanto a medir ingredientes y mezclarlos mientras convertía a Vittore en el chico de los recados.

Al fin y al cabo, era su cocina, tenía que saber dónde estaba todo. La mayor parte del tiempo, me encontraba sonriendo ligeramente, genuinamente porque el momento parecía tan normal, la tarea dolorosamente mundana y me encantaba. Me senté al lado de Faye mientras me contaba sobre sí misma, un brillo en su ojo.

—Y entonces me enteré de que estaba embarazada de Vittore. Estaba tan asustada, honestamente. No tenía a nadie. Era huérfana, ni siquiera había terminado la secundaria, no tenía trabajo, no tenía amigos cercanos que pudieran ser de ayuda y no tenía a nadie con quien hablar,— dijo sonriendo con cariño mientras su dedo trazaba el borde de su copa de vino.

—¿Qué pasó?— pregunté inclinando mi cabeza en mis manos para observarla. Vittore había desaparecido poco después de que las galletas entraran al horno, así que ahora solo estábamos ella y yo.

—Bueno, primero me odié a mí misma. Sí fui al club, sí me emborraché y sí dejé que Matteo se aprovechara de mí. Dios, me sentí tan avergonzada. No podía creer que había perdido lo único que me hacía pura. Es la peor sensación del mundo,— dijo Faye mirándose.

Sabía que lo era. Sabía lo que era sentir tanto asco por ti misma que harías cualquier cosa para detener ese sentimiento. Ese punto en el que tienes tanto desprecio por ti misma que ahoga cualquier pensamiento racional. Faye apartó la mirada de mí, aspirando levemente mientras parpadeaba algunas lágrimas, su ánimo alegre desvaneciéndose lentamente.

—Había pensado en abortar. Literalmente era el único pensamiento en mi mente y de hecho había ido a hacerlo, pero alguien mezcló los números de las habitaciones y me pusieron en el lugar de una mujer que iba a hacerse una ecografía. No dije mucho mientras el médico hablaba

conmigo y todo parecía un borrón hasta que pusieron esa máquina en mi vientre y el sonido del latido del corazón de Vittore llenó la habitación.

Faye soltó una risita ligera, lágrimas cayendo silenciosamente por sus mejillas, pero eran más lágrimas de alivio que de tristeza. La observé de cerca, queriendo saber exactamente cómo se sintió en ese momento.

—En ese momento supe que no podía dejarlo ir. No me importaba quién fuera su padre o cómo lo había conseguido, él era mi bebé y había planeado hacer su vida mucho mejor que la mía. Estaba lista para hacer lo que fuera necesario para asegurarme de eso,— dijo Faye.

Sus ojos mostraban determinación, fuerza y tanto amor por su hijo que me hacía sentir ligeramente incómoda. Ahí estaba ella, una mujer que había pasado por el infierno por su hijo y de ninguna manera podía compararla con mi madre. Mi madre tenía todo lo necesario para cuidarme, sin embargo, me dio en adopción. Ni siquiera lo pensó dos veces.

—Eres tan inspiradora,— le dije a Faye, mirándola directamente a los ojos. Un rubor se le subió a las mejillas y rodó los ojos con un bufido tratando de ocultarlo.

—Me halagas, querida,— dijo y yo negué con la cabeza, sentándome derecha en mi asiento, girándome para enfrentarla completamente.

—Lo digo en serio. Te enteraste de que estabas embarazada, tuviste pensamientos de matar a tu hijo y terminaste quedándote con él a pesar de que sabías que no podrías cuidar adecuadamente de un niño. Fuiste valiente en una de las situaciones más difíciles y luchaste para crear una vida para tu bebé. He conocido a algunas madres adolescentes solteras en mi vida pero todas renunciaron a sus hijos o no pudieron asumir la responsabilidad de ser padres,— dije.

—Pero te miro a ti y miro al hijo que lograste criar a pesar de las dificultades que tuviste que enfrentar debido a la profesión del padre y todo lo que puedo pensar es que desearía que fueras mi madre. No dudes de ti misma, ¿ok? Lo lograste. Criaste a tu bebé y seguro que no es exactamente lo que querías que fuera, pero lo hiciste bien. Estoy segura de que tu yo adolescente está orgullosa.

Faye ahora lloraba a mares y no sabía cómo lidiar con personas llorando. Simplemente la observé incómodamente mientras sostenía su rostro entre sus manos y dejaba fluir sus lágrimas. Sus hombros se sacudían y sus sollozos rebotaban en las paredes de la cocina, un sonido inquietante a menos que supieras la razón detrás de ello.

—No soy de las que lloran mucho. Dios, lo siento,— dijo Faye frotándose los ojos. Yo solté una carcajada.

—No te preocupes. Supongo que a veces necesitas desahogarte,— dije con un encogimiento de hombros. Yo no lo sabría. No puedo recordar la última vez que lloré genuinamente. La mayoría de las veces, las lágrimas que salían de mis ojos eran puro teatro.

Faye se volvió hacia mí y avanzó, poniendo sus manos en mis mejillas.

—Eres un regalo de Dios, Dalia,— dijo y lo gracioso era que yo había pensado eso sobre ella. —No te conozco mucho pero me gustaría. Eres mucho más de lo que esperaba cuando te vi por primera vez.

Coloqué mis manos alrededor de sus muñecas y las aparté suavemente. Su tacto era suave, cariñoso y tan maternal que dolía. Dolía que esta mujer ante mí me hubiera dicho más palabras alentadoras, esperanzadoras y amorosas que mi propia madre. Forcé una sonrisa en mi cara, tratando de no parecer tan dolorida como me sentía. Era extraño. Últimamente sentía mucha más emoción y no sabía si se suponía que me gustara.

Me pareció mal amar la compañía de Faye, sonreír y reírme de cosas que decía y que eran genuinamente graciosas. Sentía mal que mi cuerpo se estremeciera en la presencia de Vittore, que mis ojos lo buscaran al entrar a la habitación, que mi respiración se cortara sin darme cuenta cuando él se acercaba y que mi mente constantemente lo pusiera al frente de todo. Todos esos sentimientos me confundían y no estaba seguro de si debería explorarlos o alejarlos.

Miré a Faye. Su cara estaba roja, los ojos ligeramente hinchados de llorar. Las lágrimas manchaban sus mejillas y aún así, una sonrisa lograba adornar sus facciones. Se veía joven, feliz y llena de tanto para dar incluso después de su tiempo con Matteo, de quien estoy seguro, le hizo la vida imposible.

¿Cómo lo hace? Realmente quería saber cómo, si quería recuperar mi antiguo yo y también vengarme mientras estaba en ello.

—Me gustaría conocerte también—, le dije a Faye, mi voz genuina. Sonrió mientras un sonido de pitido resonaba de fondo.

—¡Oh! Ya están listos—, dijo Faye sonriendo y bajándose del taburete del bar. Agarró guantes del mostrador y se los puso, abriendo el horno y sacando las dos bandejas de galletas.

Las puso delante de mí y sonreí levemente mirando la deliciosa melosidad.

Faye soltó un chillido de alegría al quitarse los guantes, alcanzando una galleta. La levantó y siseó porque le quemó los dedos, soltándola rápidamente solo para recogerla otra vez. Le llevó un rato, pero finalmente logró morder una esquina.

—Está muy caliente la verdad pero aún así, buena—, dijo y me sorprendí porque comía tan poco.

—Apenas la mordiste—, la acusé.

—Niño, no sabes lo que dices—, comentó intentando tomar otro bocado.

—Claro—, dije rodando los ojos.

—Solo toma una y pruébala tú mismo—, me desafió, frunciendo el ceño ligeramente, pero con una sonrisa adornando sus facciones todo el tiempo.

Sonreí con suficiencia y agarré una galleta. Me llevó un tiempo acercarla a mis labios y casi la dejo caer cuando estuvo cerca de quemarme la lengua.

Maldición.

25

Me encontré deambulando por la mansión, sorprendido por la escasa población esa mañana. No había dormido después de que Faye y yo nos comimos todas las galletas, solo esperando a que saliera el sol. Era extraño cómo nadie me estaba vigilando de cerca y no me gustaba ni un poco. Me dirigí a una de las muchas habitaciones de invitados, buscando algún signo de vida y no había ninguno.

Ni siquiera Vittore, que estaba empeñado en tenerme a la vista. Caminé hacia el techo de la mansión, esperando que el aire fresco me hiciera bien. Me paré en el amplio balcón, mirando hacia abajo la finca, sin guardias a la vista. Ahora sí estaba seriamente preocupado.

—Mira lo que trajo el gato—, giré la cabeza para ver a Alexa tumbada en una de las muchas sillas afuera en bikini. —Te invitaría a broncearte conmigo pero ya sabes...— dijo, saludando y gestiéndome en general.

—Quieres decir que ya nací con la piel perfecta. Sí, ya sé—, dije orgulloso de ser negro. No podría cambiarlo y sinceramente, no querría hacerlo.

Fui y me senté al lado de Alexa, disfrutando también del sol. Llevaba pantalones cortos de sudadera y una camiseta porque no tenía motivación para verme bien hoy. Alexa y yo estuvimos calladas un rato y no estaba tan mal. Giré la cabeza para mirarla. Sus ojos estaban cubiertos con gafas de sol y supongo que esta era la primera vez que la veía tan relajada. Volví mi mirada hacia arriba, cerrando los ojos.

—Ya sabes, la primera vez que te conocí, las únicas palabras en mi mente fueron 'perra snob de clase A'—, dije recordando muy bien ese momento.

—Las primeras en mi mente fueron 'bastardo controlador sabelotodo'—, dijo Alexa, causándome una risotada.

—Aceptaría sabelotodo pero no controlador—, dije.

—Y yo aceptaría snob pero no perra—, replicó Alexa.

—Pero si eres una perra. Una fastidiosa, quejumbrosa, pegajosa perra—, dije sin querer endulzar nada.

—Lo sé. A veces tienes que ser lo que la gente espera—, dijo ella suspirando suavemente. Asentí porque lo entendía.

—Entonces, si no eres todas las cosas que dije, ¿qué eres?— pregunté. Alexa realmente no era mi persona favorita. Simplemente no me caía bien. No tenía una razón por la cual no, pero era así.

—Bueno, me gustan los gatos y el Día de los Muertos, es mi festivo favorito—, dijo Alexa sorprendiéndome.

—Bueno, odio los gatos y nunca he tenido realmente un perro como para saber si me gustan, así que no sabría nada de eso y, sorprendentemente, amo la Navidad.

—Te veía más como una persona de perros y más del tipo de Halloween.

—Halloween está bien pero nunca me ha gustado tanto. Prefería la Navidad con toda la comida y las reuniones.

—¿No los regalos?

—Nunca los regalos. Créeme, no te importarían si el olor de la carne estuviera flotando por toda la casa—, dije recordando mi última Navidad.

—Bueno, para el Día de los Muertos me encantaba disfrazarme. El maquillaje facial y los vestidos. La música y la tradición... era todo lo que vivía. Mi padre solía llevarme a México cada año para ello, pero realmente no he ido desde que murió.

El silencio volvió a descender entre nosotras una vez más, yo sin saber qué decir y Alexa en su propio mundo.

—Deberíamos ir este año—, finalmente dije.

—¿Nosotras?

—Sí, 'nosotras'. He oído sobre el Día de los Muertos y todo, pero nunca he tenido la oportunidad de ser parte de ello. Sería divertido y no tendrías que ir sola.

—¿Y por qué querría llevarte a ti de todas las personas?— preguntó Alexa en su tono de perra habitual.

—Porque dudo que a Vittore le gustaría ir contigo y los demás probablemente ni siquiera hablan español—, declaré lo obvio haciendo que Alexa se quedara callada.

—No me caes bien—, dijo Alexa.

—Ni tú a mí.

—Quizás empezamos con el pie equivocado—, dijo Alexa incorporándose. La miré, mi mirada plana y mi rostro inexpresivo.

—¿Tú crees?

Alexa rodó los ojos ante mí. —¿Por qué no intentamos esto de nuevo? Estaremos juntas de ahora en adelante, soy prácticamente tu sombra y aún así quiero apuñalarte cada vez que puedo.

Me incorporé, girándome para enfrentarla. —Honestamente, el sentimiento es mutuo de mi lado—, confesé.

—¿Tregua?— preguntó Alexa extendiendo su mano. La miré y luego a la chica.

—Está bien. Tregua—, dije deslizado mis dedos en los suyos. Nos estrechamos la mano y las soltamos.

—Oh y mi nombre es Alexa Eva María Valenzuela—, añadió.

—¿Y necesito saber eso por qué?— pregunté.

—Porque sería justo que yo conociera tu nombre—, dijo y me di cuenta de que no se lo había dicho.

—Dalia. Mi nombre es Dalia.

—Dalia. Nombre raro—, dijo Alexa levantándose.

—Mira quién habla, Valenzuela—, dije rodando los ojos mientras la veía estirar los brazos sobre su cabeza.

—No es tan malo de nombre—, dijo tapándose la boca con un bostezo.

—¿Dónde están todos, por cierto?— pregunté levantándome y siguiéndola una vez que empezó a volver a la casa.

—O fueron por algún gran transporte de drogas o siguieron a Vittore a conseguir alguna pieza de información desconocida de una fuente anónima—, dijo Alexa.

—¿Y nosotras defendiendo el fuerte?

—Yep, básicamente.

Alexa caminó hacia la cocina, agarrando una botella del refrigerador y bebiendo un poco de agua.

—¿Quién está aquí?— pregunté.

—La mamá de Vittore, algunos guardias y los perros.

—¿Y a nadie le preocupa que nos ataquen?—, traté de confirmar.

—No. Este lugar es una fortaleza. Salir no es tan fácil como entrar—, dijo Alexa.

—Creo que te olvidas de que incluso los templos más fuertes pueden ser derribados—, dije poniendo una mano en mi cadera.

—Sí, pero esto no es cualquier fortaleza. Es la sede principal de la Familia Martinelli. Créeme, nadie vendrá—, dijo Alexa.

—Tú solo sigue pensando eso—, murmuré y Alexa eligió ignorarme.

—No te preocupes tanto, Dalia. Tengo que ir a hacer algo ahora, así que buena suerte entreteniéndote en una mansión vacía—, gritó Alexa desapareciendo de la cocina. Bufé y pasé una mano por mi cara.

Estaba tentada de despertar a Faye para que horneáramos de nuevo pero pensé que se merecía descansar. Suspirando, decidí ir a mi habitación e intentar dormir un poco yo misma. Funcionar con pocas horas estaba bien pero necesitaba descansar mi cuerpo. Ha estado en movimiento desde que llegué aquí.

26

POV ???

—¿Por qué estás aquí?

Miré a los dos hombres frente a mí directo a los ojos. Elliott Hillingham y Sante Di Laura, el jefe de los Vipers.

—Escuché sobre tu reciente desgracia y vine a ofrecer mis condolencias por la pérdida—, dije respondiendo a Sante mientras sostenía mis cartas de póker cerca. Una chica al azar estaba en mi brazo, ocasionalmente pasando sus dedos por mi pecho.

—Nunca ofreces nada ni vienes a jugar al póker cuando te invitan—, dijo Sante, él también, concentrado en sus cartas. Elliot estaba callado, casi como si no estuviera completamente con nosotros. Había ruido alrededor y realmente cuestionaba la decisión de Sante de tener póker en medio de un casino ocupado.

—¿Qué quieres?— Elliot finalmente preguntó mirando hacia arriba. Noté las bolsas oscuras bajo sus ojos y el estado desaliñado de su cabello.

—Ve al grano—, espetó Sante, sus ojos se estrecharon al mirarme. Tenía un tatuaje de serpiente en el costado del cuello, el símbolo de su mafia.

—Estoy buscando a alguien—, dije doblando la cantidad de la apuesta.

—¿Y crees que puedes venir a mí y yo te ayudaré?— preguntó Sante mirándome fijamente.

—No. No sin un precio al menos—, murmuré mientras el juego continuaba, el crupier echándonos miradas ansiosas a todos. Estaba seguro de que la tensión ya era demasiado.

—¿Qué ofreces?— preguntó Sante.

—Una manera de vengarse de Vittore Martinelli.

La mesa se quedó en silencio al oír el nombre, incluso la chica en mi brazo se congeló. Seguí jugando tan normalmente como pude, completamente impasible.

—¿Y exactamente cómo planeas hacer eso?— preguntó Elliot. No era ningún secreto que la mayoría sospechaba que él fue quien robó el casino. Así es como él trabajaba y no podíamos hacer mucho para detenerlo. Tenía más aliados, armas y hombres que todos nosotros. Nos mataría fácilmente.

—Una de sus pequeñas agentes, una nueva recluta supongo, no le tiene mucho cariño—, dije mirando a Sante. —Una chica. Mis hombres dicen que es negra, de unos 1.70 m-

—Pelo negro hasta la cintura, figura de reloj de arena—, Elliot completó sorprendentemente, maldiciendo al final.

—¿Cómo sabes eso?— Sante preguntó a Elliot, una pequeña mirada de enfado en su rostro.

Debí haberlo sabido. Todo sobre ella era sospechoso. La manera en que me impedía seguir mi rutina normal, el ascensor... Elliot se llevó las manos a la cabeza, dejando escapar un gemido por los labios.

—¿Quieres decir que nos dejaste robar... ¡POR UNA CHICA?!— Sante estaba furioso. Las venas sobresalían en su frente y su pecho se movía con respiraciones enfadadas. Agarraba las pobres cartas en sus manos, doblandolas lo suficiente para que no pudieran usarse de nuevo. Elliot se estremeció ante sus palabras.

—No lo culpes. He oído que esa chica es una verdadera belleza—, murmuré.

—¿Cuál es tu plan?— Sante preguntó volviendo su mirada furiosa hacia mí. Está enfadado y quiere venganza. Eso es bueno. Muy bueno.

—Es largo. Tenemos que adentrarnos en esto lentamente y la única manera es consiguiendo un espía en la Familia Martinelli—, dije colocando mis cartas sobre la mesa.

—Todos sabemos que es imposible—, dijo Elliot, su voz más baja que antes, sin querer enfadar más a Sante.

—Yo conozco a alguien—, dije. —Ya están dentro y han visto a la chica. El único problema es que la han destinado lejos de ella. Solo tenemos que esperar hasta que vuelvan a juntarlos—.

—¿Confías en esta persona?— preguntó Sante.

—No, no confío—, murmuré.

—Entonces, ¿por qué escuchas todo lo que dicen?— preguntó Sante.

—Porque conocen su lealtad hacia mí. Si se acercan, seré informado—, dije, mi voz no dejando lugar a más desafíos. —Lo que puedo decirles es que la finca de Vittore estará mayormente vacía mañana. Hagan lo que quieran con esa información pero asegúrense de que no se me vuelva en contra.

Me levanté ajustando mi chaqueta y tomando la mano de la chica que estaba conmigo. —Mantendré el contacto. Era hora de derribar a Vittore y si van a ser los Víboras y los Cuervos quienes lo hagan, que así sea—.

Giré sobre mis talones, saliendo del casino repleto, la chica a mi lado luchando por seguirme con sus tacones. Salí del edificio y fui directo a mi limusina, guiando a la chica primero con una sonrisa en mi cara. Justo cuando estaba a punto de subir también, mi teléfono sonó.

Me alejé de la puerta cerrándola antes de contestar.

—Esto mejor que sea bueno—, dije.

—Lo es, señor. Está enferma—, dijo la voz al otro lado.

—¿Enferma?— pregunté.

—Sí. No estoy seguro de qué tiene pero la seguí a una clínica. Tomó algunas medicinas pero no estoy seguro de cuáles eran y si investigo demasiado, quedará expuesto.

—Hiciste suficiente. ¿Algo más que informar?

—No, señor. Planeo acercarme más a ella. Es reservada pero puedo hacer una conexión con ella.

—Sabía que podía contar contigo. Hazme sentir orgulloso—, dije y apagué mi teléfono. Abrí la puerta de la limusina, deslizándome adentro con una sonrisa.

Vittore no sabrá qué lo golpeó.

Traté de dormir, de verdad lo intenté pero mis ojos simplemente no se cerraban. Me quedé acostado en mi cama durante horas, mi mente desbordada con pensamientos que probablemente no eran saludables. Con un suspiro, me levanté de la cama y salí de la habitación, decidido a encontrar a Faye. Estaba seguro de que ella ya estaría despierta, el sol estaba a punto de ponerse en el horizonte.

Aunque no lo dije en voz alta, estaba preocupado por Vittore. No sabía cuánto duraban sus viajes y la imagen de él regresando todo ensangrentado y magullado me retorció el estómago de una manera que no me gustaba en absoluto. Lo que era peor, mi corazón dolía. Mucho. Así que tenía que distraerme.

Llamando a la puerta de Faye, escuché un suave —Adelante,— antes de empujar la puerta para abrirla.

La mujer mayor estaba en su cama, rodeada de snacks y envoltorios de dulces mientras miraba la pantalla de su laptop. Mis ojos recorrieron su amplia y espaciosa habitación, desde los elegantes sofás grises hasta el hermoso balcón.

—Hola,— dijo sonriendo al verme, capturando mi atención y yo le sonreí de vuelta.

—Hola. ¿Qué estás haciendo?— pregunté.

—Bueno, esta no es la primera vez que me dejan sola en casa. Cuando estaba con Matteo, él solía llevarse a Vittore fuera de la mansión por días. Claro, el personal estaba demasiado asustado para hacer amistad conmigo y la gente que Matteo dejaba para protegerme era un poco demasiado estoica para mi gusto, así que tuve que encontrar una manera de entretenerme y qué mejor distracción que Netflix.

—¿Netflix?— pregunté, no familiarizado con el término. Faye levantó la vista y nada pudo ocultar la sorpresa en su cara.

—¿No conoces Netflix?— preguntó, y negué con la cabeza mientras intentaba recordar si alguna vez había oído esa palabra.

—Um... no...— finalmente dije y Faye soltó una carcajada antes de girar la pantalla hacia mí. Avancé y miré.

—Eso es Netflix—, explicó, señalando principalmente la palabra —NETFLIX— en la esquina. Asentí con un murmullo mientras mi mirada escaneaba la pantalla. Fruncí el ceño antes de señalar una imagen en particular.

—Conozco ese dibujo animado—, murmuré y Faye giró para poder ver a qué señalaba.

—Oooo ese es Shrek. Es uno de mis favoritos—, dijo con una sonrisa.

—Sí, también era el mío. Recuerdo a ese tipo verde... se suponía que debía salvar a una princesa. Sé que su nombre era Fiona porque me pareció raro. Luego, el burro era mi personaje favorito,— comenté.

Debo admitir, mis recuerdos de la vida antes de la —casa segura— eran difusos en el mejor de los casos. No me detuve mucho en ellos antes porque mientras intentaba sobrevivir, parecían irrelevantes. Los ojos de Faye parecían iluminarse mientras hablaba y su sonrisa solo se hacía más grande.

—¿Quieres verlo conmigo?— preguntó apartando los envoltorios del suelo y quitando las migajas lo mejor que pudo. Sonreí porque Faye era como una amiga, una hermana y una madre, tres cosas que no buscaba en ella pero que ella aún parecía poseer.

No me gustaba cuánto me estaba apegando. Los apegos eran debilidades pero no podía evitarlo.

—Ok, de todas formas no va a estar más limpio. Vamos—, dijo dando palmaditas al lado de la cama donde había hecho espacio para mí.

Fruncí el ceño ante el espacio.

Mis brazos y piernas estaban esposados a una cama y tiré de las restricciones, intentando con

todas mis fuerzas soltarlas. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho y estaba seguro de que esto era el fin. Así es como moriría.

Las paredes de la pequeña habitación de cemento crujían y mis ojos se abrieron de par en par. Tiré contra las esposas, el miedo desprendiéndose de mí en oleadas. La única salida de esta prisión era la trampilla en el techo. Definitivamente, se necesitaría mucha energía para abrirla.

De repente, una sección de la pared se abrió hacia afuera y el agua comenzó a verterse en el pequeño espacio. Mi ventaja de cinco minutos había terminado. Ahora comenzaba el juego de verdad. Tenía aproximadamente un minuto antes de que el agua alcanzara el nivel alto de la cama. Si no me soltaba, iba a ahogarme.

La única ventaja que todos teníamos eran los pasadores en nuestro cabello. Me quedé congelada en la cama y pensé con fuerza. Sabía que solo había una manera de salir de estas esposas. Tomando un profundo respiro, que fue difícil a través de la mordaza, rompí el pulgar de mi mano izquierda.

Un grito amortiguado resonó en la habitación mientras las lágrimas corrían por mi rostro pero tenía que hacerlo. Tenía que salir. Tomó un poco de torcer pero mi mano finalmente se soltó, todo el tiempo, no había dejado de llorar. Mi mano dolía y latía con el ritmo de mi corazón.

Soportando el dolor, alcancé uno de los pasadores en mi cabello. Extendí mi mano herida y lo puse en la cerradura, moviéndolo de un lado a otro buscando algo, cualquier cosa. No sabía cómo forzar una cerradura. Lo que estaba haciendo era esperar y rezar por salir viva. El agua había alcanzado la cama. Sentí cómo se empapaba el colchón y las sábanas, luego mis llantos se hicieron más intensos ya que había sumergido completamente la cama y flotaba ligeramente.

La cama ya no era estable mientras intentaba y fallaba en liberar mi mano. Estaba a punto de rendirme cuando se escuchó un clic en la habitación. Para mí, ese fue el sonido más hermoso. Alcancé hacia abajo, el agua ya a la altura de mi pecho mientras trabajaba en liberar mis piernas.

La cama había dejado de flotar, ahora se hundía, llevándome con ella. Trabajé a ciegas en la cerradura de mi última pierna. La otra estaba libre, solo una más. El agua había alcanzado mi barbilla ahora y miré al techo, tratando de tomar tanto aire como podía. Debí haberme quitado la mordaza cuando tuve la oportunidad pero ahora, veía que era mejor así. Ahora, no podía respirar por la boca.

El agua subió lentamente hasta que no pude mantenerme arriba más tiempo, tomé un gran

respiro de aire por la nariz mientras dejaba que el agua subiera pero no dejé de trabajar en la esposa que pronto cedió. Nadé hacia la superficie, arrancándome la mordaza y tomando un profundo respiro pero ahora tenía que lidiar con la trampilla. Darle unos tirones con mi brazo derecho no ayudaba pero mi izquierdo tenía el pulgar roto. No sería útil.

El agua seguía subiendo y sabía que mi aire se estaba agotando. Tomando un profundo respiro, usé ambas manos para girar la trampilla, gritando por el dolor pero la trampilla giró y solté un respiro aliviado. Agotada, me arrastré hacia afuera y me esparcí sobre el piso húmedo de cemento. Mi pecho subía y bajaba mientras acunaba mi brazo contra mi pecho.

—Vaya joya que eres...

—¿Holaaa?

Parpadeé saliendo del recuerdo mientras una mano se movía frente a mi cara. Levanté la vista hacia la cara, parpadeando.

—¿Estás bien?— preguntó, su cara arrugada con preocupación.

—De maravilla—, contesté en un tono ligero, deslizándome en la cama. —Ahora, ¿qué tal esa película?

Faye sonrió y puso la película, pero pude notar que me miraba de reojo mientras se recostaba pero elegí ignorarlo como estaba haciendo aparentemente con mis recuerdos inquietantes.

—Alguien una vez me dijo que el mundo me iba a rodar. No soy la herramienta más afilada en el cobertizo...

28

—¿Por qué, qué pasa?

—¡Shrek está herido!

—¿Shrek está herido? ¡SHREK ESTÁ HERIDO? ¡Oh, no, Shrek va a morir!

—Burro, ¡estoy bien!

—¡No puedes hacerme esto, Shrek, soy demasiado joven para que mueras! ¡Mantén tus pies elevados! ¡Tose mientras giras la cabeza! ¿Alguien sabe hacer la maniobra de Heimlich...?

—Burro, ¡cálmate! Si quieres ayudar a Shrek, ve al bosque y busca una flor azul con espinas rojas.

—¡Flor azul, espinas rojas! ¡Entendido! ¡Flor azul, espinas rojas! Flor azul, espinas rojas. ¡No mueras, Shrek, y si ves algún túnel largo, aléjate de la luz!

Sacudí mi cabeza con una sonrisa mientras seguía viendo la película y Faye se reía a mi lado.

—Ya veo por qué Burro es tu favorito—, murmuró con el chocolate que se estaba comiendo.

—Es el favorito de todos—, dije lo obvio.

—Eh, no... A mí me gusta Lord Farquaad—, me giré hacia Faye con un gesto de disgusto.

—Tienes que estar bromeando—, le dije.

—No bromeo. Me recuerda a Matteo—.

En eso, no pude evitar reírme aunque quisiera. Mi cuerpo temblaba con la fuerza de mis carcajadas mientras trataba de recomponerme, solo para fallar. Faye también se reía a mi lado, su alegría mezclándose con la mía.

—No puedo...—, jadeé agarrándome el estómago.

—Tienes... la risa más fea...—, dijo Faye entre otra ronda de risas que también me hizo reír a carcajadas. ¿Su risa no era mejor y aún así se metía con la mía?

Después de nuestra sesión de risas, ambos nos apoyamos contra los cojines, respirando agitadamente y soltando risitas ocasionalmente.

—Dios, no me había reído tanto en mucho tiempo—, dijo ella, y yo asentí en acuerdo.

—Deberíamos hacer esto más a menudo—, dije.

—Definitivamente—, respondió Faye mientras volvíamos a la película. Era la escena de la boda y estaba cerca de terminar cuando un estruendo sonó a través de la casa. Avancé para pausar la película, mi cuerpo en alerta máxima.

Faye apenas dejó escapar una respiración mientras ambos nos quedábamos en silencio, escuchando. El sonido de amartillar una pistola resonó en el pasillo y rápidamente cerré la portátil y me giré hacia Faye. Sus ojos estaban amplios de miedo y supe que ella era la única que nos podría sacar de esta situación. Teníamos que salir de la mansión y rápido. No tenía idea de dónde estaba Alexa, pero probablemente ella podría cuidarse sola.

Me deslicé fuera de la cama y, una vez mis pies tocaron el suelo, la mano de Faye se aferró a mi brazo. La convencí de que bajara conmigo, lo cual hizo y entonces la guíé hacia el sofá. La empujé hacia abajo para que, si alguien entraba, nunca la vieran.

—Quédate aquí hasta que venga por ti ¿vale?— susurré y noté cómo sus manos empezaban a temblar. Entendía su miedo, pero la protegería con mi vida.

—Sí—, susurró de vuelta.

—Bien. Quédate en silencio.

Me alejé de ella, avanzando hacia la puerta y posicionándome al lado de esta. Los pasos se acercaban hacia mí y aguanté la respiración. La puerta estaba ligeramente abierta por mi izquierda y contuve el aliento mientras una pistola aparecía en escena, seguida de dos brazos tatuados y corpulentos.

Ataqué en ese momento. Con el cuerpo bombeando adrenalina, agarré sus manos con mi izquierda, empujándolas hacia abajo para que la pistola apuntara al suelo antes de tomarla con mi derecha, cambiando rápidamente y disparando al hombre en la cabeza. La bala fue silenciosa al ser liberada, el cuerpo del hombre caía, sin vida.

Su sangre salpicó mi rostro y alcé el brazo para limpiármela. Mirando por el pasillo, no vi a nadie, así que volví con Faye. Ella estaba agachada, con los ojos cerrados y las manos temblando.

—¿Faye?— la llamé y sus oscuros ojos se abrieron, llenos de miedo y preocupación. —Está bien. Solo necesitamos salir del edificio. ¿Conoces algún pasaje que podamos usar?— pregunté suavemente, tratando de no asustarla, pero la situación era crítica.

—Sí, conozco un camino—, susurró y se levantó, yo con ella.

—Guíame—, dije y ella asintió y ambos caminamos hacia la puerta, yo adelante. Asomé una vez más por el corredor, sosteniendo firmemente la pistola. Faye echó un vistazo al cuerpo muerto en su puerta una vez pero no dijo mucho al respecto.

Avancé pegado a la pared mientras Faye me indicaba qué giros tomar. Pasamos por un corredor familiar y cuando asomé por la esquina, supe por qué reconocía este lugar. La oficina de Vittore estaba justo adelante y tres personas vestidas de negro nos bloqueaban el camino.

Levanté la pistola y tomé mi puntería antes de disparar tres balas consecutivas. Tres cuerpos cayeron al suelo, sus cerebros habiendo sido reventados. Agarré la mano de Faye, seguro de que seríamos descubiertos si nos demorábamos demasiado. Caminamos a través de la sangre, huesos, cuerpos y cerebros hacia otro corredor.

Era tan silencioso como una serpiente al moverme, pero no podía decir lo mismo de Faye. Tropezaba constantemente, tomando demasiadas bocanadas de aire agudas que jodían con su patrón de respiración, pero no teníamos tiempo para corregirlo.

—Justo a través del salón, hay una pintura de una mujer con un vestido rojo. Ahí hay una puerta disimulada—, susurró Faye en mi oído y asentí.

Cuando llegamos al salón, sin embargo, tuve que tirar de Faye detrás de mí. Había más gente de la que pensaba que habría. Unos... 9 si contaba bien. Solo me alegraba que el sol todavía estuviera poniéndose cuando estos tipos decidieron atacar. Si fuera de noche, estaría en desventaja.

Miré entre mí, la puerta, la gente y evalué la seguridad de Faye.

—Escucha. Los distraeré, ok. Estoy seguro de que soy a quien quieren, sabía que vendrían cuando tuvieran la oportunidad—, expliqué. —Así que cuando estén concentrados en mí, quiero que corras hacia la puerta y -

—¡No! No te puedo dejar—, protestó Faye, pero la fulminé con la mirada.

—¡Esto no es motivo de un maldito debate!— le espeté. —Correrás cuando veas una apertura y saldrás de esta finca hacia el pueblo. Encuéntrame en un restaurante llamado Roadhouse Diner. ¿He sido entendido?

Faye guardó silencio y endurecí mi mirada. —He dicho. ¿He. Sido. Entendido?

—Sí—, soltó con un suspiro. Asentí. Era extraño hablarle de esa manera. Básicamente podría ser mi madre, pero tenía que protegerla. Vittore definitivamente me mataría si no lo hago. Esa era la excusa que elegí creer de todos modos. La verdad es, la mujer amante de la diversión me había caído bien.

—Ven—, dije ayudándola a esconderse en un montón de plantas en macetas. Tenía la vista perfecta de la puerta.

—Espera una apertura—, le recordé antes de lanzarme por el pasillo.

Primero, tenía que asegurarme de que Faye no recibiera un disparo una vez que estuviera libre, lo que significaba que tenía que matar a todos los guardias posibles afuera. Tanto trabajo.

Subí lentamente las escaleras hacia el techo, donde había visto a Alexa esa mañana. Mis pasos eran suaves y ligeros, la pistola sostenida firmemente en mi agarre, esperando para disparar. Puse mi dedo en el gatillo al llegar a la cima, la puerta estaba entreabierta ligeramente. La empujé con la punta de la pistola mientras miraba afuera. Había tres hombres allí arriba, todos agachados, con las pistolas apuntando al suelo debajo.

Me deslicé en el techo, escondiéndome detrás de una de las tumbonas. Puse mi espalda contra una, dejando ir una respiración antes de mirar por encima de su esquina. Ajustando mi postura, apunté la pistola al que estaba más cerca de mí y dejé ir la bala. Los otros se voltearon hacia él mientras el cuerpo caía de lado y salté, disparando a un tipo en el pecho y al último en la rodilla.

El tercero buscaba algo en su cuerpo cuando me acerqué y rápidamente lo golpeé con mi pistola haciéndolo perder la conciencia. Suspirando, fui hacia los otros dos, quitándoles los cinturones y usándolos para atar al tercero antes de arrastrarlo a una de las muchas tumbonas.

—Escuadrón del techo cuatro, ¿cuál es su estado?

Mis ojos se dirigieron al pecho del hombre, un walkie talkie sobresaliendo. Lo saqué y lo sostuve en mi agarre.

—Escuadrón del techo cuatro repito, ¿cuál es su estado?

Sabiendo que mi plan se echaría a perder, presioné uno de los botones.

—Todo despejado—, dije con la voz más profunda que pude manejar, esperando una respuesta. El walkie talkie estuvo silencioso por unos segundos mientras contenía la respiración.

—Copiado.

Oh gracias a Dios. Puse el walkie talkie en la cintura de mis pantalones mientras me arrodillaba al lado del hombre inconsciente.

—¡Oye! ¡Imbécil!— dije dándole palmadas en las mejillas. —¡Despierta!— Tomó un rato pero los ojos marrones del hombre parpadearon lentamente abriéndose. —Ahí están esos feos ojos—.

—Qué.. qué..

—Shh shh grandote. No desperdicies tu energía. La voy a necesitar—, dije con una sonrisa. Tomó tiempo para que registrara en qué posición estaba. Tiró de las ataduras en sus muñecas y movió su pierna lo que le causó emitir un gemido de dolor y una mueca.

—Sí, quizás no quieras moverte—, dije colocando mis manos en mis rodillas y mirándolo a los ojos. —Solo tengo unas pocas preguntas ¿vale?

Me miró con desprecio y escupió en mi cara. Su asquerosa saliva aterrizó en mi mejilla y rápidamente me la limpié, con una mirada de disgusto en mi rostro. Ahora entendía por qué me castigaban en la —casa segura— por hacer esta mierda. Urgh.

—Eso fue muy insalubre—, dije limpiándome las manos en una de las muchas tumbonas. —Solo quiero saber por qué viniste aquí.

El tipo continuó mirándome con desprecio y supe que no hablaría. Rodé los ojos y comencé a desabrochar su cinturón. Intentó luchar contra mí pero mantuve mi cuerpo fuera de su alcance y cada movimiento que hacía con su rodilla le causaba llorar de dolor.

—Abre bien—, le dije, moviendo el cinturón hacia sus labios. Luchó, pero logré amordazarlo. —Mira. Estoy intentando ser amable aquí. Realmente lo estoy, pero dejé a alguien abajo que me necesita así que...

Hurgué mi dedo en su herida de bala y él gritó contra la mordaza. Me estremecí mientras su cuerpo se sacudía. —Ya sé. Duele, ¿verdad? Esto es lo que pasará si no obtengo respuestas.

Torcí y enroscaba mi dedo en la herida, el interior incómodamente cálido me envolvía. Mi mano estaba cubierta de sangre y el hombre continuaba gritando hasta que saqué mi dedo. El sudor perlaba su frente y respiraba pesadamente a través de la mordaza. Me acerqué y se la quité.

—Ahora, ¿por qué estás aquí?— pregunté y levanté mi otra mano, cubriendo sus dedos con los míos. —Dime o paso a los dedos siguientes.

El tipo echó su cabeza hacia atrás, su rostro rojo y las venas prominentes. Respiraba profundamente y sabía que estaba sintiendo mucho. —Pareces nuevo en esto y déjame decirte, no mejora de aquí. Realmente no. Te ves joven. No puedes morir ahora, ¿verdad? Probablemente tienes una familia, novio o novia, hermanos, algunas personas que te necesitan. No nos lo pongas difícil a ambos.

Mi voz estaba cargada de simpatía mientras miraba al hombre que seguía mirándome con desprecio. —¿No vas a hablar? Ok, solo voy a...— fui a ponerle la mordaza de nuevo.

—¡Espera!— Dijo en voz alta. Bajé mis manos y me recosté sobre mis talones.

—Sí...

—Te diré lo que necesitas saber—, dijo y le hice señas para que continuara. —¡Vete al diablo, negra de mierda!— estalló y yo rodé los ojos.

Eso es lo que tiene el amor. Sé que voy al infierno y sí, soy negro. La gente realmente debería dejar de señalar lo obvio -dije sacudiendo la cabeza con decepción-. Te voy a matar ahora porque eres absolutamente inútil, ¿ok?

Sonreí mientras extendía la mano y volvía a poner el cinturón entre sus dientes. Suspiré y le di una palmada en la rodilla, haciéndolo saltar y gritar de dolor. —Bueno, pedazo de idiota. Ha sido divertido pero... ya sabes.

Levanté mi arma y le disparé en el estómago, haciendo que gritara y las lágrimas corrieran por su rostro ahora rojo.

—No te preocupes. No he dado en nada importante. Te desangrarás hasta morir si no te atienden en las próximas horas. Solo sabes que voy a matar a todos tus amiguitos, así que nadie vendrá a ayudarte—, le dije al tipo levantándome. —Podrías haberme dado las respuestas que quería, pero no importa. Tengo el walkie talkie. Solo seguiré lo que digan.

Me burlé porque, en cuanto el dispositivo estuvo en mi mano, no necesitaba torturarlo, pero eso fue más divertido. Lo vi colocar sus manos atadas con fuerza sobre su nueva herida de bala.

Buena suerte con eso, campeón.

Rodé los ojos y recogí otra pistola que estaba en el suelo, metiéndola en mis pantalones y sacando el walkie talkie. Lo encendí y escuché las conversaciones mientras me movía hacia uno de los francotiradores.

—Escuadrón del techo cinco, ¿cuál es su estado?— preguntó la voz de antes.

—El ala norte de la mansión está despejada, señor. No hay señales de nuestra Belleza Negra—, respondió alguien.

Fruncí el ceño. ¿Belleza Negra en serio? Ese era un mal nombre en clave. Literalmente no me parezco en nada a ese maldito caballo. Al menos la gente que arruinó mi vida me dio el nombre de Jade Scythe, que honestamente no era tan malo.

Apunté al francotirador hacia el lado norte de la mansión, buscando a mis queridos francotiradores. Tarareé una suave melodía mientras localizaba al primer equipo, dejando que mis disparos volaran por el aire. Solo daba tiros en la cabeza y la gente estaba muerta antes de que sus cuerpos siquiera comenzaran a caer hacia un lado.

—Escuadrón del techo uno. ¿Cómo está el centro?

—Está despejado, señor. No hay señales de movimiento.

Giré mi arma hacia la torre de vigilancia en la puerta. Era el único lugar desde donde se podía ver el centro de la finca. No preguntes cómo lo sé. Encontré rápidamente a esos dos idiotas y abajo fueron. Esperé a que se diera la siguiente orden.

—Señor, se encontraron cuatro hombres muertos en la casa principal.

Oh, joder.

—¿Algo más?

—Parece que nuestra Belleza Negra está aquí, señor. Está en la finca.

—Recibido. Todas las unidades interiores, hagan un barrido completo.

Me levanté del francotirador con un gruñido. ¿Están hablando en serio estas personas? Revisé mis armas, asegurándome de que estuvieran completamente cargadas antes de caminar hacia la puerta y bajar las escaleras. No podía permitir que encontraran a Faye.

Caminé por el pasillo, con ambas armas en mano y listas. Me detuve cuando escuché pasos suaves acercándose y me pegué contra la pared mientras miraba por el borde. Seis hombres armados se movían en equipos de tres, revisando cada habitación, acercándose a donde yo estaba.

Retiré la cabeza y la apoyé en la pared detrás de mí, tomando un respiro profundo.

Hora del espectáculo.

30

A medida que los asesinos se acercaban, giré la esquina y dejé volar mis disparos. Algunos buscaron cobertura pero logré derribar a cuatro, cayendo al suelo y rodando hacia uno de sus cuerpos. Los recogí y los usé como escudo humano mientras más disparos eran disparados. El cuerpo se sacudía con la fuerza de los impactos y la sangre salpicaba mi cuerpo, pero solo lo absorbí y levanté la cabeza, tratando de disparar a los otros dos.

Logré alcanzar a uno y cayó con un gemido de dolor.

—Estamos siendo atacados en el lado norte superior de la mans— disparé al tipo que estaba hablando en el walkie talkie y el lugar quedó en silencio una vez más.

—A nadie le gusta un soplón—, dije arrojando el cuerpo que estaba usando al suelo. Me puse de pie y mientras avanzaba por el pasillo, noté algún movimiento. Rápidamente me lancé a un lado, pero fue demasiado tarde. Una bala rozó el lado de mi muslo izquierdo y caí al suelo con un golpe. No perdí el ritmo, levantando mi mano y disparando al responsable.

Era uno de los que acababa de disparar y pensé que estaba muerto. Ahora le había dado en el brazo y lo acunaba, haciendo sonidos de dolor. Cambiando para sentarme en mi trasero, me aseguré de dispararle en el cuello y él lentamente se ahogó con su propia sangre.

—Soy severamente anémica, imbécil—, gruñí, rasgando la parte inferior de mi camisa y atándola fuertemente alrededor de la herida en mi pierna, previniendo la mayor pérdida de sangre posible. Me levanté, apoyándome en la pared, una pistola en mano. Empecé a cojear por el pasillo otra vez.

Anemia por deficiencia de hierro. Suena tan simple y probablemente no tan malo como una leucemia o algo así pero en la línea de negocio en la que me han metido, significaba todo. Antes, eran solo mareos en la escuela y fatiga extrema pero después de esa vez que sentí como si tuviera un ataque al corazón en educación física, Violet me llevó forzosamente al hospital con su mamá.

En ese momento realmente no era nada serio, así que no me preocupé mucho, pero una vez

que me llevaron a la —casa segura—, no puedo contar las veces que casi muero. Nos alimentaban con estas barras nutritivas que tenían hierro y todo estaba bajo control, pero a veces, quería acabarme mi propia miseria. A veces, era demasiado para ocultar.

Había una chica que se enteró. Su hermano aparentemente tenía lo mismo y ella iba a contarlo. No podía permitir que eso sucediera. No tenía intención de ser asesinada ese día, así que tuve que detenerla. La conocía como la Chacal Sonriente. Así la llamaban de todos modos y fue mi primera muerte. Todavía tenía catorce años y lloré en silencio durante mucho tiempo hasta que simplemente ya no me importó más.

La muerte no era nada nuevo. La había visto, la había causado y a veces, la controlaba. Hay un momento en que simplemente te cansas de llorar, de tener ese vacío en el estómago así que te dices a ti mismo que superes y no lo puedes decir en ese momento, pero después no sientes mucho. Todo se vuelve tan inútil. El dinero no te trae alegría, las cosas que amabas antes parecen una carga y simplemente mueres por dentro. No puedes controlarlo, simplemente sucede y sinceramente apesta.

Ver todas estas muertes hoy, ha sido como una bofetada de realidad. No estaba segura en ningún lugar al que fuera. Quiero decir, era una de las creaciones de Jordan. Siempre estaría huyendo, siempre estaría escondiéndome. Eso es hasta que matara al imbécil, lo cual tenía planeado hacer.

No lo sentí pero mis muros que una vez fueron solo de ladrillo y piedra, ahora estaban recubiertos de plomo y acero. Mis emociones se apagaron tan rápido como comenzaban a volver. Los recuerdos de las risas que Faye y yo compartimos ahora parecían un recuerdo lejano en el fondo de mi mente. Las cosas eran reales ahora y estaría maldita si alguna vez me tomaban por sorpresa otra vez.

Apenas sentía el dolor en mi muslo mientras tropezaba de regreso a donde había dejado a Faye. No me molesté en ocultar mi presencia para los tres hombres en la sala de estar. Simplemente los derribé a tiros, uno por uno. Faye salió de su escondite y podía decir solo por la forma en que sus ojos recorrían mi figura herida y ensangrentada que estaba conmocionada.

—Puerta secreta. Ahora—, dije y parecía que ella salió de un trance. Corriendo hacia la pintura de la mujer con un vestido rojo, Faye la empujó y se reveló una puerta. Estaba a punto de moverse hacia adentro pero agarré su mano.

—El plan sigue igual. ¿Cómo se llama el comedor?— le pregunté.

—Roadhouse—, respondió y asentí, soltando su mano y haciendo un gesto para que pasara por la puerta, yo detrás de ella.

El lugar estaba oscuro y me mantuve cerca de Faye pero ella parecía saber realmente a dónde íbamos. Después de un rato, se detuvo y escuché su quejido antes de que el sonido de cemento moviéndose resonara en mis oídos y la luz se filtrara a través de una grieta en la pared.

Faye salió primero y yo fui después, mis ojos ajustándose a la luz. La mujer mayor se adelantó rápidamente, hacia uno de los muchos coches negros aquí. Habíamos aterrizado en un garaje y Vittore realmente tenía clase.

Cojeé hacia adelante hasta que un disparo resonó en el garaje, haciendo eco en el espacio vacío. Levanté la mano y disparé el arma a los dos idiotas que vinieron por mí. Había uno más y me detuve una vez que vi que sostenía a Faye contra él, un arma en su cabeza.

—Perfecto—, susurré bajando mi arma. —¿Qué quieres, grandullón?

El hombre que sostenía a Faye sonrió. —A ti, cariño—, respondió relajándose un poco. Noté un tatuaje de serpiente, prominente en el lado de su cuello.

—¿Por qué? ¿Qué tengo yo de especial?— pregunté.

—¿Qué debería saber yo, preciosa? Solo sigo las reglas del jefe.

—¿Así que tu jefe me quiere a mí?— pregunté con confusión en mi tono.

—Viva, así que mejor que muevas ese lindo culito para acá—, dijo el hombre, haciendo un gesto hacia donde estaba. Para alguien con un arma contra su cabeza, Faye estaba bastante tranquila. Toda su postura estaba relajada y ni siquiera parpadeó.

—Eso es todo lo que necesitaba saber—, dije y levanté mi arma, disparándole al hombre en la cabeza. Faye no saltó con el disparo sino que simplemente suspiró.

—¿No tenías miedo o algo?— le pregunté acercándome a donde estaba.

—No tienes idea de cuántas veces he estado en esa situación. Te acostumbras—, dijo Faye y frunció el ceño pero no comentó.

—Toma uno de estos coches para que podamos seguir adelante—, dije, señalando la amplia variedad de automóviles negros. No voy a mentir, Vittore tenía gusto.

Faye agarró las llaves de la pared y las hizo clic, un camión negro se iluminó. Yo también tomé unas llaves, presionándolas y un elegante benz negro se iluminó. Bonito. Escolté a Faye hasta su camión y ella saltó adentro. Mantuve la puerta abierta para apoyar ya que mi pierna había comenzado a doler.

—En cinco minutos, quiero que arranques este coche y conduzcas hacia el pueblo. No te detengas por nada hasta que llegues al comedor—, le dije, mi rostro en blanco y mis palabras sin emoción.

—Entiendo que estás tratando de protegerme, Dalia, pero no puedo dejarte—, dijo Faye con un tono que sonaba casi maternal.

—Sé que solo serás una carga para mí si intento matar a los imbéciles que entraron en la mansión y asegurarme de que estás bien al mismo tiempo—, dije, sin intención de suavizar las palabras. Ella tenía una mirada triste en su rostro, pero aun así asintió.

—Bien. Cuéntalos. Cinco minutos—, dije, levantando cinco dedos y cerrando la puerta. Faye arrancó el motor y la miré, esperando que no fuera la última vez. Cojeando lentamente hacia el Benz negro, me subí y me acomodé en el asiento, jadeando.

Puntos bailaban en mi visión y me sentí mareado por un segundo, pero parpadeé y pasó. Tomando una respiración profunda, lancé mi pistola al asiento del pasajero y arranqué el motor. Estaba contento de que mi pierna izquierda fuera la que recibió el disparo, porque usé la derecha para conducir.

Puse el coche en reversa y salí del garaje. Dios, si Vittore no me da algún tipo de recompensa por esto, voy a matar su precioso trasero.

31

Agarré el volante firmemente y en cuanto mi coche salió al mundo, balas fueron disparadas sobre el techo y el parabrisas que resistió bien. A prueba de balas. Genial. Conduje hacia la parte trasera de la mansión, desviando su atención de por dónde Faye iba a salir. Escuché gritos y cinco hombres aparecieron de la nada, disparando al coche.

Inmediatamente bajé la velocidad y hice que el coche se detuviera. Los hombres miraron confundidos y lentamente avanzaron.

—Así es. Vengan hacia mí, perras—, dije, apretando más el volante. Los hombres se acercaron y en cuanto estuvieron al alcance, encendí las luces al máximo y pisé el acelerador fuertemente.

Todavía intentaban recuperar la vista y finalmente registraron lo que iba a pasar cuando el Benz golpeó a los primeros tres. Los otros dos no tuvieron tanta suerte ya que me sacudí en mi asiento, pasando sobre los cuerpos. Me detuve y cambié la marcha, poniendo el coche en reversa, el vehículo prácticamente saltaba con el peso muerto que estaba pasando por encima.

Me quedé en el coche unos segundos más hasta que finalmente los vi. Más de diez hombres aparecieron desde detrás de la casa y ahí supe que tenía a todos ellos aquí. Dos llevaban francotiradores, así que eso significaba que no quedaban más si mataba a estos imbéciles.

Abrí uno de los compartimentos del coche mientras un disparo resonaba en el aire y una de las llantas del coche se desinflaba. Simplemente ignoré eso y encontré una pistola, asegurándome de que estuviera cargada antes de quitarle el seguro. Me acomodé en mi asiento, abriendo el techo solar.

—¡Ríndanse o abriremos fuego!— gritó uno de los tipos y yo me burlé. ¿Qué eran? ¿Policías?

Me agaché en los asientos, agarrando mi otra pistola y sosteniendo las dos firmemente en mi agarre. Levanté mi cuerpo fuera del techo.

—No me rindo ante perras sumisas—, dije antes de empezar a disparar.

La adrenalina corría por mis venas mientras entraba y salía del techo como un jack en la caja. Se dispararon tiros, se escucharon gritos y cuerpos cayeron al suelo. No pasó mucho hasta que yo era la única persona en pie, no, la única mujer en pie.

—Eso fue movido—, murmuré volviendo a mi asiento, lista para seguir a Faye, de quien estaba segura que ya se había ido hace rato.

La llanta del coche estaba desinflada y estaba a punto de salir cuando miré a mi izquierda y un enorme jeep gris venía directamente hacia mí, pasando sobre el césped perfectamente cortado, con los faros brillantes y cegadores. Rápidamente me senté y luché con el cinturón de seguridad antes de que el masivo vehículo se estrellara contra el lado del pasajero, enviando el Benz dando vueltas y rodando hacia la mansión.

Me estrellé contra el lado del edificio, un zumbido sonando en mis oídos. El coche estaba al revés y mi cabello barrió el techo del mismo. Parpadeé abriendo los ojos, el mareo me consumía por un segundo. Suspiré, alcanzando la pistola que estaba a mi lado.

La sostuve en mi agarre mientras la puerta del pasajero era arrancada. Cerré los ojos y fingí estar inconsciente mientras mi corazón latía salvajemente en mi pecho. Fue solo cuando un brazo intentaba sacarme del cinturón de seguridad que levanté mi mano y disparé tres balas con la pistola a ciegas. Hubo un golpe y suspiré, parpadeando los ojos abiertos para ver un cuerpo muerto en el coche conmigo.

Exhalé un suspiro, deshaciéndome del cinturón de seguridad y cayendo al techo del coche. Aparté el cuerpo mientras salía arrastrándome, tumbándome de espaldas y observando el cielo.

—Cosa ho fatto per meritarmi questo (¿Qué hice para merecer esto)?—, murmuré en italiano. Poniendo una mano sobre mis ojos, decidí simplemente descansar aquí por un buen rato y reorientarme. Tenía una lista de cosas que necesitaba hacer.

Uno, llegar hasta Faye. Dos, encontrar un lugar para quedarnos hasta que Vittore nos encontrara y la única manera de hacerlo era si tenía efectivo. Supongo que simplemente robaré a la gente en el camino. Levantándome con un gemido, me arrastré por el césped hasta uno de los muchos cuerpos muertos. Este solo tenía un agujero en el lado de su cara.

Lentamente comencé a quitarle la ropa oscura, lo cual fue sinceramente una lucha. Me quité

mi camisa ensangrentada y me puse la suya. La camisa tenía sangre, pero realmente no era visible, lo cual era una victoria para mí. Tenía que conseguir ropa nueva. Respiré hondo y meforcé a ponerme de pie, quejándome de dolor en cada movimiento de mi pierna izquierda. Una vez arriba, tomé aire profundamente.

Colocando mis manos en mis caderas, luché contra la necesidad de desmayarme y comencé a cojear hacia adelante. Avancé dolorosamente fuera de la propiedad de Vittore, pasando por la puerta que parecía haber sido derribada. Eso hizo que el orgullo brotara en mi pecho porque sabía que había sido Faye quien hizo eso.

Esa mujer quizás no lo sepa, pero es tan mala como vienen.

Mientras cojeaba por el camino, un taxi pasó, lo cual honestamente era muy sospechoso. Se detuvo a mi lado y la ventana se bajó. Era la mujer pelirroja mayor de antes.

—La Hoz de Jade en carne y hueso. De nuevo—, dijo casualmente apoyándose en el asiento, una sonrisa en su rostro.

—Debería sentirme honrada realmente. Eres una leyenda—, le dije devolviéndole la sonrisa.
—La Garra Carmesí que derribó media base militar rusa ella sola.

—Lo hice, ¿verdad?— la mujer pelirroja se jactó y se quitó polvo invisible del hombro.
—¿Necesitas un viaje?

—Sí, por favor—, dije abriendo la puerta y subiéndome al asiento delantero con ella. Alcanzó hacia atrás y agarró un botiquín de primeros auxilios, pasándomelo. —Gracias.

Abriendo el kit, saqué unas tijeras y corté parte de mis pantalones para revelar la herida en el lado de mi muslo. La Garra Carmesí arrancó el coche y nos fuimos.

—¿Has estado en contacto con alguno de los otros?— preguntó, sacando un cigarrillo de su bolsillo y encendiéndolo. Dio una larga calada y sopló un bocanada de humo al aire.

—Solo con la Mimo Ágil—, dije recordando a la mujer francesa del elevador en la noche que había ayudado con el robo en El Nova. —¿Qué me puedes decir?

—Bueno, no ha habido avistamientos de Jordan desde que te sacaron de la casa segura—, me informó, sosteniendo el cigarrillo entre sus labios mientras hacía un giro en el camino. Estaba vertiendo algo de alcohol en mi herida, frunciendo el ceño ligeramente al hacerlo.

—¿Y sobre todo ese ataque allí atrás?— dije señalando en dirección a la mansión de Vittore.
—¿Sabes algo de eso?

—No. Parece que hay un nuevo poder en juego y están tras Vittore y tú—, me informó la Garra Carmesí.

—¿Saben sobre Jordan?— pregunté confusa. Muy pocos sabían sobre él. Era básicamente un fantasma. Solo rumores en las calles como yo, la Mimo Ágil y la Garra Carmesí.

—No. Parece que simplemente estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Conoces a esta persona?— Una foto fue lanzada sobre mi regazo mientras sacaba la aguja quirúrgica y el hilo del botiquín de primeros auxilios. Miré hacia abajo a la foto de un tipo escuálido. Lo que resaltaba eran sus labios pálidos y agrietados.

—Sí, lo conozco—, dije recordando nuestro encuentro en el metro cuando había huido de Vittore por primera vez. Comencé a coser mi herida mientras la Garra Carmesí comenzaba a hablar.

—Bueno, él y una mujer no identificada fueron encontrados muertos esta mañana. La piel en la parte trasera de su cuello estaba pelada y su cuerpo parecía como si hubiera pasado la noche luchando con leones—, dijo.

—Torturado hasta la muerte—, murmuré pero era extraño cómo la piel en la parte trasera de su cuello estaba pelada. Intenté recordar la importancia de eso pero nada realmente resaltó. Recuerdo que había un tatuaje allí. Uno de un pájaro pero ¿cuál era?

—Sí. Creemos que él es la razón por la que te están cazando—, me informó la Garra Carmesí y suspiré, cortando el hilo y limpiando mi piel recién cosida con algodón y alcohol.

—Entonces lo averiguaré—, dije echando mi largo cabello rizado hacia atrás.

—Bien—, dijo la Garra Carmesí y aparcó el taxi. Podía ver el Roadhouse Diner justo al otro lado de la calle. —Los demás y yo nos estamos movilizando, averiguando lo que podemos.

Tenemos que encontrar a Jordan.

—Lo sé. Haré todo lo que pueda, ¿vale?— le dije mirándola. Quiero decir, todavía tenía a Matteo. Él conocía a Jordan a nivel personal. De eso estaba seguro. —Pero mientras tanto, manténme informada, ¿vale?— le pedí y ella asintió.

—Siempre es un placer—, dijo la Garra Carmesí sonriendo. —Oh, antes de que te vayas...

Fruncí el ceño cuando me pasó un grueso sobre. Dentro había un fajo de efectivo.

—Gracias, pero no puedo aceptar esto—

—Lo aceptarás. Necesitas recuperarte después de eso y tengo que hacer lo que pueda para ayudar. Creo en ti, Hoz de Jade, y estoy segura de que los demás también.

La Garra Carmesí me miró, una expresión cálida en su rostro. Agarré el sobre más fuerte.

—Vale entonces. Hasta que nos veamos de nuevo—, murmuré abriendo la puerta del coche y observando cómo se alejaba.

Todo estaba jodido. Quería venganza por lo que mis padres me hicieron, tenía que matar a Jordan, una nueva amenaza acababa de caer a mis pies por culpa de un idiota escuálido y luego estaba Vittore. Pasando una mano por mi cara, sabiendo que la próxima vez que viera a la Garra Carmesí o a cualquiera como nosotros, las cosas no irían tan bien. Había tantas mentiras enredadas entre sí y de alguna manera yo estaba en el centro.

Agitando la cabeza, cojeé hasta el Diner y vi a Faye en la ventana. Solo pasó un segundo antes de que sus ojos se elevaran a los míos y saliera corriendo del diner, abrazándome con fuerza. La abracé de vuelta porque, a pesar de que odiaba el contacto físico, necesitaba mucho esto.

Todavía tenía que sacarme del estado emocionalmente inerte mentalmente, pero eso podía esperar otro día. Quería tanto simplemente tener un día para descansar y relajarme, pero las cosas solo estaban empezando a complicarse.

—Vamos, Faye. Tenemos mucho que hacer—, le dije a la mujer mayor, saliendo de su

abrazo. Ella asintió y juntas, caminamos por la calle hacia la tienda más cercana.

Lo que daría por tener mi antigua vida de vuelta.

32

Faye me siguió, sosteniendo nuestra pequeña cesta mientras yo tomaba artículos de los estantes en la pequeña tienda que habíamos encontrado. Vendía todo lo que necesitábamos para mantenernos bajo perfil hasta que Vittore decidiera aparecer de nuevo.

—¿Ti piace il rosso o il nero?— le pregunté a Faye en italiano porque cuando entramos en la tienda, estaba a punto de cerrar y pretendí como si Faye y yo no supiéramos inglés. Ella siguió el juego, hablando también en italiano.

—Rosso—, respondió ella y yo elegí el tinte rojo.

—¿Come conosci l'italiano?— le pregunté mientras seguíamos comprando. La mujer mayor rodó los ojos.

—Si estás obligado a entrar en el mundo de las mafias, aprendes una o dos cosas para no estar fuera del círculo. Ha ayudado mucho a lo largo de los años—.

—Triste—, dije mientras finalmente nos dirigíamos al mostrador. Faye simplemente encogió de hombros porque, ¿qué más podía decir? Tenía razón.

Pagamos los artículos y Faye no me preguntó de dónde había sacado el dinero y estaba agradecida. Lo que no es asunto tuyo realmente no es asunto tuyo. Una vez que todo estuvo pagado, salimos de la tienda, bolsas en mano mientras hacíamos señas a un taxi. Uno se detuvo frente a nosotros y nos deslizamos dentro, el lugar olía a hierba y alcohol.

—¿Pueden llevarnos al hotel más barato de por aquí?— le pregunté al conductor.

—Sí, pero te va a costar—, respondió, masticando lo que asumí era tabaco.

—Lo que sea—, dije y eso fue todo lo que necesitó para comenzar a conducir. Faye y yo estábamos en silencio mientras él serpenteaba por las carreteras de la ciudad, cantando una

canción que conocía si aparecía en la radio. Las ganas de matarlo eran fuertes.

Me recosté en mi asiento, tomando una profunda respiración. Estaba tan jodidamente exhausto. Mis huesos gritaban por simplemente acostarme y descansar, pero no podía hacer eso ahora mismo. Intenté mantenerme calmado para evitar que mi corazón se desbocara y me muriera de un maldito ataque al corazón.

Como si sobrevivir cuatro años en tortura y la pubertad no significara nada en absoluto. Si moría, iba a ser glorioso.

El taxi finalmente se detuvo en un edificio descuidado cerca del borde de la ciudad. Le arrojé el dinero al gordo conductor y Faye y yo salimos y fuimos al edificio. El interior tampoco era gran cosa. Paredes desconchadas y el olor a cigarrillos impregnaba el aire. Caminé hacia la señora de la recepción que estaba limándose las uñas.

—¿En qué puedo ayudarles?— preguntó de manera fastidiosa masticando su chicle. Su voz era más aguda que la de Alexa y su aura más molesta. Hablando de Alexa. ¿Qué le habrá pasado? Eh. De todas formas, no me importa remotamente.

—Una habitación para dos—, dije y ella continuó haciendo lo que estaba haciendo.

—¿Cuánto tiempo se quedarán?— preguntó.

—No lo sabemos, pero podríamos irnos en algún momento mañana—, dijo Faye alzando la voz. La miré con una ceja levantada. ¿Estaba segura de que Vittore nos encontraría en un día? Guau.

—Eso serán doscientos cincuenta—, dijo la mujer y saqué la cantidad exacta y la coloqué frente a ella. Finalmente me miró, sus ojos claramente juzgándome, pero no dije nada. Alcanzó detrás de sí a un tablero lleno de llaves y me entregó una.

—No follen en la ducha—, fue todo lo que dijo antes de señalarnos en una dirección al azar. Miré por el pasillo y simplemente hice señas para que Faye me siguiera, lo que hizo.

Nos mantuvimos cerca la una de la otra, pasando por puertas con parejas gritando y gente teniendo su mundo sacudido hasta que llegamos a nuestra habitación. Abriendo la puerta, hice pasar a Faye antes de cerrar con llave y arrastrar una de las sillas a la puerta.

El lugar era bastante pequeño. Un comedor con tres asientos, dos camas, una vieja televisión de pantalla plana y una puerta que asumí llevaba al baño. Coloqué las cosas en una cama, Faye hizo lo mismo. Saqué el tinte rojo que había comprado.

—Tú primero—, le dije a Faye, quien suspiró y arrastró una de las sillas restantes al baño con ella. Saqué el peine, los guantes y el pequeño recipiente que había comprado de las bolsas que Faye había llevado y me lo llevé al baño.

Faye estaba sentada en la silla frente al espejo y el baño era seriamente pequeño. Mezclé el tinte en el recipiente, me puse los guantes y me paré detrás de ella, seccionando su cabello mientras aplicaba el tinte. Si nos estaban buscando, lo mejor que podíamos hacer ahora era alterar de alguna manera nuestro aspecto por el momento.

Faye y yo estábamos en silencio mientras yo aplicaba su tinte. El silencio era reconfortante porque honestamente no tenía muchas ganas de hablar después de lo que acababa de pasar. Había matado antes, pero no a tantas personas a la vez y, para ser honesto, no sentía nada en absoluto. Era normal y parecía que Faye estaba en el mismo barco.

—¿Cuántos años tienes?— ella preguntó de repente mientras estaba a punto de terminar la mitad de su cabeza.

—18—, dije y ella me miró con incredulidad a través del espejo.

—¿18? ¿En serio?— preguntó y yo asentí.

—Cumpló 19, si eso ayuda—, declaré con un encogimiento de hombros y Faye simplemente movió ligeramente la cabeza mientras yo peinaba su cabello con el tinte.

—Es solo que... no actúas según tu edad—, dijo y yo suspiré.

—Me vi forzado a madurar—, le dije mirándola a los oscuros ojos en el espejo. —Y de todas formas, no importa—.

Pude sentir los ojos de Faye en mí incluso cuando bajé mi mirada del espejo.

—Eres como mi hijo—, dijo con una triste risa. —Realmente lo amo y desearía haber hecho

más, ya sabes. Protegerlo mejor—.

—Lo hiciste. Está vivo, ¿no?— pregunté. —Créeme cuando digo que eres una madre perfecta. Te preocupas, has estado ahí y cualquiera, incluso el imbécil que es tu hijo tiene suerte de tenerte—.

Faye era increíble. No puedo creer que ella no lo viera.

—Por cierto, cumplió 23—, dijo Faye con una pequeña sonrisa en su rostro. —Es tan mayor y aun así no puedo evitar recordar las veces que solía leerle cuentos antes de dormir y jugar con esta pelota amarilla con la que estaba obsesionado—.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de la mujer mayor y detuve mis movimientos por un segundo. —Dios, desearía haberle dado una vida mucho mejor y más segura. No se supone que esté en todo esto...— dijo, su voz quebrándose con cada palabra mientras las lágrimas seguían fluyendo por sus mejillas.

Rápidamente terminé de teñirle el cabello y le envolví la cabeza con una de las bolsas de polietileno. Ella lloraba en silencio mientras yo hacía esto y me arrodillé frente a ella.

—¿Puedo decirte algo?— le pregunté suavemente, mirándola a los ojos. Faye asintió y me moví ligeramente, no seguro de cómo decir lo que quería decir.

—Sé que todo esto debe ser un shock. Quiero decir, nos atacaron en tu casa mientras hacíamos algo tan normal y mundano. Dijiste que estabas acostumbrada, la violencia, las situaciones de vida o muerte pero no se supone que debas estarlo. Está bien llorar si así puedes sacar toda esa emoción reprimida. Hazlo, grita a las estrellas si debes—, extendí la mano y sostuve la suya en la mía. —Esta vida no se suponía que fuera tuya y está perfectamente bien odiar al mundo por la mierda por la que te ha hecho pasar. Si el universo fuera una persona yo mismo lo apuñalaría pero no es así...

—¿Entonces?

Encogí de hombros. —No hay nada que pueda hacer salvo aceptar, sanar y seguir adelante de las maneras que creo que funcionan para mí. Eres jodidamente increíble Faye. No pierdas de vista eso—.

La mujer mayor se secó las lágrimas y me dio una sonrisa. Podía ver cómo intentaba aceptar todo lo que había sucedido en su vida y odio a la gente que la rompió, siendo el número uno Matteo. Ese maldito merece arder por la eternidad.

—Soy increíble, ¿no?— preguntó y yo asentí seriamente.

—La mejor—.

Faye suspiró. —No puedo seguir así. Vamos. A tu cabello ahora antes de que comience a llorar de nuevo mis malditos ojos—.

Tomé el lugar de Faye en la silla y ella mezcló el tinte frente a mí. Se veía graciosa con su cabello atado en la bolsa de polietileno y soltó una risotada al verse en el espejo por un momento, pero me alegraba ver que parecía estar mejor. Esperaba que mis palabras hubieran penetrado su corazón y calmado su alma. Era un rayo de maldita luz solar y sería condenado si se ocultaba detrás de un montón de nubes.

Faye se paró detrás de mí, unas tijeras en la mano mientras miraba mi cabello que llegaba hasta la cintura.

—¿Estás segura de que quieres cortarlo?— preguntó. —Quiero decir, tu cabello es fantástico—.

Lo sabía. Había dejado crecer mi cabello tanto tiempo como pudiera recordar, pero estaba comenzando a ser una carga. Además, estoy seguro de que la identificación que tenían sobre mí estaba centrada en el cabello.

—Estoy segura. Córdalo—, dije.

Conteniendo la respiración, el primer corte resonó a través del baño.

Perspectiva de Vittore

—Señor. Está despierto—.

Mi mirada se movió de mi teléfono a Maddox. Deslicé el aparato en mi bolsillo y caminé a través de mi ahora destruido césped, pasando por el coche estrellado en el lado de mi edificio hasta donde mis hombres habían atado a uno de los supervivientes del ataque fallido.

Me paré frente al hombre que recientemente había recibido un disparo en el estómago y la rodilla. El sol brillaba intensamente en el cielo y había una brisa rígida que soplaba a mi alrededor. El hombre levantó la vista, sus ojos mostraban nada más que miedo. El tatuaje de una serpiente en el lado de su cuello me era familiar. Sante Di Laura se atrevió a enviar a sus hombres a mi casa.

—¿Por qué estabas aquí?— pregunté oscuramente, mirando fijamente al hombre ahora tembloroso.

—Yo- Yo- no fue...

—No entiendo galimatías, así que más te vale hablar claramente. Ahora—, ordené.

—¡Fue por venganza! Venganza por robar a nuestro jefe—, dijo el cobarde y yo estreché mi mirada hacia él antes de girarme hacia uno de mis hombres.

—Tráeme el soplete—, le dije y él se fue sin decir palabra. Ahora, el cobarde estaba balbuceando con sus palabras y su discurso pero ambos sabíamos que estaba mintiendo. —Te voy a dar esta única oportunidad antes de que traigan lo que pedí. Dime por qué estabas aquí y quizás te deje vivir.

—T-t-tienes que creerme. El jefe solo quería v-venganza—, tartamudeó el cobarde pero

realmente no me gusta que me mientan. No pasó mucho tiempo hasta que el soplete fue colocado en mis manos. Lo encendí y lo puse sobre uno de los brazos atados del hombre y su grito resonó a través de mi finca.

—¿Por qué viniste?—, pregunté por última vez. La cara del cobarde estaba roja mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Apenas podía articular palabra y suspiré, sabiendo que esto era inútil. Encendí el soplete de nuevo, colocándolo en su frente.

El último de sus gritos fue fuerte mientras su cara se derretía y sus ojos se volvían sin vida ante mí. Una vez que su cuerpo se desplomó en la silla, extendí el soplete y fue sacado de mis manos.

—Señor, los encontramos—, dijo Alexa acercándose a mí, con una tableta en mano.

—¿Dónde?

—En algún lugar en el borde de la ciudad, en algún hotel, creo...— murmuró, mirando de cerca su pantalla, más específicamente, el rastreador que había puesto en mi madre. Alexa lucía un ojo morado, cortesía mía por no estar presente cuando todo esto ocurrió. No tengo idea de dónde estaba y ella no tenía que decírmelo, pero el morado le quedaba bien.

—Iré por ellos—, dije, caminando hacia el garaje para elegir un coche.

—Organizaré un equipo de transporte-

—Sola Alexa—, la interrumpí, agarrando unas llaves del conjunto y apretando el botón sólo para que un elegante ford raptor negro se iluminara.

Caminé hacia él, abrí la puerta y me deslicé dentro. Encendí el coche, haciendo que el motor rugiera antes de salir de mi finca. Alexa ya me había enviado la ubicación a mi teléfono así que usé eso para llegar donde estaba mi madre. Mis manos se apretaban alrededor del volante, mi mente divagando. No podía concentrarme sólo en una cosa. Había Sante Di Laura, mi madre y...

—Ha llegado a su destino...

Estacioné el coche en la entrada de un motel de mala muerte y salté fuera. Entré, sin nadie

realmente a la vista. Rodeé el mostrador y rebusqué hasta que encontré un libro, memorizando las habitaciones que se habían dado la noche anterior. Había solo una así que me dirigí por el desagradable vestíbulo, usando los números para encontrar la puerta en la que esperaba que estuviera mi madre.

Toqué pero no hubo respuesta del otro lado.

—¿Mamma?— llamé y un estruendo se escuchó del otro lado. La puerta se abrió de golpe y mi madre se estrelló contra mí, abrazándome fuerte.

Yo también la rodeé con mis brazos y disfruté del calor que desprendía. No me gustaba que la gente me tocara a menos que fuera absolutamente necesario.

—Il mio bambino (Mi bebé)—, susurró mi madre, dándome un apretón antes de retroceder. Miré a sus ojos que eran extrañamente similares a los míos y noté algo diferente. Su cabello ahora era de un jengibre oscuro.

Agarré uno de los mechones y lo retorcí entre mis dedos antes de soltarlo. —Ti sta bene (Te queda bien).

—Grazie (Gracias)—, dijo, invitándome a entrar al pequeño y deplorable apartamento. Miré alrededor y noté que ella era la única aquí, lo que me hizo fruncir el ceño. ¿Dónde estaba Dalia?

Había evitado cualquier pensamiento sobre ella todo lo que pude pero hubo un revuelo en mi pecho cuando regresé a mi mansión y ella no estaba allí, ni mi madre. Sabía que ella podía cuidarse sola pero...

—Cosa è successo mamma (¿Qué pasó mamma)?—, pregunté mientras me hacía sentar en una de las camas, mi madre frente a mí. Tomó mis manos entre las suyas y suspiró, una mueca adornando su rostro.

—Estábamos viendo una película, divirtiéndonos, compartiendo risas cuando Dalia oyó a alguien moverse en la casa. Me dijo que me escondiera mientras ella se ocupaba del tipo y que íbamos a escapar usando la puerta secreta detrás del cuadro pero había hombres en la sala de estar—, comenzó a explicar mi madre.

—Me dijo que cuando el camino estuviera despejado, corriera hacia ella y desapareció por

un rato. Realmente no había ninguna apertura pero algunos hombres se fueron. Sabían lo que ella estaba haciendo y me sentí completamente impotente para ayudar. Regresó como prometió y logramos llegar al garaje pero entramos en coches separados. Ella fue primero y yo la seguí más tarde, yendo directamente a un punto de encuentro que había escogido.

Mi madre soltó mis manos, recostándose con un suspiro mientras se frotaba los muslos.
—Ella nos consiguió comida, tinte para el cabello y este hotel y solo tuvimos que jugar al juego de la espera.

Absorbí las palabras de mi madre, ninguna calmaba el ligero revuelo en mi pecho. Odiaba este sentimiento pero no podía hacerlo desaparecer a menos que la viera con mis propios ojos.

—Dov'è lei (¿Dónde está ella)?—, pregunté a mi madre.

—Afuera. Explorando o algo así,— respondió mirando hacia la puerta. —Volverá en unos momentos. Ha estado haciendo eso toda la mañana.

Justo entonces, la puerta se abrió pero no me giré.

—El camino está despejado Faye pero creo que Vittore está aquí. Vi su coche afue... ¿para qué me molesto?

Me giré para enfrentar a Dalia y mis ojos recorrieron su perfecta figura de reloj de arena, su suave piel morena, notando que se había cortado el cabello. Los mechones que alguna vez cayeron hasta su esbelta cintura ahora rozaban sus hombros y rizos caían sobre su frente. Era un hombre con ojos y lo que veía era algo que capturaba mi atención.

Dalia cruzó los brazos sobre su pecho, con una mirada desafiante en sus ojos marrones. Su postura era firme y su cadera ladeada hacia un lado.

—Ve al coche,— le dije a mi madre, entregándole las llaves. Ella asintió, levantándose y dándome una palmadita en la cabeza como cuando era niño. Le dio a Dalia una ligera palmada en la mejilla antes de salir, dejándonos en silencio. Me levanté y me enfrenté a ella.

—Tatuaje de serpiente al lado del cuello. ¿De dónde viene, qué significa?— preguntó, yendo directo al grano.

—Los Víboras— respondí honestamente. A pesar de que no confiaba completamente en ella, Dalia no había mostrado signos de traición. Conocía su estilo de lucha, era similar al que me enseñaron, así que eso significaba que teníamos un código de conducta similar.

—Ellos iban tras de mí. No detrás de Faye, ni de dinero, no de ti... de mí,— dijo como si la idea fuera extraña. Yo sabía que no lo era. Por mucho que lo negara, Dalia era única, hábil y todos querían un pedazo de ella. Incluyéndome a mí.

—¿Qué opinas sobre eso?— pregunté, avanzando lentamente hacia ella pero ella mantuvo el contacto visual y se mantuvo firme.

—Hay alguien más en juego. Los Víboras no parecen del tipo que actúa por capricho,— dijo y yo había llegado cerca de ella, invadiendo su espacio personal.

—No lo son.

—Entonces, ¿qué mafia podría ser?— preguntó, su voz más suave y su postura menos tensa.

—Docenas. No soy exactamente alguien que juegue según las reglas,— dije, mis ojos disfrutando de la vista ante mí.

—Lo he notado,— respondió con sarcasmo, rodando los ojos, su tono cambiando junto con su postura. Se apartó de mí y cerré los ojos por un segundo, luchando contra el impulso de jalarla de vuelta y hacer que me enfrentara como acababa de hacer.

Me giré, abriendo los ojos, mi mirada siguiendo a Dalia mientras caminaba y un pequeño ceño se formó en mi rostro cuando noté que cojeaba. Normalmente, sus caderas se balancearían de una manera sensual e hipnótica que exigía atención pero ahora, favorecía su pierna izquierda.

—¿Qué te pasó en la pierna?— pregunté acercándome a Dalia.

—Nada que no pueda manejar,— dijo y mi mandíbula se tensó ante su tono desafiante.

—Siéntate—, ordené y ella me lanzó una mirada furiosa. Abrió la boca para discutir de nuevo pero le devolví su mirada con una oscura mía.

—Siéntate, tesoro,— dije, mi voz habiendo bajado unos octavos.

A Dalia no le gustó pero aún así colocó su bonito trasero en la cama. Me arrodillé frente a ella, levantando su pierna izquierda en mis manos mientras mis ojos oscuros recorrían los pantalones que llevaba, notando la sangre que empapaba el lado. Mantuve mi atención allí y noté cómo parte de la tela estaba rasgada.

Giré su pierna y aparté el trozo de tela rasgado solo para ver una herida cosida. Todo mi cuerpo se detuvo y se tensó.

—Es solo una herida superficial,— susurró.

¡Solo una herida superficial! Lancé una mirada feroz, claramente diciéndole que se callara. Inspeccioné la herida y los puntos. Estaban bien hechos y no parecía que fueran a saltar o soltarse. No entendía el revuelo en mi pecho que había vuelto con más fuerza. El único pensamiento en mi mente era encontrar a quien la había herido y hacerlos pagar.

34

Punto de vista de Dalia

Vittore Martinelli era una anomalía.

Él es honesto... bueno, tanto como puede serlo, lo he desafiado más veces de las que estoy segura que la mayoría lo ha hecho y todavía estoy respirando y no podía descifrarlo.

Ahora mismo, él estaba arrodillado en una rodilla frente a mí, una de sus manos en mi pantorrilla y la otra en mi muslo, torciendo mi pierna para obtener una mejor vista de la herida que había cosido profesionalmente. Dondequiera que sus manos tocaban, enviaban escalofríos a través de mi cuerpo y de repente se volvió un poco demasiado caliente aquí.

La piel de gallina había aparecido en mi piel y esperaba que él no las viera, pero por la forma en que su cuerpo estaba tenso, diría que su mente estaba un poco demasiado ocupada.

—Deberíamos volver con Faye—, dije, queriendo cualquier cosa para alejarlo de mí. No me gustaba la respuesta de mi cuerpo a su presencia.

Vittore levantó la vista, sus ojos oscuros encontrándose con los míos y estaba segura de que tenía la expresión más inocente en mi rostro a pesar del tumulto en que se encontraba mi cuerpo. Él se levantó y yo estaba a punto de hacer lo mismo cuando sus manos rodearon la parte trasera de mis piernas y mi espalda. Vittore me levantó en sus brazos y pasé una de mis manos alrededor de su cuello para no caerme. ¡El maldito sangriento era alto!

—Puedo caminar por mi cuenta, gracias—, refunfuñé tratando de poner mis pies en el suelo otra vez pero Vittore me sostuvo más cerca haciendo que mi estómago se revolviera y eso no me gustaba.

—O me dejas llevarte así o sobre mi hombro—, murmuró el italiano.

Estaba tomando mis oportunidades.

Moviendo de nuevo en su agarre intenté hacer que mis pies tocaran el suelo, pero creo que Vittore sabía lo que estaba pasando por mi mente porque lo siguiente que supe, mi cuerpo se estaba torciendo en su agarre hasta que me encontré sobre su hombro.

Vittore tuvo cuidado de no dañar mi lado izquierdo y no sabía si estar agradecida o maldecirle. Lo segundo parecía una mejor opción. Apoyé mis manos en la pequeña espalda musculosa que estaba oculta detrás de sus oscuras vestimentas. Me aseguré de evitar todo contacto con su... trasero.

Vittore empezó a caminar y mientras bajábamos por el pasillo, me impuse hacia arriba para que mis manos descansaran en su espalda e intenté deslizarme fuera del agarre que tenía sobre mis piernas. No era alguna muñeca que simplemente pudiera lanzar por ahí. Todo mi cuerpo cayó y la sorpresa me llenó cuando sentí un golpe en mi trasero.

—¿Acabas de...?—

—Compórtate tesoro,— gruñó Vittore.

—Oh, tienes el maldito descaro...— Continué murmurando bajo mi aliento, maldiciéndolo en varios idiomas escogidos mientras volvíamos al coche pero dejé mi cuerpo colgar inerte porque no quería que me golpeará de nuevo. Lo que no entendía es por qué no me molestó tanto.

Cuando llegamos al coche, Vittore abrió la puerta y me colocó en el asiento trasero y la cerró. Miré a Faye que tenía una sonrisa secreta en su rostro.

—¿Qué?— pregunté estrechando los ojos cuando su sonrisa se amplió.

—Oh, nada,— dijo Faye, volviéndose hacia el frente justo cuando Vittore se subía al coche. Me abroché el cinturón de seguridad porque nunca sabes cuándo puede pasar algo y Vittore salió del estacionamiento y hacia la carretera principal. Me recosté contra la ventana y miré hacia la calle mientras él conducía.

—¿A dónde vamos?— preguntó Faye a Vittore.

—Al ático,— respondió simplemente y Faye murmuró, yo siendo la única que estaba perdida.

Un dolor sordo había comenzado en mi cabeza y cerré los ojos para aliviar el dolor. Traté de no pensar en ello pero desde anoche, después de que Faye cortara mis preciosos rizos que tanto extrañaba, mis manos y pies se habían vuelto fríos.

Mantuve mis dedos juntos en mi regazo, tratando de obtener tanto calor como pudieran. Mi medicación estaba de vuelta en la mansión y sabía que tenía que conseguir más. Pero la pregunta era... ¿cómo? Mi cabeza estaba demasiado confusa como para pensar en algo y estaba esforzándome por mantener mi respiración uniforme con Vittore alrededor.

Él ya sabía que estaba enferma, pero no sabía de qué y eso me lo llevaría a la tumba. Los movimientos calmantes del coche me causaban entrar y salir de la conciencia. No estaba interesada en mantener mi cuerpo vulnerable en ninguna situación.

El coche se detuvo y mis ojos se abrieron casi inmediatamente, mirando alrededor. Nos habíamos detenido en... ¿un restaurante? ¿Qué...?

—¿Quieres algo, Dalia?— Faye preguntó, causando que frunciera el ceño por un segundo. ¿Vittore siquiera tenía efectivo? Yo tenía algo escondido en mi bolsillo pero...

—Eh... agua con hielo. Mucho,— dije lamiéndome los labios secos. No era saludable para mí estar tomando hielo en este momento, pero realmente lo quería mucho.

Vittore suspiró y saltó fuera del coche. Tan pronto como se fue, yo también salí a pesar de las protestas de Faye.

—Vuelvo enseguida,— le dije a través de la ventana, mirando alrededor. Tenía que encontrar una farmacia.

—Apúrate,— fue todo lo que Faye dijo y asentí, alejándome rápidamente del coche. Vi a un hombre sin hogar en la calle y me acerqué a él.

—Oye, tío. ¿Hay una clínica o farmacia por aquí cerca?— le pregunté y los ojos marrones opacos del hombre se dirigieron hacia mí. Me miró de arriba abajo, claramente inseguro. Saqué un billete de veinte dólares de mi bolsillo y lo agité en el aire.

—Indícame dónde están los centros de salud por aquí...— dije más despacio mientras sus ojos seguían el billete que estaba balanceando.

—Hay un pequeño hospital justo a la vuelta de la esquina,— dijo, sus dedos enguantados alcanzando el billete, pero lo retiré.

—¿Estás seguro? Porque si no está allí, te voy a joder,— dije completamente seria. Las posibilidades eran como una en un millón.

—Sí, sí, justo a la vuelta de esa esquina,— respondió, señalando hacia el lado izquierdo de la calle. Levanté la vista y suspiré, lanzándole el billete.

Empecé a caminar rápidamente hacia allá tanto como pude porque Dios sabe cuándo saldrá Vittore. Doblé la esquina y ahí estaba. Pequeño hospital mis narices. Este lugar era más grande de lo que había esperado. Aún así, caminé a través de las puertas principales y hacia la recepción donde una enfermera estaba sentada.

—Hey,— dije golpeando el escritorio. Ella levantó la vista y sus ojos se posaron en mi ropa ensangrentada y se ensancharon. Abrió la boca, probablemente para alborotarse por mí, pero le gané. —Pastillas de hierro y algunas pastillas anticonceptivas para durar un buen rato.

Era mejor si conseguía las pastillas para aliviar mi flujo. No necesitaba estar perdiendo más sangre de la que ya estaba y si mis cálculos eran correctos, la próxima semana iba a ser una perra.

—Lo siento. No puedo simplemente—

—¿Cuánto quieres?— le pregunté mirándola directamente a los ojos. Parecía halagarse. —Vamos, di el precio.—

—Doscientos,— susurró la enfermera inclinándose. ¿Ávida, verdad?

—Hecho,— dije y saqué el dinero que me quedaba, contando los doscientos y golpeándolos en el escritorio. Ella echó un vistazo alrededor, alcanzando el dinero, pero retiré mi efectivo.

—Las pastillas,— exigí mirándola fijamente y ella maldijo.

—Espera aquí. Vuelvo,— murmuró, echando un vistazo alrededor. Asentí, ocultando los billetes en mis manos mientras se alejaba de la estación y bajaba por el pasillo. Golpeteé mi dedo en el escritorio, la gente me lanzaba miradas mientras pasaban pero no decían realmente nada.

Todo este lugar solo me recordaba el tiempo que había venido con Violet y su mamá. Ella quería ser doctora para ayudar a gente como yo. Me pregunto cómo le irá en eso. No pasó mucho hasta que la enfermera regresó, entregándome una bolsa blanca. La abrí y me aseguré de que lo que necesitaba estuviera allí antes de poner el efectivo en sus manos y alejarme.

Salí rápidamente del hospital, mi cabeza comenzando a doler algo feroz. Mi corazón latía dolorosamente en mi pecho pero tenía que volver al coche. Parecía como si arrastrara todo mi cuerpo al coche y cuando me deslicé dentro, solté un respiro pero me quejé, sosteniendo mi pecho.

Escondí la bolsa detrás de mi espalda mientras intentaba recobrar mi aliento y detener a mi corazón de intentar matarme jodidamente. Las lágrimas se reunieron en mis ojos, una fluyendo por mi mejilla involuntariamente. Tenía que recomponerme. Vittore no podía encontrarme así.

Abrí ligeramente los ojos para ver a Faye quien me miraba, completamente en pánico.

—Estoy bien,— forcé, tratando de aliviar su preocupación pero estaba mintiendo.

Me estaba muriendo aquí jodidamente.

Me limpié la lágrima caída de mi mejilla, descartando todas las rutinas de respiración que había aprendido y jadeando por aire, mis pulmones ardiendo. Sentí una mano frotando círculos calmantes en mi espalda y usé el contacto como algo en lo que concentrarme mientras conseguía algún tipo de ritmo. Después de un rato, mi respiración no era tan mala.

—Vittore viene,— dijo Faye y me senté inmediatamente, haciéndolo parecer como si todo estuviera completamente bien mientras mi cuerpo gritaba. Faye hizo lo mismo y estaba tan agradecida.

La puerta se abrió y Vittore se deslizó, cerrándola mientras le entregaba a su madre una bolsa. Un vaso para llevar lleno de jugo fue extendido hacia mí. Lo tomé de Vittore, mis ojos cuestionadores en la parte posterior de su cabeza cuando se giró.

¡Pedí hielo!

¡Hielo!

El jugo estaba a temperatura ambiente. Ni siquiera frío.

Quería odiarlo por eso pero encontré mi pecho llenándose de gratitud. Comer y masticar mucho hielo había sido un problema cuando era más joven y en realidad era un signo de anemia por deficiencia de hierro. ¿Tengo arrepentimientos? No. La cosa era, tenía que tomar mis tabletas en ayunas, preferiblemente con vitamina C porque ayuda con la absorción.

Sorbí el jugo y el dulce sabor de las naranjas llenó mis papilas gustativas. Verificación de vitamina C.

Miré a Vittore a través del espejo retrovisor porque me había ayudado y estaba feliz de que lo hiciera. ¿Qué estaba tramando y por qué mi corazón se saltó un maldito latido?

35

Intenté no impresionarme con el edificio cuyo garaje acabábamos de estacionar pero no pude. Sabía que era de Vittore enseguida, ni siquiera necesitaba buscarlo. Era algo así como una empresa, Dios sabe qué hace con ella pero el edificio parecía que tenía más de 100 pisos y la iluminación que venía del vidrio era perfecta.

De nuevo, intenté no impresionarme.

Vittore y Faye salieron del coche primero y logré sacar dos pastillas de hierro, tragándolas con el último de mi jugo de naranja. En realidad, me sentía mucho mejor que antes. No genial, pero mejor. Escondí la bolsa de medicina bajo mi camisa mientras salía del coche, cojeando junto a Faye y Vittore.

¿Era yo o iban caminando más lento?

Suspiré, decidiendo que averiguar eso no era mi prioridad en ese momento. Llegamos a un ascensor y Faye presionó el botón para subir. También vi otro botón para bajar, sorprendida de que hubiera más niveles debajo de este piso. Una cosa era cierta. Iba a bajar allí uno de estos días. Esperemos que cuando mi pierna estuviera curada y pudiera correr cuando me notaran.

—Ve al piso 128. Te encontraré allí,— dijo Vittore una vez que las puertas del ascensor se abrieron.

Faye me agarró de la mano y suavemente me arrastró dentro con ella antes de que pudiera cuestionar a Vittore. Las puertas se cerraron y solté un resoplido, apoyándome en uno de los lados.

—Me alegro de que hayas logrado ir al hospital,— Faye de repente dijo y mi mirada se clavó en ella, los ojos bien abiertos.

—¿Qué...?—

—Oh, no te sorprendas tanto Dalia. ¿Cuáles eran las probabilidades de que el lugar donde nos detuvimos tuviera un hospital justo a la vuelta de la esquina?—

Los oscuros ojos de Faye me miraban y no podía decir nada porque estaba atónita.

—¿Sabías?— pregunté y asintió.

—No te veías tan bien anoche. Te desmayabas aunque no lo notarás,— Faye me dijo y tenía razón. Ni siquiera podía recordar todos los eventos de la noche anterior.

—Había visto ese tipo de cosas pasar antes, a alguien que alguna vez conocí. ¿Anemia?— preguntó.

—Sí. Anemia por deficiencia de hierro,— dije y solté un suspiro. —No se lo vas a decir, ¿verdad?— pregunté refiriéndome a Vittore. Faye negó con la cabeza.

—No lo haré pero... tú deberías. Esto es serio Dalia. En caso de que te lastimes te pones en riesgo.

—Sé esa Faye. Solo que...— Me paso una mano por la cara, mis dedos rozan mis nuevos rizos. —He estado ocultando el hecho de que estaba enferma durante tanto tiempo que simplemente no puedo... Tengo cosas que debo hacer. Cosas que me prometí a mí misma que haría y quizás, solo quizás, después de eso, mi alma estará más ligera pero hasta entonces... No sé.

—Lo entiendo, necesitas tiempo para aclarar tus prioridades pero mi consejo es que lo hagas rápido antes de que ya no puedas más—, me aconsejó Faye y yo asentí con la cabeza.

—Tomado en cuenta.

El elevador se detuvo en el piso 105 y Faye se bajó. Espera, ¿Vittore no dijo el 128?

—Este no es el piso...— Le dije, pero ella solo sacudió la cabeza.

—Este es mi piso. Lamentablemente, me bajo aquí pero... piensa en lo que dije.

Las puertas del elevador se cerraron y lo último que vi fue una pequeña sonrisa triste en el rostro de Faye. Los últimos días han sido un infierno, para ella y para mí. Creo que solo necesitaba algo de tiempo para calmarme y relajarme antes de volver a levantarme. Faye tenía razón. Necesitaba ordenar mis prioridades y la primera sería encontrar a mi donante de esperma y a mi incubadora.

Lo que vendría después... No tenía idea. Todavía estaría atascada con la mafia pero con los eventos actuales, eso no sonaba mal en absoluto. Solo esperaría hasta que el Cuervo Carmesí me contactara sobre nuestro próximo movimiento.

El elevador se abrió y salí a un hermoso penthouse. La pared del fondo era completamente de vidrio, el lugar decorado con marrones suaves y oscuros. Cojeé hacia adentro, sosteniéndome en uno de los sofás mientras miraba alrededor. Había una escalera de caracol a mi derecha que llevaba a los pisos superiores.

Pude ver un bonito balcón con una piscina y me prometí meterme en el agua alguna vez. Conociendo a Vittore, debería haber un jacuzzi en algún lugar. Cojeé hacia la escalera, subiendo lentamente. Tomó un tiempo pero una vez arriba, tomé un respiro profundo. El lado de este piso daba al salón pero tenía un largo pasillo opuesto a la caída.

Avancé por ahí, abriendo la primera puerta que encontré. Era un dormitorio. Entré para encontrar el baño, sin molestarme en cerrar la puerta mientras me quitaba los pantalones sangrientos y rasgados que llevaba, colocando mi bolsa de pastillas en el mostrador.

Abrí el botiquín y saqué el kit de primeros auxilios. Saqué todas mis pastillas de la bolsa de medicinas y las coloqué dentro del botiquín, ocultándolas detrás de muchas otras cosas allí dentro. Abrí el kit de primeros auxilios, sorprendida al encontrar un encendedor dentro. Lo utilicé para quemar la bolsa de medicinas que la enfermera me había dado, tirando las cenizas en el cubo de metal. No necesitaba ninguna evidencia de mis aventuras fuera del coche.

Cuando todo eso estuvo hecho, me subí al mostrador y me senté con las piernas colgando del borde. Me recosté en la pared, tomando unos cuantos respiros profundos. Esto realmente no era fácil.

—Esto sí que es una vista.

Abrí un ojo para ver a Vittore apoyado en la puerta.

—Vete—, le dije mirándolo con furia pero él simplemente se despegó de la puerta y se acercó a mí.

Él mayormente me ignoró, alcanzando el kit de primeros auxilios. Lo deslicé lejos de él y no sé cómo, pero al segundo siguiente, él lo tenía en su poder. Mis ojos perforaban su cabeza mientras intentaba alcanzar el kit otra vez. El problema era que el maldito bastardo era mucho más alto que yo, así que era inútil.

—Estás agotada, tesoro. Déjame ayudar—, dijo él, fijando su propia mirada en mí. Bufé pero no comenté. Estaba realmente cansada para ser honesta.

Vittore agarró una pequeña toalla de uno de los cajones y la mojó con agua del grifo. Se volvió hacia mi herida cosida y lentamente comenzó a limpiarla. Su otra mano, de la cual era muy consciente, descansaba en mi muslo derecho superior, todo mi cuerpo se estremecía por el simple contacto. Observaba sus manos mientras ellas gentilmente frotaban la sangre seca de mi herida y un calor se acumulaba en mi núcleo.

Luego sacó algo de algodón y alcohol y fruncí el ceño por el dolor cuando frotó mi herida. La sensación de ardor agudo se podía sentir hasta el cerebro, pero la mano de Vittore frotaba círculos en mi muslo y eso me distraía un poco.

Lo siguiente que hizo fue sacar vendas. Sus manos aterrizaron en mi cintura, empujándome más hacia atrás en el mostrador para poder levantar mi pierna. Mis ojos se agrandaron ligeramente y mi corazón golpeaba en mi pecho y no porque intentara matarme. A Vittore no parecía molestarle mientras envolvía la venda blanca alrededor de mi pierna, asegurándose de cubrir mi herida.

Me alegré cuando terminó y pensé que iba a retroceder cuando me tiró de las rodillas hacia el borde del mostrador. Nuestros cuerpos estaban tan cerca el uno del otro, mi pecho subía y bajaba por las respiraciones que intentaba tomar. Miré a los ojos de Vittore y los suyos bajaron a mis labios mientras él lamía los suyos. En ese punto, mi cerebro había olvidado el inglés básico y no podía soportar lo cerca que estábamos.

—Grazie (Gracias)—, susurré, bajando la mirada y recostándome un poco. Vittore rodeó mi cuello con su mano, usando su pulgar para girar mi cara hacia la suya.

—Cosa mi stai facendo (¿Qué me estás haciendo)?—, susurró y creo que tenía una idea de lo que hablaba pero no quería admitirlo. Al menos no en voz alta.

Vittore me estaba arruinando. Las paredes que intentaba construir a su alrededor se derrumbaban con un solo toque. Esto nunca me había pasado antes, nunca y pensé que era hora de dar un paso atrás.

—Ti dispiace (¿Te importa)?—, le pregunté señalando la puerta. Él captó la indirecta, separándose lentamente de mí y saliendo.

En cuanto se cerró la puerta, deseé no haberle pedido que se fuera. Suspiré, apoyando mis manos en el borde del mostrador. Todavía sentía hormigueo en todos los lugares que él había tocado.

Ese maldito italiano tenía mi mente hecha un lío. Odiaba gustarme eso de él.

36

Tomé una ducha, una fría.

Muy fría.

¿Ayudó?

No.

Nada lo haría en este punto. Pensaba en Vittore de maneras en que nunca había pensado en nadie.

Jamás.

Intenté distraerme cuando llegué al armario. Resulta que, esta habitación era ahora mía. Estaba viviendo en el mismo espacio que el hombre que me hacía cuestionar mi cordura y no me importaba en lo absoluto. El problema era que, la mayoría de la ropa no me quedaba. Los vestidos elegantes y con clase sí, lo cual era gracioso pero nada más.

Los sujetadores eran demasiado pequeños, no era mi culpa. Las camisas eran demasiado ajustadas, los pantalones, demasiado pequeños así que me había resignado a usar solo pantalones deportivos, como me gustaba. Me até mi cabello ahora a la altura de los hombros en un moño semi decente, mis flequillos cayendo en mi cara. Me gustaban. Faye realmente tenía talento cuando se trataba de cortar cabello.

Bajé de nuevo por la escalera de caracol a la cocina. Tenía hambre. Después de un bocado, dormiría porque lo necesitaba desesperadamente. Abrí la nevera y estaba totalmente abastecida pero no sabía qué quería. Evité mirar al congelador porque estaría demasiado tentada a simplemente masticar hielo y dormir.

Decidí por un sándwich y saqué lo que necesitaba. Freiría algunos huevos con esto si no

fuera tan perezosa en este momento. Estaba haciendo un sándwich cuando alguien entró a la cocina. Era Alexa. Su cabello castaño estaba suelto, cubriendo su cara pero no podía ocultar el ojo morado que tenía.

—¿Qué te pasó?— pregunté frunciendo el ceño. Ella levantó la vista y cuando me vio, suspiró cansadamente como si ni siquiera tuviera la energía para discutir o se estuviera conteniendo.

—Vittore—, simplemente respondió.

—¿Él hizo eso?— pregunté ligeramente orgullosa. Eso debió haber sido un buen golpe. Me pregunto si la noqueó. Yo la había golpeado antes. No parecía una tarea difícil.

—Sí. No estaba en la mansión cuando ocurrió el ataque—, dijo tomando asiento al otro lado de la barra.

—¿Y dónde estabas entonces?— pregunté.

—No es asunto tuyo—, replicó rápidamente, mirándome con furia. Levanté las manos.

—Como sea. Actúas como si al responder, me importara—, dije colocando la última rebanada de pan en mi sándwich. Alexa suspiró.

—¿Dónde está Vittore?

—¿Por qué necesitas saberlo?— pregunté cortando mi sándwich en triángulos.

—Bueno, tengo unos papeles para él. Su abogado no deja de joder llamándome y tengo cosas mejores que hacer.

Me reí entre dientes. —¿Tú? ¿Cosas mejores que hacer?

—No todos nos limitamos a sonreír a bastardos ricos y obtener lo que queremos. Algunos de nosotros tenemos que trabajar por ello—, espetó Alexa.

—¿Crees que solo con sonreír a un tipo vas a meterte en su cabeza?— pregunté con una rodada de ojos. —Se trata de seducción, manipulación. Si crees que lo tienes controlado, ve y sonríe a algún imbécil al azar pero no me llames para ayudar si la cagas.

Alexa parecía que iba a replicar cuando Maddox entró. No parecía mucho diferente de la última vez que lo vi. Me pregunto por qué estaba aquí. No lo había visto desde el golpe.

—¡Hola Dalia!— Saludó, con una sonrisa en la cara mientras se acercaba a nosotros. No correspondí su energía mientras mordía mi sándwich.

—¿Qué quieres Maddox?— preguntó Alexa, veneno en su tono. Yo solo rodé los ojos.

—Nada. Solo buscaba al jefe—, dijo, mirando alrededor.

—No está disponible en este momento. ¿Por qué no vuelven los dos más tarde? Preferiblemente cuando esté muerta—, dije lo último en voz baja porque no quería compañía en este momento. ¿Por qué la gente no entendía que después de derrotar a un equipo de asesinatos de la mafia y casi morir por pérdida de sangre, una chica necesitaba algo de tiempo para ella?

—Solo dile que pasé y que su abogado quiere saber cuándo quiere que se envíe el contrato—, dijo Alexa deslizándose de su taburete.

—¿Qué contrato?— pregunté, recordando vagamente a Vittore ofreciéndome otro contrato la vez que conocí a Faye.

—Eres super inteligente, ¿no? Descúbrelo—, gritó Alexa por encima de su hombro mientras se iba. Perra.

Todo lo que quedaba era un Maddox muy confundido.

—¿Qué? ¿Quieres que te eche?— pregunté mirándolo con furia.

—No, eh... solo quería preguntar cómo estabas—, dijo rascándose la nuca.

—Estoy viva—, respondí mordiendo otro pedazo de mi sándwich.

—Viva, cansada y en desesperada necesidad de estar sola—, presioné. ¿Es que no captaba la indirecta?

—Sí, sí... te veré por ahí—, dijo Maddox, dándome una pequeña sonrisa nerviosa y finalmente saliendo. Suspiré y terminé el último de mi sándwich.

Me preguntaba por qué la gente era tan difícil. Ya tenía mis prioridades claras y todos solo se entrometían en mi vida. Un cierto italiano más que otros. Mientras caminaba de regreso a mi nueva habitación, pensaba en todo.

En cuanto mi pierna se sintiera mejor, lo primero que iba a hacer era rastrear a mi familia y vengarme. Eso era lo más importante. Estaba segura de que después de eso, las cosas se calmarían para mí. Tendría un poco más de espacio para respirar hasta que el Cuervo Carmesí me contactara con nuestro próximo movimiento.

Una vez que Jordan estuviera muerto y todo estuviera resuelto, mi alma sería más ligera. No importaría si muriera inmediatamente después o si Vittore decidiera mantenerme en su mafia por el resto de mi vida, finalmente descansaría.

El único problema que veía en mis planes era el hombre que nublaba mis pensamientos. Era inteligente, eventualmente lo descubriría. Ocultarle todo lo que estaba haciendo a Vittore se derrumbaría en algún punto. La única forma en que podría asegurarme de conseguir lo que quería era incluirlo ligeramente en mis planes.

Eso significaba que tenía que ganarme su confianza, lo que sería difícil, y acercarme a él, lo que por alguna razón, hacía que mi corazón se acelerara al pensarlo. Podría entrar fácilmente en su cabeza y usarlo a mi favor, pero algo me retenía. Era esta pequeña sensación de torsión en mi estómago cuando pensaba en traicionarlo, en engañarlo como había hecho con todos los demás hombres en mi camino.

Simplemente no me parecía correcto jugar con sus emociones pero ¿qué más podía hacer?

En esta vida, siempre estás atrapado entre la espada y la pared. ¿Por qué me sentía mal por cavar el suelo para salir arrastrándome? ¿Por qué me sentía mal por la posibilidad de herir a Vittore cuando todo lo que había hecho era mantenerme en su mafia, un lugar en el que claramente no quería estar?

La cosa es que, si odiaba tanto a él y a su mafia, me habría ido. No lo habría ayudado a robar

a Elliot. De hecho, habría saboteado toda la misión y usado a los hombres que hablaban de mi donante de esperma para averiguar dónde estaba.

Habría, pero no lo hice.

¿Por qué no lo hice?

Podría ser ese feo sentimiento pequeño que había intentado enterrar. La sensación de ser deseada, de ser parte de algo. La naturaleza desinteresada que había sido marcada permanentemente en mi alma. Las pequeñas partes de lo inocente, hermoso y puro que después de todo este tiempo no se habían ido.

Estaba aferrándome a pajas cuando tenía la capacidad de simplemente arrancarlas y tomarlas como quisiera.

Supongo que cada vez que ponía una máscara dura, cada vez que actuaba como si no me importara nadie ni nada, estaba tratando de esconder a esa niña en el fondo de mi mente. La niña que quería sonreír y reír todos los días porque estaba libre de la oscuridad. La niña que quería encontrar a sus hermanos y abrazarlos con todas sus fuerzas, perdonarlos y conocerlos después de tanto tiempo.

La niña que no quería tener nada que ver con este maldito mundo de dinero, armas y drogas. La niña que quería llorar durante horas por todo lo que había pasado, todo lo que había visto y enfrentado. La niña que quería dejar entrar a alguien.

Eso es lo que quería.

Ser esa niña.

Esa niña hermosa, feliz, libre.

Pero no podía y dolía.

Dolía cada segundo de cada día y solo quería soltarlo pero ya había soltado antes.

Había dejado salir esa parte de mí feliz, inocente, aliviada y no salió tan bien como esperaba. Se volvió en mi contra y no quería sentir esa devastación otra vez. Esa pérdida completa de esperanza que aplasta tu alma. No podía pasar por eso otra vez.

Y no lo haría.

Solo tenía que mantener la máscara. Mantenerla y nada la atravesaría.

Jamás.

——Estamos fuera... No lo puedo creer——, jadeó la chica a mi lado. Se apartó el cabello negro de los ojos mientras la brisa lo movía.

Hice lo mismo con el mío, mirando la tierra que nos rodeaba. Era un campo llano en medio de la nada, pero podía ver el sol, el cielo azul, las nubes. Mis ojos dolían por la luz. Habíamos estado bajo tierra en la casa segura durante tanto tiempo y solo quedábamos seis de nosotras.

Seis de nosotras que habíamos escapado.

——Tenemos que irnos——, les dije a las otras chicas.

——¿Por qué?——, preguntó una rubia. Su cabello ni siquiera era rubio ya. Era marrón con suciedad. No estaba en mejor forma. —Estamos fuera. Jordan no puede alcanzarnos aquí. Lo logramos. Merecemos descansar.

——¿Crees que Jordan no sabe la mitad de las cosas que pasan en la casa segura? Saben que faltamos. Tenemos que correr. Ahora——, ordené.

——¿Quién murió y te hizo la maldita líder del grupo?——, me preguntó una de las chicas más altas acercándose a mí con una mirada desafiante. —Salimos. Eso es todo.

——Tiene razón. Tenemos que correr——, dijo otra chica de piel oscura asintiéndome. —Jordan es inteligente. Nos atrapará pronto.

——Bueno, yo me quedo aquí——, declaró otra chica rubia enojada, sentándose en el suelo.

Suspiré y retrocedí.

——Bueno, yo me voy. ¿Quién viene conmigo?—, pregunté.

Después de un rato, solo las cuatro que discutieron conmigo se quedaron. Continué con la otra chica de piel oscura y una con ojos verdes y la cara llena de pecas. Nos alejamos del drenaje por el que salimos hacia un pequeño pueblo. El lugar tenía pocas personas, todas las cuales nos miraban raro.

——¿Qué hacen tres damas tan bonitas por aquí viéndose así?—, dijo de repente una anciana con el ceño fruncido. Estaba parada frente a una pequeña posada de ladrillos. —Entren queridas, entren. No pueden andar por ahí así.

——Lo siento, señora. No tenemos dinero—, dijo la chica de piel oscura a mi lado.

——Oh, no importa. Las tres solo necesitan refrescarse—, dijo la anciana con una sonrisa y lo hicimos.

Nos bañamos con agua limpia por primera vez en lo que parecían años y comimos comida buena. Aprendí que los nombres de las chicas eran Evelyn y Arielle. Ellas estaban igual que yo cuando las entregaron. Solo tenían 14. Creamos lazos fácilmente, bromeando y riendo. Nunca me había sentido tan libre en mi vida.

——¿Qué creen que haremos después de aquí?—, preguntó Arielle, apartándose el cabello de la cara. En realidad era un marrón profundo que combinaba bien con sus pecas.

——No tengo idea, pero nos movemos por la mañana—, dije.

——Estoy de acuerdo. No podemos quedarnos en un lugar por mucho tiempo. Haremos que la anciana nos prepare algunas cosas y quizás viajemos al norte—, afirmó Evelyn.

——Me parece un plan——, dijo Arielle, con una sonrisa en el rostro. Yo también tenía una. Éramos libres.

——¿Y las otras cuatro chicas?——, preguntó de repente Evelyn. —¿Qué creen que harán?

——No es asunto nuestro. No se fueron cuando tuvieron la oportunidad. A esta hora, solo espero que los animales salvajes no hayan... no hayan...—— apenas pude sacar otra palabra mientras la somnolencia me golpeaba con fuerza.

——¿No hayan qué? ¿Dalia?

——No hayan... no hayan...

Todo pareció girar y en un segundo, quedé inconsciente.

Me desperté en una habitación oscura. La negrura que me rodeaba hacía que mi corazón latiera y mi pecho se agitara con pánico. ¿Dónde estaba?

——¿Evelyn? ¿Arielle?—— llamé, pero no hubo respuesta.

——¡Evelyn! ¡Arielle!

——Tus amigas parecen estar un poco noqueadas, parece.

Esa voz. Oh Dios, no. Por favor. ¡Escapamos! ¡Éramos libres!

——¡No! ¡No, no, no, no! ¡Vete! ¡Sal de mi cabeza!—— grité, enredando mis dedos en mi cabello y tirando con fuerza. Las lágrimas brotaron de mis ojos.

——Es un sueño. Solo es un sueño——, canturreé una y otra vez.

——Oh, no querida, no lo es. ¿Realmente pensaste que habías escapado? Simplemente fuiste directa a tu próxima prueba.

Una luz tenue se encendió en la habitación y abrí los ojos. Lo primero que vi fueron a Evelyn y Arielle encadenadas a la pared. Ambas estaban de rodillas, sollozando. Sus ropas estaban sucias y cada una tenía su cuota de moretones. Lo siguiente que vi fue un arma tirada en el suelo.

——Mata a una de ellas.

——No——, lloré. —Por favor, por favor.

——O matas a una de ellas y dos salen de la habitación o te matas a ti misma y las otras dos mueren contigo.

No podía dejar de llorar. Las lágrimas corrían por mi cara como cascadas y se me hacía difícil respirar.

——Hazlo ahora, mi preciosa Guadaña de Jade. Hazlo o las tres desearán la muerte.

Evelyn y Arielle me miraron con compasión incluso mientras lloraban a través de sus mordazas. Sabían que no tenía elección. Recogí el arma y estaba completamente cargada. Quité el seguro, apunté a Evelyn. Luego a Arielle.

——Eeny, meeny, miny, moe, ¿a quién va a disparar la Guadaña de Jade? ¿Será racista y disparará a la pobre chica blanca o evitará tener ese título marcado sobre ella y disparará a su contraparte negra? Cosas interesantes, te lo digo.

——Para——, lloré cuando oí la risa. Mi arma se movió entre las dos chicas con las que había

reído y bromeado antes. Ambas tenían tanto por vivir. ¿Acaso no todas? Hice que el arma apuntara al suelo.

——Bueno, qué aburrida eres.

Miré a las dos chicas. —Lo siento—, lloré. —Lo siento mucho, mucho.

Ellas negaron con la cabeza. No querían que les disparara. Yo tampoco quería, pero tenía que hacerlo. Levanté mi arma y dos disparos resonaron en el aire.

Arielle estaba muerta.

Pero Evelyn también.

——¡Mira eso! ¡Un giro doble! ¡Pequeña psicópata! ¡Les disparaste a ambas! ¿No querías vivir con la culpa que una te podría dar, verdad?

Caí de rodillas mientras un grito fuerte escapaba de mí. Miré los dos cuerpos sin vida frente a mí.

——Lo siento—, repetí una y otra vez. Alguien entró en la habitación, la gran puerta metálica se abrió de golpe. El arma fue arrancada de mi agarre mientras continuaba llorando.

——Te odio, Jordan—, le espeté, mirando fijamente al hombre responsable de mi miseria. —Te odio jodidamente.

——¿No lo hace todo el mundo?

Jadeé, mis ojos se abrieron de golpe. Me senté rápidamente en mi cama y me deslicé fuera, tambaleándome hacia el baño. Ni siquiera tres horas de sueño. Bolsas negras reposaban bajo mis ojos y mi camisa estaba mojada de sudor. Me quité el material pegajoso de la piel y lo lancé a algún lugar del baño. A cualquier lugar menos sobre mí.

Por eso no quería romper la máscara. Una vez fue suficiente.

Dos vidas perdidas fueron suficientes.

Ya no podía hacer esto.

Pero tampoco podía llorar.

Me senté en la esquina, con las rodillas en el pecho. Las sujetaba fuerte, cerca de mí. Ya había estado en esta posición antes, más tiempo y más veces de las que me gustaría admitir, pero cada vez, era como si una parte de mí se desvaneciera. Cada segundo que permanecía así, más me deslizaba.

Enterré la cabeza entre las rodillas, el sonido fuerte de dos disparos resonando en mi cráneo.

Solo quería que se detuviera. Quería que todo se detuviera por un segundo y me dejara tomar aire.

Solo un maldito segundo.

Salí de mi habitación y bajé a la cocina. Habían pasado dos semanas desde mi pequeño colapso, dos semanas desde que empecé a quedarme en este ático, dos semanas desde que me dispararon y dos semanas desde que vi a Vittore.

Odiaba admitir que lo extrañaba. Solo un poco, pero lo estaba evitando. No tenía idea de por qué, simplemente lo hacía. No tenía ganas de hablar con nadie, pero Maddox seguía viniendo e intentaba iniciar una conversación. Mayormente lo ignoraba porque no estaba de humor. Actuaba de forma extrañamente pegajosa y no me gustaba. Alexa también había aparecido en ocasiones y, a diferencia del pelirrojo, se mantenía callada y solo me hablaba si quería.

Lamento decir esto, pero parecía menos perra, lo cual era bueno para mi bienestar mental y físico. También para el suyo. Tenía ganas de golpear a quienquiera que me molestara.

Me sentí como si estuviera haciendo una caminata de la vergüenza, saliendo de mi habitación por primera vez en los últimos dos días. Había estado viviendo allí con snacks y jugo, pero anhelaba algo cocinado en casa y no tenía ganas de cocinar sola, así que fui en el ascensor y bajé al piso de Faye para estar con ella.

Sería bueno cambiar de escenario. Conocía cada centímetro del ático y honestamente estaba cansada de ello. Bajé en el piso de Faye y había tantas puertas que no tenía idea de hacia dónde debía ir. Una ama de llaves estaba empujando un carrito por el pasillo y la detuve.

—Oye, busco a Faye Cefalo—, dije y la ama de llaves pareció confundida por un segundo hasta que lo recordó.

—Habitación 1112, señorita.

Le agradecí a la ama de llaves y continué por el pasillo hasta que llegué a su habitación, tocando educadamente. Jugueteaba con el extremo de mi camiseta blanca mientras esperaba. Las había combinado con sudaderas azul oscuro y decidí ir descalza porque la mayoría de los zapatos proporcionados no me quedaban. Además, solo estaba visitando a Faye. Estoy segura de que ella

estaba en el mismo estado.

La puerta se abrió y tenía razón. La única diferencia era que sus sudaderas eran grises. Ella sonrió al verme.

—Hola, querida. ¿Cómo estás?— preguntó.

—Estoy bien, Faye,— respondí simplemente.

—Supongo que la mayoría de la ropa tampoco te quedaba,— dijo con una risa y asentí mientras me hacía pasar. Su lugar era más pequeño que el ático, pero el estudio aún era más grande que la mayoría. —¿Qué pasa?

—Eh... estaba medio sola en casa y me preguntaba si querías pasar un rato juntas, pero si estás ocupada-

—Oh no, Dalia. Literalmente tengo mucho tiempo libre. Como el resto de mi vida, ya que no hago mucho más,— dijo Faye y sus palabras fueron tristes de alguna manera.

—Genial. ¿Qué quieres cocinar?— pregunté.

—¿Qué deberías estar comiendo?— replicó, dándome una mirada seria.

—Puedo comer cualquier cosa en este momento. Estoy bien-

—Te pregunté qué se supone que debes comer, Dalia, no toda tu vida,— dijo Faye con un rodar de ojos, caminando hacia su cocina y abriendo su gran refrigerador. Suspiré.

—Carnes rojas y verduras verdes, mayormente,— respondí finalmente y Faye se animó, sacando un paquete del refrigerador.

—¿Estofado de carne?— preguntó y asentí. Eso sonaba genial.

—Ok, iba a hornear un pastel por el gusto de hacerlo, pero... deberíamos hornear unos

panecillos en su lugar, para el estofado y tal vez incluso hacer una ensalada de espinacas.

Parpadeé ante la mujer que estaba demasiado emocionada para comenzar a cocinar y una pequeña sonrisa se formó en mi cara.

—Eso suena a una comida completa,— dije y caminé hacia ella, justo notando toda la harina en la encimera y los ingredientes que estaba mezclando.

—Lo sé. Si hay algo de lo que nunca me canso, es de cocinar. Basta de demoras. Enciende el horno para que se caliente. Haremos los panecillos, los metemos, limpiamos y luego comenzamos con el estofado y terminamos con la ensalada,— rumoreó Faye y comencé a hacer mis tareas.

Faye era realmente una maniática del control cuando se trataba de sus ingredientes. Quería que sus cosas fueran precisas y si no lo hacías así, mentalmente te decapitaba como lo estaba haciendo ahora mientras yo mezclaba la masa.

—Faye, lo tengo,— le dije mientras se cernía, dejándome apenas espacio. Cuando habíamos hecho galletas esa vez, estaba más relajada, pero ahora, es como si quisiera saltar sobre mí y hacerlo todo ella misma.

—Lo sé, lo sé,— murmuró apartándose. Hubo un golpe en la puerta y ella fue a contestar, y la voz inconfundible de Alexa filtrándose por el apartamento mientras yo agarraba una bandeja para hornear para colocar la masa.

Faye regresó a la cocina con Alexa a sus talones.

—Dalia, supongo que conoces a Alexa, ¿verdad?— preguntó Faye, ayudándome con las bandejas.

—Desafortunadamente,— murmuré y Alexa se apoyó en uno de los mostradores. Parecía relajada hasta que me vio aquí.

—Tu moretón se ha ido,— dije viendo cómo su cara parecía más clara. No se había puesto maquillaje en absoluto y en realidad se veía muy bonita.

—Tu cojera se ha ido,— replicó Alexa.

—¿Por qué estás aquí?— pregunté, queriendo saber genuinamente.

—Oh, Alexa viene todo el tiempo, querida. Es una excelente compañía,— dijo Faye.

—Lo dudo mucho,— dije entre dientes.

—En realidad, vine a hablar con Faye, no contigo, Dalia,— Alexa espetó y me sorprendí por un segundo.

¿Sabía mi nombre? Nunca lo había dicho antes. Estaba segura.

—Bueno, tu triste culo me encontró aquí, ocupada si no te diste cuenta,— dije y sonreí con dulzura. Alexa sonrió de vuelta.

—Por qué pequeña-

—¡Chicas!— Faye chasqueó. —Este no es el momento para pelear, ¿ok? Solo quiero que cocinemos algo. Juntas. Como un equipo, así que por favor, dejen la pelea para otro momento.

La bandeja con la masa de los panecillos fue tomada de mis manos y vi a Faye ponerla en el horno.

—Alexa, agarra algunas verduras y empieza a cortar. Dalia, consigue la carne y algunas especias para sazonar.

Seguí las instrucciones de Faye y abrí un cajón que estaba lleno de especias. Faye solo seleccionó tres tipos diferentes, pero yo abrí todas, oliéndolas una por una y apartando las que esperaba que usáramos.

Regresé a Faye que casi había terminado cuando puse las seis nuevas especias diferentes que había conseguido en la encimera. Me miró y luego a mí.

—¿Qué?— pregunté.

—Son demasiadas,— dijo sacudiendo la cabeza y yo rodé los ojos.

—Nunca son demasiadas las especias. Créeme. He cocinado estofado antes,— murmuré, recordando vagamente cocinar con mi madre y mi hermana. Todo parecía un sueño. Faye me dejó hacer lo que quisiera y en medio de la cocción, Alexa recibió una llamada.

Eché un vistazo hacia mí y luego caminé por el pasillo hacia una habitación aislada y contestó. Me pregunté con quién estaría hablando pero deseché el pensamiento rápidamente. No me importaba. Regresó después de un rato, su cara carente de emoción como si tratara de esconder algo.

Su teléfono sonó una vez más y esta vez cuando miró, una mueca se asentó en sus rasgos.

—Vittore quiere verte,— dijo, girándose en mi dirección.

—¿Yo? ¿Por qué?— Había logrado evitarlo fácilmente durante dos semanas y, para ser honesta, tenía miedo de cuál sería su reacción completa a eso.

—Ni idea. Está en su ático,— dijo Alexa guardando su teléfono. Bufé y me giré hacia Faye, quien me dio una sonrisa alentadora.

—Vamos. Todavía estaré aquí cuando regreses,— dijo, dándome una palmadita en la mejilla. Asentí y salí de su apartamento.

Caminé con pereza hacia el ascensor, lo tomé y subí al ático. No vi a Vittore en ninguna parte, así que me dirigí al estudio donde esperaba que estuviera. Abrí la puerta sin molestarme en llamar porque sabía que me estaba esperando y ahí estaba él, vestido más casualmente de lo que lo había visto nunca.

La camiseta blanca que llevaba puesta se estiraba contra su estructura muscular y contrastaba con su cabello negro como el carbón. Sus ojos oscuros se elevaron para encontrarse con los míos y me hizo señas para que tomara asiento en una de las sillas y lo hice.

—Alexa dijo que querías verme?— pregunté, queriendo que fuera al grano. Vittore deslizó

un montón de papeles hacia mí y cuando los miré, todo mi cuerpo se congeló.

—Es el nuevo contrato que quería que firmaras,— dijo Vittore con naturalidad pero no había nada tranquilo en esta situación.

Mis manos temblaban ligeramente mientras cogía los montones de papeles y los revisaba. Los únicos espacios abiertos eran los que necesitaba firmar.

—¿No puedes estar en serio?— dije en voz baja, mirando entre él y los papeles. Volví a la primera página de nuevo, observando las grandes letras negras en negrita que cambiarían mi destino.

—¿Un contrato matrimonial?

Un maldito idiota.

Eso era lo que era este hombre.

Un maldito idiota italiano.

—¿Qué... por qué?— pregunté completamente desconcertada. ¿Un contrato matrimonial? ¿En serio? Me dejó sin palabras.

Yo. Sin palabras.

El infierno sinceramente se ha congelado.

Vittore suspiró. —No revisaste el contrato original que Matteo usó para comprarte a tu padre. Algunos de los términos son permanentes.

—Pero tú eres el Don de esta maldita mafia. Simplemente puedes... liberarme,— dije, balbuceando lo primero que me vino a la mente.

—No es tan simple. Esta mafia está llena de hombres muy poderosos, hombres que saben acerca de ese contrato, Matteo se aseguró de eso. No puedo simplemente dejarte ir, aunque ellos no te hayan visto ni conocido. No quiero que comiencen un golpe de estado y tener que disparar a la mitad de mi mafia. Eso solo enviaría esta ciudad al caos,— explicó Vittore.

Sus palabras sonaban ciertas, había oído hablar de familias mafiosas que fueron traicionadas por los suyos. Por lo general eran los hombres de confianza, así que eso explica por qué Vittore no tenía uno. Yo tampoco confiaría en sus traseros.

—Pero.. pero...

—El contrato solo dura cinco años, tesoro. Después de eso, se te dará suficiente libertad para vivir tu vida como desees. He revisado cada detalle y no hay escapatoria,— explicó Vittore con calma.

¿Cómo? ¿Cómo podía estar calmado en un momento como este?

Abrí los papeles de nuevo, mirándolos cuidadosamente pero sin leer realmente porque estaba en demasiado shock.

—No tengo que darte un heredero ni nada por el estilo, ¿verdad?— pregunté, dejando que un leve pánico se colara en mi tono. No iba a tener un hijo.

—A menos que eso sea lo que desees,— dijo Vittore con un tono sugerente. Levanté la vista hacia él y fruncí el ceño, pero a él no pareció afectarle.

Sentí como un peso me arrastraba hacia abajo y el mundo comenzó a girar. Cerré los ojos por un segundo antes de abrirlos de nuevo para procesar todo. Dios, ¿qué le pasa a este maldito italiano?

—Oye,— levanté la vista una vez más hacia Vittore, cuyas cejas estaban juntas. Parecía preocupado. —No tienes que decidir o firmar nada ahora, te doy un mes.

¿Un mes?

Era mucho tiempo. Aunque realmente necesitaba ese mes. De verdad que lo necesitaba muchísimo.

—Mientras tanto, tengo que presentarte al resto de los altos mandos de la mafia y me acompañarás en algunas misiones,— dijo Vittore apoyándose en su escritorio y entrelazando los dedos.

—¿Por qué?— pregunté, queriendo quejarme.

—Porque quiero que mi gente se acostumbre a ti en caso de que decidas firmar el contrato. Serás la Doña. Mi Doña.

—No lo digas así,— respondí bruscamente, levantando un dedo. Mi estómago se llenaba de mariposas y sentía un revuelo que me daba náuseas. ¿Pero qué carajos es esto?

—Mira Vittore, yo... yo... lo pensaré, ¿vale? Ahora no puedo lidiar con esto,— dije suspirando y pasando una mano por mi cara, sintiendo el peso del papel en mi mano más pesado.

Quiero decir, tendría sentido, ¿no? Me acercaría a él como quería y saldría de esta mafia más rápido. Tenía 19 años, cuando el contrato terminara, todavía tendría toda mi vida por delante, pero con el entrenamiento que tenía y las vidas que seguramente tomaría, un estilo de vida mundano parecía tan aburridamente aburrido.

Me levanté de la silla y Vittore no me detuvo ni me llamó cuando salí. Primero fui a mi habitación, mirando los papeles antes de esconderlos detrás de mi mesita de noche. Los revisaría bien más tarde, pero aún estaba cocinando la cena con Faye hace unos momentos, así que volví en el ascensor a su piso.

No me molesté en llamar a su puerta y simplemente entré. Ella notó mi estado de ánimo y me dio una palmadita consoladora en la mejilla.

¿Qué haría sin esta mujer?

—¿Dónde está Alexa?— pregunté, notando que Faye estaba sola.

—Se marchó, tenía cosas que hacer. Vamos, cariño. ¿Ponemos la mesa, sí?

—Sí, claro,— murmuré y la ayudé a limpiar el lugar y a poner la mesa.

—Dalia, por favor revisa el guiso. Lo dejé hirviendo por un rato,— dijo Faye mientras colocaba unas tazas. Asentí y la dejé en la sala, revisando el guiso que sabía increíble. Gracias a mí, por supuesto.

Después de eso, volví a ayudar a Faye, notando que habíamos preparado tres asientos. Probablemente Alexa volvería. Suspiré. No me caía bien esa tipa para nada. A la mierda con conocerla mejor. Ha sido tan jodidamente grosera conmigo desde que llegué. Que se ahogue en su propio ego, por lo que a mí respecta.

Ayudé a Faye a sacar los panecillos del horno y colocarlos en la mesa.

—¿Quién más viene?— pregunté a Faye. La mujer mayor abrió la boca para responder cuando hubo un golpe en la puerta. Sonrió y fue a abrir.

—¿Qué te he dicho sobre siempre llegar tarde? Debiste estar aquí hace diez minutos,— se oyó decir a Faye. Sacudí la cabeza hacia ella, rezando por la pobre alma al otro lado.

—Lo siento, mamá. Simplemente tenía muchas cosas en la cabeza y perdí completamente la noción del tiempo.

No me jodas. ¡Acabo de huir de este tipo! Me pidió que me casara con él hace como media hora.

—Entra, pero la próxima vez no seré tan clemente,— dijo Faye y escuché a Vittore entrar y la puerta cerrarse.

Cuando crucé miradas con Vittore una vez que entró, fui la primera en apartar la vista. Faye actuaba y hablaba como si no notara la tensión en absoluto. Todos estábamos sentados en la mesa, Vittore frente a mí y Faye en la cabecera, comiendo el guiso y el pan. Cosas simples, realmente.

—Esto está genial, mamá,— de repente dijo Vittore. —¿Probaste algo nuevo?

—No. Fue Dalia quien cocinó,— dijo Faye como una madre orgullosa. Los ojos de Vittore se elevaron para encontrarse con los míos, pero volví a mirar mi plato y no a él.

Estuvimos dolorosamente callados después de eso hasta que creo que Faye tuvo suficiente y dejó caer su cuchara ruidosamente.

—¿Qué pasa con esta tensión? Vittore, ¿no le pediste que se casara contigo? ¿Dijo que no? Dalia, hálbame porque esta comida es para disfrutar no solo de la comida, sino de la compañía y odio que ustedes dos no estén en la misma página. Son uno en lo mismo. No deberían estar peleando,— dijo Faye y mis ojos se abrieron de par en par mientras Vittore soltaba un suspiro.

—Mamma-

—¡Cállate!— Faye cortó a Vittore, haciéndome parpadear. —Están siendo inmaduros. Ambos. ¿No ven las señales?!

Faye parecía querer golpearnos con una cuchara.

—¿Qué señales?— pregunté.

—Las señales... todo el incidente la última vez y cómo reaccionaron ambos, sobre todo tú Vittore y luego está el contrato de matrimonio y las miradas y la evasión de contacto visual...

Fruncí el ceño y honestamente, Vittore parecía tan confundido como yo. ¿De qué estaba hablando? Viendo nuestra reacción a sus palabras, la mujer mayor suspiró en derrota.

—Me rindo. Sois ambos unos idiotas. Idiotas. No podéis ver lo que tenéis delante,— dijo Faye, dejándome aún más confundida pero cambió de tema.

Me pregunto sobre qué estaría hablando.

40

La cena de ayer terminó bien. Vittore y yo tomamos el ascensor juntos para llegar a este piso y nunca me había sentido más claustrofóbica en mi vida. Su presencia ocupaba todo el espacio pero lo soporté.

Hoy, me dirigí a su oficina. Dijo algo sobre una misión que quería que lleváramos a cabo con Alexa y Maddox, quienes ya estaban aquí. Fui la última en llegar y con buena razón. Me acosté tarde, leyendo cada una de las palabras del contrato de matrimonio.

Dos veces.

Todo parecía legítimo y era un buen trato. Todo lo que Vittore quería de mí era lealtad a la mafia y a él para que la imagen de la familia Martinelli no se destruyera. Realmente no me importaba. No iba a estar con nadie más pronto.

Empujé la puerta de su oficina y no me sorprendió ver que habían comenzado a planificar sin mí. Simplemente rodé los ojos y me paré al lado de Maddox y escuché lo que Vittore estaba diciendo.

Algo sobre encontrar a un tipo llamado Sante Di Laura. Era el jefe de los Vipers, la mafia que había atacado pero Sante se estaba escondiendo en ese momento. Nuestro objetivo era su mano derecha.

—Espera un segundo. ¿Quieres que yo haga qué?— pregunté a Vittore y él me miró. Pude decir que estaba conteniendo un suspiro.

—Lesedi Khumalo. Ese es la mano derecha de Sante. Es un estafador de Sudáfrica pero hace aproximadamente una década, se abrió camino aquí y, por supuesto, Sante se interesó en él,— explicó Vittore.

—Entonces quieres que lo seduzca con el encanto africano con el que obviamente nací—

Alexa tosió en ese momento pero aún así continué. —pero el problema es que no sé nada sobre la cultura sudafricana que estoy segura le encontraría interesante. Mis padres son ambos de algún lugar de África Oriental.

Al menos eso creía. Nunca hablaron de nada antes de mudarse a Inglaterra y luego aquí. Mi incubadora se metió inmediatamente en la moda y mi donante de esperma haciendo lo que sea que hace. ¿Cómo es que aún no sé a qué se dedica? Probablemente debería averiguarlo. Pero después de que tuvo éxito, se mudaron de Inglaterra y se establecieron en Santa Pores. Yo tenía como seis u ocho años en ese momento.

—La única manera de que me acerque a él es teniendo el atuendo más zorra que puedas encontrar para mí y el acento americano más sexy que pueda fingir,— murmuré para mí misma, principalmente.

—¿Alguien dijo zorra?

Lily entró al cuarto, arrastrando un perchero de ropa. Se puso recta, una amplia sonrisa en su cara. Su cabello rubio estaba recogido en una cola de caballo apretada y llevaba un corto vestido amarillo mono. Sus ojos se movieron hacia Maddox, quien tenía una mirada indiferente en su cara.

—¿Entonces, qué look buscas?— preguntó, apartando los ojos del pelirrojo y mirándome a mí. —Por cierto, me debes 50 dólares. ¿Sabes lo difícil que fue sacar la mancha de sangre del vestido de encaje blanco?

—Lo siento por eso,— dije sin sentirlo realmente. No me importaba.

—Estoy segura de que no lo sientes...— dijo Lily en voz baja.

—Lesedi ama el golf. Está hospedado en uno de los hoteles cerca del campo de golf y según algunos espías que envié antes, tiene un sistema que parece no romper,— Vittore empezó.

—Ok, ¿entonces con qué estamos trabajando?— pregunté, apoyando mis manos en la mesa.

—Sale de su apartamento a las 9 am. Hay dos guardias estacionados en la puerta, tanto por dentro como por fuera. Alexa irá como la empleada que viene a limpiar su habitación de 9:10 a 9:30 am,— explicó Vittore.

—Eso me da un margen de veinte minutos para sacar a los guardias y desactivar cualquier tipo de alarma o vigilancia oculta en las habitaciones,— dijo ella sacando un plano del aspecto general de los apartamentos.

—¿Y qué hay de los guardias en la puerta? Si Lesedi vuelve, obviamente sabrá que han desaparecido,— afirmé.

—Ahí es donde entro yo,— dijo Lily en voz alta, acercándose a mi lado. —Conseguiremos a cuatro hombres con una constitución y tamaño similares y haré su maquillaje para que parezcan algo similares y evitar levantar sospechas.

—Ok, ¿y qué hay de Lesedi?— pregunté.

—Él estará con otro guardia que lo recibe en el ascensor,— dijo Vittore. —Para evitar sospechas, no vamos a alterar nada con él. El guardia va a escoltar a Lesedi al campo donde se encontrará con su chica caddie. Se llama Khloe, tiene 17 años y según lo que logramos obtener de ella, Lesedi no conoce el significado de la palabra espacio personal.

—¿Cómo es ella?— pregunté y me deslizaron un papel. Una chica morena bonita con ojos marrones miel me devolvía la mirada. Bonita.

—Entonces, ¿le gustan menores?— murmuré.

—Ese es tu trabajo. Tendrás que encontrar la manera de llevarlo a su habitación,— dijo Vittore y sonaba como si le costara decir cada palabra, como si el ácido gotease de ellas.

—Puedo hacerlo,— dije suavemente, observando cómo las manos del italiano se cerraban en puños.

—Tengo el atuendo perfecto,— dijo de repente Lily. —Cuanto más vulgar, mejor, ¿verdad?

—Exactamente,— afirmé señalándola. —¿Y Maddox?

—Él estará vigilando, siguiéndote mayormente a ti y a Lesedi para evitar cualquier contratiempo en el plan,— me respondió Vittore.

—Tengo el mismo trabajo que la última vez,— suspiré.

—Bueno, cuando eres el más joven, te tocan los trabajos que nadie quiere,— dijo Alexa.

—¿Soy el más joven?— pregunté sorprendido mirando a Alexa. —¿Cuántos años tienes?

—Tengo 22.

—¿Qué?!— pregunté sorprendido. Actuaba como si tuviera 16.

—¿Y tú cuántos años tienes?— le pregunté a Maddox.

—27,— respondió.

—¿Y Lily?

—24.

—¿Qué demonios, hombre?— pregunté. Era el único adolescente y el más joven. Vittore tenía 23, lo supe por Faye, así que él también era uno de los más jóvenes, pero Maddox. Tenía 27. Alucinante.

—Entonces, ¿cuándo va a suceder todo esto?— pregunté, cambiando el tema.

—Mañana, así que sugiero que todos descansen,— dijo Vittore recogiendo los planes que habían sido desplegados sobre la mesa.

—Espera, ¿y tú qué vas a hacer?— le pregunté, dándome cuenta de que no había dicho nada sobre su participación en el plan.

—Tengo unos asuntos que atender y me uniré a ustedes cuando pueda,— dijo y nos asintió antes de irse. No pregunté más porque sabía que no me diría nada.

—Dalia, ven conmigo. Deberíamos trabajar en lo que vas a usar,— dijo Lily y la seguí fuera de la habitación.

Mientras tanto, una idea comenzó a gestarse en mi mente. Apuesto a que Lesedi sabía algo sobre mi padre y iba a sacarle información cuando tuviera la oportunidad, pero había algo que me molestaba.

Alexa tenía 22.

41

Me bajé la pequeña falda blanca que supuestamente debería cubrir mi trasero. Juro que cuando Lily dice vulgar, lo dice en serio. Mi cabello estaba en una cola de caballo, mis rizos cayendo sobre mi frente. Me encogí de hombros, intentando ajustar la ajustada camiseta negra que empujaba mi pecho hacia arriba y marcaba mis curvas.

Suspirando, me rendí y simplemente me apoyé contra el pilar fuera del edificio donde se suponía que Lesedi me encontraría. Lo único en lo que podía pensar era en la mirada que Vittore me dio al ver lo que llevaba puesto. Al principio, simplemente se congeló y sus ojos recorrieron mi cuerpo de una manera que me hizo querer retorcerme, pero luego frunció el ceño enojado y se volteó y se fue.

Esa fue la última vez que lo vi desde el viaje de tres horas hasta aquí. Lily y Alexa me despertaron a las 4 de la maldita mañana para llegar aquí. Ni siquiera había dormido tanto, pero tenía suficiente energía para continuar con el resto de mi día.

Bostecé, completamente aburrida de toda esta espera. Cerré los ojos e intenté encontrar un poco de paz. Hacía tiempo que no meditaba, honestamente. La última vez que recuerdo, estaba en el techo del centro comercial, justo antes de que Vittore me encontrara y el idiota del chico del pollo probablemente me salvó de algunos moretones.

—Lo siento, Sr. Khumalo, pero Khloe no está disponible hoy. Su abuela murió y fue a su funeral la semana pasada, pero aquí está Katie. La trajeron de uno de los clubes de campo del norte hace unos días y todos dicen que es un encanto.

Me erguí y forcé una sonrisa educada en mi rostro mientras Lesedi y el hombre mayor que, supuse, dirigía la mayor parte del asunto, se acercaban a mí. Lesedi no estaba tan mal. Pómulos altos y una figura delgada, sí parecía un conquistador.

—Hola, Sr. Khumalo. Soy Katie Johnson,— dije con acento americano. Los ojos de Lesedi recorrieron mi forma y no se podía negar el entusiasmo que se insinuó en su postura y, a diferencia de Vittore, su presencia me repugnaba en extremo.

—Todo está bien, Michael. Me llevo a Katie,— dijo dándole una palmada en la espalda al hombre mayor. Él sonrió y yo devolví la sonrisa.

—Sin problema, Sr. Khumalo. ¿Katie? Consigue un carrito y ponte en camino,— dijo Michael, demasiado ansioso por hacer que Lesedi se fuera.

—Claro. Si tan solo me sigue, Sr. Khumalo,— lo saludé con la mano y giré, dirigiéndome al carrito que me habían dado. Lesedi me siguió y añadí un poco más de contoneo a mis caderas por si acaso.

Me subí al carrito de golf con él justo detrás y nos fuimos.

—Ya he empacado todo lo que necesitas, Sr. Khumalo. Si tienes algún problema, solo dímelo y lo solucionaré lo más rápido posible,— dije alegremente. ¿En serio tenía que mantener esto durante una hora?

—¿Cuántos años tienes, Katie?

—Apenas cumplí 17 la semana pasada, señor,— dije estacionando en nuestra primera parada y saliendo del carrito, notando cómo sus ojos se quedaban en mis muslos. Jodido pedófilo.

Saqué la bolsa con sus palos de golf y fuimos al punto de partida. Hice lo que hace una caddie, de lo cual no tenía ni idea. Solo improvisaba, pero Lesedi parecía no darse cuenta, así que simplemente continué con ello. Cada vez que conseguía un hoyo en uno, aplaudía y le agarraba el antebrazo, apretando fuertemente y soltándolo.

Y vaya si lo notaba.

La hora se pasó más rápido de lo que imaginaba y Lesedi se volvía cada vez más atrevido. Cuando me dio una palmada en el trasero, tuve el súbito impulso de arruinar todo el plan y matarlo yo misma, pero noté a otro hombre siguiéndonos a distancia, probablemente su guardaespaldas. Eso me dio una idea.

—Eh... Sr. Khumalo, señor?— pregunté con timidez, acercándome a él para que nuestros cuerpos se rozaran. Necesitaría una exfoliación completa después de esto.

—Sí, Katie?— susurró acercando su rostro al mío.

—Hay este tipo que nos ha estado siguiendo todo este tiempo y no me gusta,— susurré con un temblor en mi voz. Lesedi soltó una carcajada y yo hice un puchero.

—Es solo mi guardaespaldas,— respondió el idiota satisfecho. Retrocedí un poco y lo miré con ojos grandes e inocentes.

—¿Tu guardaespaldas? Debes ser muy importante,— dije tomando un rizo de mi cola de caballo y enrollándolo alrededor de mi dedo.

—Lo soy. Trabajo con hombres muy peligrosos.

—¿En serio?— pregunté agarrándome de su brazo y forzándolo a mirarme. Por la forma en que su mirada bajó a mi pecho, sabía que lo tenía. —¿No te da miedo?

—Soy fuerte como el acero, mi pequeña gota de chocolate.

¿Su pequeña qué? ¿Qué clase de apodo es ese?

—¿Gota de chocolate?— pregunté con una risita ligera.

—Sí. Oye... ¿qué te parece si nos vamos de aquí?— preguntó Lesedi jalándome hacia el carrito.

—Pero no has terminado,— dije con un lamento mientras me arrastraba.

—La próxima vez terminaremos, pero por ahora, quiero que vayamos a hacer algo divertido...

Lesedi se subió al asiento del conductor y arrancó el carrito de golf, conduciendo tan rápido como podía, de vuelta a la zona del hotel. Su mano aterrizó en mi muslo y el deseo de arrancársela y quemarla era fuerte, pero la dejé ahí. No importa cuán incómoda estuviera, tenía que quedarse ahí.

Regresamos al hotel y me arrastró a través del lujoso vestíbulo hasta el ascensor. Todo el tiempo yo estaba riendo y preguntándole a dónde íbamos, pero él mantenía los labios sellados. Llegamos al ascensor y él presionó el botón con entusiasmo y esperamos. Realmente esperaba que Alexa estuviera lista.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, cuatro personas, una familia, salieron riendo entre sí y, por un segundo, el déjà vu me golpeó de lleno en la cara antes de que me arrastraran al interior del ascensor y las puertas se cerraran. Un segundo después, Lesedi presionó su cuerpo contra el mío en el lado de la pared.

Acercó sus labios y yo moví mi cabeza hacia un lado, riendo ligeramente.

—Sr. Khumalo, no podemos hacer esto,— dije juguetonamente empujándolo, aunque todo lo que quería era patearlo en los testículos.

—¿Y por qué no?— preguntó acercándose para otro beso que esquivé.

—Porque estamos en un ascensor,— ronroneé y pasé una mano por su pecho. —Si llegamos a tu habitación, estaría más que dispuesta.

Eso fue todo lo que tomó para que me soltara y me arrastrara en dirección a la habitación en la que rezaba que estuviera Alexa. Pasamos por dos guardias en la entrada y él asintió con la cabeza y se fueron. Cuando entramos, había dos más y él asintió para que se fueran, lo cual hicieron.

Una vez que la puerta se cerró, mi espalda fue empujada contra ella y la mano de Lesedi fue directa a la piel debajo de mi falda. Lo empujé, esta vez con más fuerza y él volvió hacia mí con más fuerza de la que anticipé, dándome una bofetada en la cara.

Algo detrás de nosotros cayó. Ambos nos giramos para ver a Alexa en un traje de mucama recogiendo una lámpara.

—¿¡Qué demonios haces aquí?!— Lesedi chasqueó y ella fingió tartamudear mientras yo me alejaba del hombre enojado, agarrando una decoración al azar y golpeándolo en la cabeza con ella. Me moví al lado mientras su cuerpo caía hacia atrás y suspiré aliviada al notar que estaba inconsciente.

Miré el arma en mi mano. Era una especie de jarrón redondo elegante. Lo dejé caer al suelo y rodó a algún lugar. Mi mejilla ardía y estaba segura de que las huellas de sus dedos se verían en unos minutos.

—Bueno, te tomaste tu dulce tiempo,— murmuré a Alexa quien parecía un poco shockeada.

—¿Estás bien?— me preguntó y la miré con una expresión extraña.

—Claro que sí. ¿Por qué no estaría?— dije rodeando el cuerpo de Lesedi para poder levantarlo.

—Bueno... te golpearon y casi te agreden sexualmente,— Alexa dijo lo obvio.

—Lo sé. No es la primera vez y definitivamente no será la última, así que ¿podrías ayudarme con este tipo antes de que Vittore aparezca o él despierte?— le pregunté señalando a Lesedi.

Alexa parecía triste y shockeada por un segundo antes de salir de su aturdimiento y ayudarme a levantar su cuerpo hacia una silla y atarlo con tiras de las sábanas que acabábamos de romper. Él se movió cuando estaba atando sus piernas así que supuse que pronto despertaría.

La puerta se abrió y Maddox entró. Miró hacia mí y luego a Lesedi, a quien habíamos atado.

—Buen trabajo, rápido,— dijo y yo me encogí de hombros. Realmente no había sido un trabajo tan difícil. Lesedi solo quería algo en donde meter su pene.

—¿Te han golpeado?— Maddox preguntó, intentando girar mi cara hacia un lado, pero yo le aparté la mano de un manotazo.

—No me toques—, espeté, sin estar de humor para que otro par de manos me tocaran.

—Lo siento.

Rodé los ojos y me alejé de él.

—Solo voy a ir a mear...— Maddox dijo con incertidumbre y salió de la habitación, tratando de encontrar el baño. Noté a Alexa en su teléfono y sus cejas se fruncieron en ira y preocupación.

—Volveré—, dijo ella y también salió de la habitación, dejándome solo a mí y a Lesedi, que estaba despertándose lentamente. Sonreí y me acerqué hasta estar en su campo de visión.

—Hola, Lesedi. Estás a punto de sentir mucho dolor. Y me refiero a mucho. Prepárate, mi pequeño bombón. Las cosas solo se ponen más difíciles desde aquí.

42

??? POV

Me senté en el escritorio de mi oficina en casa, saboreando un vaso de vino Château Lafite Rothschild. Suspiré contento, inclinándome hacia atrás en mi asiento y girando la bebida en mis manos. Todo iba según lo planeado y eso era todo lo que necesitaba.

Mi teléfono sonó y sonreí. Por fin.

Lo cogí.

—¿Qué tienes para mí?— pregunté a la persona del otro lado.

—He estado tratando de acercarme a ella tanto como pude, señor, pero es más dura de lo que pensé.

—Lo sé. Debe serlo. He estado haciendo muchas verificaciones de antecedentes sobre ella—, dije, pasando por las diferentes pero borrosas fotos de chicas. Lo único que sabía era un lugar al que llamaban la casa segura. No tenía idea de qué hacían allí, pero iba a averiguarlo.
—Lo único que necesitas saber es que su nombre no es Dalia, como me dijiste.

La única Dalia que pude encontrar en mis registros era la hija de Andre Gates, que había muerto hace tiempo. El multimillonario no parecía importarle mucho. Podía verlo cuando lo visité en su casa. Solo prefería a los dos mayores.

—¿No lo es?

—No. Es algo más. Descubre qué es.

—Sí, señor.

—¿Algo más?

—Estamos en el club de campo ahora mismo, como dijo, señor. Van a presionar a Lesedi para obtener información.

—Y debes asegurarte de que consigan suficiente para matar a Sante. No quiero que arruine mis planes. Si es necesario, mátalos tú mismo.

—Lo que usted diga, señor, pero... ¿y sobre Lesedi? No podemos permitir que se suelte...

—No te preocupes por él. Tengo a alguien que se encargará de eso—, dije, tomando un sorbo de mi vino. —¿Y ese chico, Vittore?

—Es más discreto que Dalia, señor. Guarda sus secretos muy cerca.

—Pero no por mucho—, murmuré con una sonrisa malvada. Iba a romper a ese pequeño mierda y sabía justo cómo hacerlo. No importa en qué vida vivas, no importa si es frío y sin emociones como una piedra, tenía un punto de quiebre. Algo que lo hacía débil y yo sabía cuál era.

La familia Martinelli se derrumbaría bajo mis manos, eso era seguro, y los Ravens tomarían el control y serían la mafia más poderosa del mundo. Este personaje de Dalia me ha dado el avance que necesitaba.

—Tengo que irme, señor.

—Ve y no me decepciones—, dije.

—No lo haré.

La línea se cortó y coloqué mi teléfono de vuelta en el escritorio. Levantándome, me estiré y los huesos de mi espalda crujieron. Salí y vi a mi esposa, su cabello rojo recogido en un moño, luciendo un sexy conjunto de lencería azul. Me lamí los labios mientras ella se acercaba y rodeaba mi cuello con sus brazos.

—Andre ha estado llamando y es jodidamente molesto—, susurró, comenzando a plantar besos en mi cuello.

—Nunca ha sido de los que se ocupan de sus propios asuntos. Me ocuparé de él más tarde, pero ahora... te tengo a ti—, le dije de vuelta a la hermosa mujer frente a mí, levantándola para que rodeara mi cintura con sus piernas.

Ella gimió cuando moví mis caderas y besé su pecho mientras nos dirigíamos a nuestra habitación.

Las cosas estaban mejorando para mí y eso era algo que me gustaba. Estaba demasiado metido como para caer ahora y seguro que no me derrumbaría. El mundo de la mafia ahora era mi pieza de ajedrez y estaba moviendo cuidadosamente las piezas para llegar a Vittore, el rey.

Era demasiado joven para estar en la posición en la que estaba y el hecho de que la había mantenido desde una edad tan temprana de 18 años no me hacía feliz. Tareas tan importantes no deberían dárseles a niños que no tienen puta idea de lo que están haciendo.

Iba a cambiar eso.

Y lo estaba haciendo a mi manera.

43

Lesedi era un hueso duro de roer, eso se lo concedo. Vittore se alejó de él una vez más, suspirando cansadamente y limpiándose los nudillos ensangrentados con un pañuelo blanco. Lo único que quería saber era dónde estaba Sante, pero creo que Vittore disfrutaba demasiado lastimándolo. Mayormente después de haber visto la marca en mi mejilla que se estaba desvaneciendo y yo había tartamudeado.

Mirando hacia atrás, solo podía retorcerme.

Alexa y yo esperábamos a que Vittore llegara y cuando la puerta se abrió de golpe, el hombre en cuestión entró y Maddox apareció de repente desde la otra habitación. Miró a Lesedi y luego al resto de nosotros. Vittore deambuló por la habitación hacia la mano derecha del clan Víbora, sus ojos encontrando los míos y luego cayendo en mi mejilla.

Cambio de dirección.

Como antes, acunó mi cara y la giró hacia un lado y todo su cuerpo se tensó de ira, el tipo de ira que hace que todo pensamiento racional además de tu objetivo se derrumbe.

—¿Qué pasó?— preguntó y supe entonces y allí, no podía decirle que Lesedi había metido su mano por mi falda. El pobre hombre moriría antes de ser torturado.

—Yo... yo uh... nada?

¿Qué diablos fue eso?

Bueno, después de eso las cosas se complicaron pero como dije, Lesedi se negó a hablar. Alexa se aburrió y estaba viendo la tele pero Maddox se quedó, observando todo.

—Deja que yo intente algo—, dije con entusiasmo, acercándome a Lesedi con un brillo en mi ojo. Honestamente quería golpearlo por golpearme y por lo inapropiado que fue con

—Katie—. Apenas tenía 17 años, por Dios. Cuando estuve cerca, Lesedi me miró fijamente a través de su ojo hinchado y estaba seguro de que había miedo en su mirada. Me gustó eso.

El brazo de Vittore se deslizó alrededor de mi cintura y me atrajo hacia atrás. —No.

—¿No? ¿Por qué no?— pregunté, sin moverme realmente de la posición en la que estábamos. Levanté la mirada hacia él y arqueé una ceja.

—No estoy seguro de que puedas contener tus ganas de matarlo—, dijo Vittore y no estaba equivocado, honestamente. Me acerqué más a él y parpadeé inocentemente.

—No lo haré. Lo juro—, dije inocentemente, incluso parpadeando mis ojos.

Vittore se acercó, su boca acercándose a mi oído. —Bonito intento.

Bufé cuando se alejó y le hizo señas a Maddox para que lo siguiera. Pretendí ir con ellos también pero una vez que estuvieron más adelante, volví con Lesedi, cerrando la puerta pero dejando una rendija para escuchar si alguno de ellos volvía.

Caminé hacia Lesedi hasta que estuvimos cara a cara.

—Andre Gates.

Los ojos de Lesedi se abrieron de par en par ante el nombre y después de un rato, soltó una risa. Una risa triste, rota, dolorosa pero a la vez llena de diversión.

—¿Qué querría una pequeña asesina con un hombre de poder como ese?— preguntó, su acento sudafricano más marcado con la cantidad de dolor que estaba en.

—Me debe algo y me gustaría mucho cobrarlo. ¿Qué sabes de él?— insistí. Parecía dispuesto a hablar de todos modos.

—Si supiera algo útil, no te lo diría,— balbuceó, escupiendo sangre de su boca al suelo. —Pero me caes bien, así que te diré esto. Es un hombre peligroso, uno que daría cualquier cosa, incluso a su propia familia, para conseguir lo que quiere.

—Oh, lo sé. Solo quiero saber cómo puedo encontrarlo—, dije, poniéndome de pie y cruzando los brazos.

—Necesitarías su ayuda—, dijo señalando la puerta con la cabeza. —Y su confianza. Algo de lo que estoy seguro que no posees ninguno de los dos—, Lesedi rió. —Nunca podrías siquiera llegar a estar en el mismo-

La ventana detrás de nosotros se rompió, estallando en pedazos mientras Lesedi se sacudía en su silla. Cuando lo miré, había un agujero de bala en medio de su cabeza, la sangre había salpicado en mi ropa y en los objetos detrás del hombre ahora muerto.

Me tiré al suelo mientras otra bala rompía el vidrio y entraba en la habitación, reptando hasta la puerta. Vittore ya estaba allí y me levantó y sacó de la habitación. Me di la vuelta a tiempo para ver a alguien en la habitación de enfrente, recogiendo su rifle.

—¡La habitación de enfrente!— grité, yendo hacia la puerta.

—¡Tesoro, espera!— Vittore gritó detrás de mí, pero yo ya estaba corriendo hacia la puerta para encontrar a la persona que me había costado respuestas.

La ira fluía por mis venas pero no dejé que me consumiera, tejiendo a través de los pasillos, chocando ocasionalmente con la gente. Cuando alcancé la habitación, la puerta estaba entreabierta pero vi la sombra de alguien doblando la esquina. Lo seguí.

Finalmente, tenía a mi objetivo a la vista. Todo lo que podía ver era una cabeza rapada de cabello marrón y un tatuaje en la nuca. Ignorándolo, continué mi persecución. El hombre en cuestión echó un vistazo atrás, su mandíbula cincelada se tensó cuando me vio en persecución. Entró en una habitación al azar y lo seguí, una pareja desnuda en la cama gritando mientras el asesino vestido de negro comenzaba a lanzarme objetos.

Esquivé la mayoría de ellos, pero una maceta rozó mi brazo, desviándome un poco, dándole suficiente tiempo para saltar por la ventana abierta.

Lo seguí, la caída a un balcón en el nivel de abajo, aterrizando e intentando rodar pero mi espalda golpeó la barandilla. Un golpe aterrizó en mi vientre y gemí pero agarré el pie cuando volvió, tirando del pie para que el asesino cayera al suelo. Lo monté y rodeé mi brazo alrededor de su cuello, apretando.

Hice una mueca al sentir un dolor agudo en mi brazo, viendo que el asesino había apuñalado mi mano. Retrocedí, asegurándome de patearlo en la cabeza y me puse de pie. Lo enfrenté y él levantó los brazos, su cara en una mueca de desdén. Lástima. En realidad era bastante guapo.

Envié un puño a mi cara, que esquivé y comenzamos a intercambiar golpes. Era realmente un buen luchador, conseguía dar muchos puñetazos, uno que aterrizó en mi mejilla que Lesedi había golpeado. Logré empujar al asesino al suelo y finalmente distinguí el tatuaje en la nuca pero él agarró mi tobillo y me tiró hacia abajo.

Me golpeé la cabeza contra el borde de una de las mesas y todo se volvió oscuro por un instante. Mi respiración era el ruido más fuerte a mi alrededor mientras me quejaba y me giraba sobre mi espalda, todo mi cuerpo dolorido. Sentí que alguien se subía a mi regazo y unas manos rodeaban mi cuello, apretándolo y bloqueando mi aire.

Mi cabeza estaba embotada y el aire que perdía ahora no ayudaba. Alcé los brazos y le metí los dedos en los ojos al asesino y él gritó. Tirando de la última adrenalina en mi cuerpo, lo empujé lejos de mí y me puse de pie usando el borde de la mesa que estaba seguro iba a ser mi perdición.

Pateé al asesino en el estómago mientras intentaba levantarse y retrocedió tambaleándose, cayendo por la baranda al suelo a cientos de pies más abajo. Me arrastré hasta el borde para ver su cuerpo muerto siendo arrastrado fuera del césped por un equipo vestido de negro.

Después de eso, mis piernas cedieron y me tumbé en el suelo, completamente agotada.

—¿Tesoro?!

—¿Vittore?— murmuré confundida mientras me levantaban del suelo. —No, no, estoy bien.

—¿Bene?! No podía encontrarte y maldición, estaba preocupado...— murmuró el italiano pero era como si estuviera bajo el agua.

—Habla inglés,— murmuré, recordando algo. Intenté salir del agarre de Vittore pero él no lo permitía, sosteniéndome más cerca de su cálido cuerpo.

—Raven... Vittore, vi un cuervo... un tatuaje... en la nuca—, susurré, manteniendo los ojos cerrados debido al martilleo en mi cráneo. Escuché a Vittore maldecir en italiano entre dientes

pero estaba perdiendo lentamente la consciencia.

—No, tesoro, mantente despierta. No puedes dormirte—, un voz profunda retumbó, aunque no pude reconocer de quién era.

—Estoy cansada—, le respondí, esperando que entendieran.

—Tienes una lesión en la cabeza, es mejor que te mantengas despierta—, respondió la voz. Murmuré, pero estaba tan herida. Solo necesitaba dormir.

—Voy a dormirte. Lo siento—, dije a quienquiera que estuviera hablando.

—No te duermas-

Me fui antes de que pudieran terminar.

44

—Vittore, estoy bien—, gruñí al italiano que me rondaba mientras me apartaba del lado de la cama del hospital.

El señor grande, malo y aterrador me había llevado hasta la enfermería del hotel. No sé exactamente cómo consiguió un médico, pero con el miedo que irradiaban las personas que se acercaban a nosotros, sospechaba que no era por medios pacíficos.

Vittore murmuraba protestas entre dientes mientras me ponía de pie y cuando extendió sus brazos para volver a ponerme en la cama, no sería la primera vez, aparté sus brazos de un manotazo.

—Por el amor de Dios, dijeron que estaba bien. Solo una lesión menor en la cabeza y algo de pérdida de sangre mínima. Eso es todo—, argumenté. Sí, para mí la pérdida de sangre mínima era mucho. Estaba pensando en las pastillas que ahora estaban en el penthouse y que desesperadamente necesitaba tomar.

Vittore rodó los ojos y decidí cambiar de tema antes de que las cosas se pusieran feas.

—¿Qué significa? El Cuervo—, pregunté.

—Los Cuervos son una pequeña mafia que ha estado operando desde hace unos años. Todavía están mayormente en la etapa de reclutamiento—, me contó Vittore y asentí saliendo de la enfermería, asegurándome de que las personas evitaban mi camino.

—Si todavía están en la etapa de reclutamiento, ¿cómo son tan escurridizos? Convencieron a Sante para atacar y mataron a Lesedi—, suspiré. Él iba a darme la información que necesitaba también.

—Su Don no muestra mucho su cara, pero lo he visto una o dos veces—, dijo Vittore mientras nos acercábamos más y más a la habitación del hotel donde Alexa y Maddox estaban

esperando.

—Bien, entonces solo lo encontramos, lo matamos y ¡pum! Caso cerrado—, dije, frotándome las manos.

—No es tan simple—, Vittore me recordó y yo rodé los ojos. —El Don de los Cuervos siempre está oculto. Nadie sabe realmente dónde está a menos que él quiera ser encontrado.

—Entonces vamos a por Sante, ¿no? Eso es lo que estoy escuchando—, comenté mientras Vittore me abrió la puerta del apartamento y entraba.

—Sí, y tengo un plan—.

—¡Dalia!— Mis ojos se abrieron mucho cuando Lily vino hacia mí para darme un abrazo pero retrocedí y caí justo contra el pecho de Vittore. Sus manos aterrizaron en mis hombros para estabilizarme mientras sostenía una mano hacia la rubia efusiva.

—Aquí la herida, cariño—, dije señalando el vendaje en mi cabeza y el que rodeaba mi mano donde ese desgraciado me había apuñalado.

—Oh... cierto. Lo siento—, murmuró Lily con un rubor y dio un paso atrás.

—¿Dónde has estado de todos modos?— pregunté porque estaba segura de que se suponía que debía estar aquí con nosotros cuando estábamos obteniendo información de Lesedi.

—Le dije que distrajera al guardia de Lesedi—, dijo Vittore y fue entonces cuando me di cuenta de cuán cerca estábamos. Su aliento me rozaba mientras hablaba y podía sentir el retumbo en su pecho en cada palabra. Rápidamente me aparté hacia un lado pero hice que el movimiento fuera lo más discreto posible.

—¿Y cómo te fue?— le pregunté, acomodándome en uno de los sofás. Honestamente, quería arrancarme el uniforme de chica caddy que todavía llevaba puesto.

—Está muerto, así que...—, murmuró Lily y se sentó a mi lado. Alexa estaba en el balcón, hablando en voz baja por teléfono para que ninguno de nosotros captara las palabras que decía y Maddox estaba desaparecido.

—¿Dónde está Maddox?— pregunté.

—Limpia el cuerpo—, dijo Vittore y sacó su teléfono del bolsillo, desplazándose por algo, sus ojos oscuros clavados en la pantalla. Espera... no clavados. Entrecerrando los ojos. Eh.

—Hablando de limpiar el cuerpo—, empecé. —El del tipo que mató a Lesedi fue arrastrado.

—Eso se esperaba. Yo no dejaría evidencia detrás—, murmuró Lily y se recostó en el sofá, un suspiro escapándose de sus labios mientras masajeaba sus dedos.

Vittore maldijo en italiano entre dientes y mis cejas se levantaron ante el lenguaje sugerente antes de que caminara hacia las puertas que llevaban a uno de los dormitorios. Suspiré y me levanté después de un rato, siguiéndolo. Lentamente abrí la puerta, viéndolo teclear furiosamente en la pantalla.

—¿Algo mal?— pregunté entrando y cerrando la puerta para que los demás no pudieran escuchar la conversación.

—Los Cuervos atacaron uno de mis envíos—, gruñó, pasando una mano por su cabello. —Acabo de perder 5 millones en malditas drogas.

Miré al italiano con cara de póker. —¿No están tus cuentas bancarias en cientos de miles de millones o algo así?— pregunté casualmente.

—Lo están pero ese no es el punto—, dijo y yo pausé por un segundo. ¿Lo estaban? —Él atacando lo que era mío es una clara señal de que está poniendo a prueba mi liderazgo.

Parpadeé, sentándome en la cama mientras observaba a Vittore clavar la vista en su pantalla.

—No sabía que las mafias también tenían como un puto código de hermanos o algo así de regla—, dije en voz baja porque lo que acababa de decir parecía ridículo. Aún así, quería venganza.

—Mira, simplemente se la devolveremos. Tomaremos algo de él que le importe—, comenté al azar con un encogimiento de hombros.

—Tomaremos a su esposa—, murmuró Vittore para sí mismo, las ruedas girando detrás de sus ojos oscuros. No pude evitar reír.

—¿En serio? Es un Don de la mafia con todo el dinero que podría desear. Su esposa no significa nada para él. Nada. Hombres como él probablemente tienen amantes en marcación rápida. Es solo otro Matteo.

—No tomamos a su esposa porque él la aprecie, sino porque necesitamos una espía—, señaló Vittore.

—Te escucho—, murmuré, apoyando los brazos detrás de mí en la cama. Esta idea parecía mejor que la mayoría.

—Claro, su esposa no estaría dispuesta a revelar información sensible sobre él y no podemos simplemente enviar a una chica a acostarse con él porque estoy seguro de que es lo suficientemente inteligente como para no revelar sus secretos a una mujer al azar—, comenzó Vittore.

—Entonces enviamos a una doble. Parece la solución más lógica—, agregué con un asentimiento de cabeza. —Primero, ¿cómo es su esposa, dónde suele ir... necesitaríamos tanta información sobre ella para realmente organizar algo—.

Ese era el problema. Parecía mucho trabajo.

—Pondré a Maddox y a Alexa en ello—, murmuró, casi para sí mismo.

Suspiré. —Pero ese plan es algo malo. Les tomaría semanas obtener alguna información—.

—Bueno, en esas semanas, encontraremos a Sante y nos ocuparemos de él y de los hombres de su mafia, y luego está la convención de mafias—.

—¿Las mafias tienen convenciones?— pregunté, imaginándome algo así como un baile con gente vestida de negro.

—Una vez al año como una forma de mantener la paz con todos los líderes diferentes y poderosos de los países—.

—Eso es una tontería—, comenté con un giro de ojos. —¿La gente realmente espera que eso funcione?

—No, pero es el mejor lugar para hacer alianzas con diferentes grupos. Hice la mayoría de las mías allí—.

—Entonces... ¿El Don del Cuervo estará en esta... convención?— pregunté y Vittore suspiró.

—Esperemos. No muchos van—.

—Está bien, probaremos nuestra suerte. ¿Cuándo es?

—Cuatro semanas, más o menos. Nunca tienen el mismo día por razones de seguridad—.

—Entonces iremos juntos...—, comencé pero Vittore negó con la cabeza.

—Solo puedes ir conmigo si eres mi Doña—, me dijo y mi boca se abrió ligeramente.

Claro. Eso está.

—¿Seguro?— pregunté sentándome más erguida y apoyando las manos en mi regazo.
—¿No traen los Dons simplemente a sus amantes y ya está?

—No. Es un evento estricto, solo Dons y Doñas. Además...—, Vittore se acercó más, inclinándose para apoyar sus manos en la cama a cada lado de mi cuerpo, mirándome de cerca a los ojos. —El único que te llamará puta será yo cuando vengas suplicando por lo que tu cuerpo obviamente desea, tesoro—.

Vittore levantó la mano y la colocó en mi mejilla, su pulgar acariciando mi labio inferior. Sus ojos oscuros seguían sus acciones mientras tiraba ligeramente de mi labio con el dedo. Mi corazón latía fuertemente en mi pecho y todo mi cuerpo se había calentado con el contacto.

Espera un maldito minuto.

Mis sentidos volvieron a mí y me deslicé hacia atrás en la cama, rodando hacia el otro lado, poniéndome de pie. Estaba un poco sin aliento y mi mente estaba en desorden mientras estaba de pie sobre rodillas débiles.

—Yo... voy a irme ahora—, dije rápidamente mientras Vittore lentamente se enderezaba. Luego corrí fuera de la habitación.

Alexa y Lily estaban hablando pero se detuvieron cuando me vieron prácticamente corriendo hacia el baño.

—¿Estás bien, Dalia?— llamó Lily.

—¡De maravilla!

45

—Dalia!— Faye gritó felizmente al abrir su puerta. Avanzó para abrazarme y yo envolví mis manos alrededor de ella también.

—¿Qué pasó?— preguntó la mujer mayor, mirando el vendaje en mi cabeza y el que tenía en la mano.

—Perseguí a algún asesino y él dio una buena pelea—, dije y ella suspiró, invitándome a pasar.

—Odio que te hagas daño con estas cosas—, dijo ella, acomodándose en uno de sus sofás y empujándome para que me sentara con ella. —No deberías estar allí fuera en absoluto.

—Sí debería. Soy útil—, simplemente dije, haciendo que Faye suspirara.

—Bueno, ¿al menos aprendiste algo?— preguntó, y yo negué con la cabeza.

—Vittore no obtuvo las respuestas que quería, pero creo que encontró un resquicio para sortearlo, todavía no me ha contado su plan.

—Oh, vale. Supongo que eso es suficientemente bueno—, murmuró Faye pasando sus manos por el vestido verde con estampado de sol que llevaba puesto.

—¿A dónde vas?— pregunté luego, notando cómo ella se había maquillado y todo. Yo llevaba unos simples jeans negros y una camiseta de manga larga gris claro, con unas Jordan blancas.

—Solo iba a dar un paseo por la zona recreativa de este edificio—, respondió Faye levantándose.

—¿Este edificio tiene una zona recreativa?— pregunté confundido.

—Sí. De hecho, varias. Te llevaré a mi favorita. Vamos—, la mujer mayor me persuadió y me levanté, siguiéndola hacia la puerta porque de todas formas no tenía nada mejor que hacer.

Entramos al ascensor y lo configuró para el último piso.

—Matteo heredó este edificio de su padre y lo reinventó un poco—, comenzó Faye y las puertas del ascensor se abrieron en el techo. Salí y quedé un poco asombrado. —Esto, de todas las cosas que hizo, fue mi favorito.

El lugar parecía un parque. Caminos de adoquines atravesaban césped cuidadosamente cortado y arbustos de flores hacia diferentes gazebos o simplemente áreas para relajarse. Había gente alrededor, hablando y riendo, algunos mirando por la barandilla la impresionante vista abajo. El sol estaba alto en el cielo, lanzando sus rayos hacia abajo y calentando el lugar de una manera agradable.

—Guau—, dije en voz baja.

—Lo sé—, dijo Faye con una sonrisa pícaro. —Hay más.

Seguí a Faye por el camino de adoquines, la gente saludándola y sonriéndole. Era como caminar al lado de la princesa Diana o algo así.

Faye se detuvo en un gazebo que realmente parecía una especie de mini bar. Había un chico con cabello rubio sucio trabajando allí y cuando nos sentamos en los altos taburetes bajo la sombra de su sencillo techo, él se giró, una sonrisa adornando su rostro.

—¡Faye! Hace mucho que no te veo—, dijo el rubio con un fuerte acento australiano.

—Joey—, Faye lo saludó con una sonrisa. —Es agradable verte de nuevo.

Joey soltó una carcajada y sus ojos marrones miel se movieron hacia mí. —¿Y esta belleza?— preguntó dándome una cálida sonrisa que yo devolví.

—Oh, ella es Dalia. Espero que sea mi futura nuera—.

—¿Qué?— pregunté a Faye, sin escuchar lo que había dicho después de mi nombre porque lo había susurrado bajo su aliento.

—Oh, nada querida. Joey, ¿te importa traernos dos jugos de naranja?— Faye pidió y Joey asintió, alejándose de nosotros. —Hice algunas lecturas sobre la anemia por deficiencia de hierro mientras estabas fuera y cómo ayudar tanto como pueda.

Miré a Faye, quien tenía tanta determinación en su voz. —¿Lo hiciste?

—Sí y no te preocupes. Estaba haciendo una dieta completa para que te pongas al día con las cosas—, agregé sin saber cuánto me emocionaba el gesto.

—Eh... gracias—, murmuré y sacudí la cabeza, cambiando el tema. —Cuéntame más sobre este lugar.

—Bueno, me alegra que lo preguntes—, Faye comenzó, sin notar el cambio. —Este lugar es genial. Realmente deberías venir aquí por la noche. Los caminos están iluminados, los árboles tienen luces de hadas en ellos y cuando llueve, se presiona un botón y una cubierta de cristal envuelve el lugar en un domo. Cuando Vittore era joven, solía amar venir aquí...

Me desconecté ligeramente cuando Faye mencionó a su hijo. Imaginar al señor grande, malo y aterrador aquí, disfrutando del sol y corriendo era algo raro para mí. Todo lo que veía era al intimidante italiano que hacía que mi cerebro se convirtiera en papilla y mis piernas se debilitaran. Era tan oscuro... tan pecaminoso... tan tentador y yo-

—¿Dalia?

—¿Eh?— pregunté en voz alta mirando a Faye, quien negó con la cabeza.

—¿Tienes algo en mente? Pareces distraída—, notó mientras Joey ponía nuestras bebidas junto a nosotros, Faye dándole un rápido gracias mientras yo trataba de no morir internamente.

Estaba teniendo pensamientos muy inapropiados sobre su hijo mientras ella estaba frente a mí. Oh Señor.

—Oh, eh... es nada—, traté de disimular.

—Es mi hijo, ¿verdad?— preguntó con una ceja levantada y traté de no mostrar mi sorpresa o mi mueca. ¿Ella sabía? —Debes estar preocupada por el contrato de matrimonio, ¿cierto?

Me reí nerviosamente. —Sí, el contrato de matrimonio. Me tiene un poco distraída.

Oh gracias a Dios. No lo sabía.

—No hay nada de qué preocuparse. Es un buen chico, confía en mí. No siempre lo fue, pero supongo que crecer lo enderezó un poco—, dijo con tristeza en su tono.

—Basta de mí o de Vittore. Me estabas contando sobre este lugar,— dije, tratando de retomar la conversación anterior.

—Ah sí. ¿Ves allí?— Faye preguntó señalando detrás de mí. Me giré para ver un gran espacio de césped, realmente sin nadie en absoluto. —Eso fue como un fallo en el plan para este techo y yo quería que Matteo pusiera una estatua de un elefante allí.

—¿Una estatua de un elefante?— pregunté confundida.

—Sí, como esas cosas metálicas que la gente hace todo el tiempo—, afirmó la mujer mayor.

—¿Por qué?

—Bueno, los elefantes tienen las madres más protectoras del planeta. Las manadas de hembras y crías suelen viajar juntas en un círculo con el miembro más joven en el interior, protegido de los depredadores. Si un niño se convierte en huérfano, el resto de la manada lo adoptará y supongo que eso es lo que quería representar aquí—, explicó Faye y yo fruncí el ceño, sin saber cómo aplicaría. Al ver mi expresión, Faye suspiró.

—Son las mujeres de esta mafia, Dalia. Las mujeres que nunca han sido apreciadas, desechadas y expulsadas como si fueran alguna especie de máquinas de reproducción. Supongo que solo quería que cada mujer que se uniera y se sintiera... poco importante o inútil. Quería que supieran que en algún lugar, de alguna manera, de manera pequeña, hicieron una diferencia. Son las hembras que protegen a los jóvenes de la manada de los depredadores o en mi caso, yo

protegiendo a mi hijo de su padre. No hice un muy buen trabajo, quiero decir, mira a Vittore. Ese tipo de naturaleza sin emociones no viene de la nada y desearía haber hecho más. Por él y por su hermano.

—¿Vittore tiene un hermano?— pregunté sorprendida, mi mente aún procesando las profundas palabras que Faye acababa de decir.

—Medio hermano, pero sí. Su madre fue asesinada por Matteo, así que intenté adoptarlo pero-

Gaspeé, levantándome cuando un líquido rojo frío se derramó por mi camisa. Levanté la vista hacia Maddox, quien tenía una mueca en su rostro.

—¡Maddox!— espeté y un rubor se elevó en las mejillas del pelirrojo.

—Lo siento mucho. Vi a las dos aquí arriba y solo quería decir hola pero...

—Genial—, bufé, sacudiendo mi camisa que ahora estaba manchada de rojo. ¿Qué jugo era este de todos modos? —Te veré después, Faye. Solo voy a cambiarme.

—Te esperaré, querida—, me dijo ella y me giré.

—Ahora Maddox, no puedes simplemente andar por ahí, caminando a tu antojo. Mira lo que le hiciste a Dalia—, escuché a la mujer mayor regañando mientras me alejaba más.

—Lo siento Faye. De verdad lo siento, no fue mi intención.

Eso fue lo último que escuché antes de presionar el botón del ascensor. Las puertas se abrieron unos segundos después, la gente saliendo mientras yo entraba, presionando el piso de Vittore. Estaba sola en el ascensor, así que me quité la camisa que había comenzado a pegarse de forma desagradable a mi piel, dejándome en un bralette de encaje negro que ahora también estaba mojado.

—Simplemente genial—, gruñí limpiándome el vientre con la camisa que acababa de quitarme. —Maldito Maddox.

El ascensor se abrió y caminé hacia la sala de estar, dirigiéndome directamente a las escaleras.

—Bien, esto es una vista.

46

—¿Y tú quién demonios eres?— pregunté mirando al tipo que estaba sentado demasiado cómodamente en mi sofá.

Así es. Lo reclamé, aunque esto es el ático de Vittore.

—Simplemente relajándome, amor—, respondió el impostor y fue entonces cuando noté el acento británico en su voz. Incluso tuvo la audacia de guiñarme uno de sus profundos ojos marrones. Mis ojos recorrieron cómo había colocado sus pies en la mesa de café y solté un bufido.

—¿Nombre?— pregunté y el tipo sonrió.

—King—, simplemente afirmó y todavía mantuve mi mirada sobre él. Su piel era marrón, mucho más clara que la mía, probablemente mestizo y tenía el cabello rizado en la parte superior de su cabeza que estaba afeitado en los laterales.

Mi mirada de desaprobación se detuvo inmediatamente cuando una mano aterrizó en mi brazo y me arrastró hacia la escalera. No necesitaba ser un genio para saber que era Vittore y una vez que estuvimos en el nivel superior y fuera de la vista de King, me empujó contra la pared y se metió en mi espacio personal.

—¿Quién era ese?!— susurré con dureza antes de que tuviera la oportunidad de hablar.

—¿Por qué no llevas puesta tu camisa?— preguntó Vittore en su lugar, bajando la vista a mi pecho.

—Bueno, estaba dando a nuestro huésped un jodido estriptís en su honor—, dije en un tono burlón con un rodar de ojos. —Para tu información, puedo estar sin camisa si quiero. Tú lo haces todo el-

—No te metas conmigo ahora mismo, tesoro—, gruñó Vittore, su mano rodeando mi cuello mientras me empujaba más contra la pared y se acercaba más. Mis ojos se abrieron ante la posición en la que nos encontramos.

—Maddox acaba de derramar algo de jugo sobre mí y vine aquí a cambiarme, joder—, expliqué rápidamente, pero no pareció hacer nada para disminuir la ira que se desprendía del italiano.

—Escúchame con atención, tesoro—, dijo Vittore, su voz mucho más profunda y aterradora de lo que la había oído. Lo extraño es que solo parecía hacerme sentir más alterada por la posición. —L'unico uomo a cui è permesso vederti così esposto sono io. Inteso (El único hombre que tiene permiso para verte tan expuesta soy yo. ¿Entendido)?

—Bueno, no estoy súper segura de eso porque en algún momento tengo que seducir a algunos de nuestros objetivos o ir a la playa— la mano alrededor de mi cuello se apretó. —O podría simplemente decir que entiendo y avanzaríamos desde esto.

—No me gusta cuando las personas ponen a prueba mi control y créeme que tú lo haces cada. Único. Día—, dijo Vittore, acercando su cara a la mía con cada palabra. Mi pecho se elevaba y bajaba por el calor que recorría mi cuerpo con sus palabras.

Tomé bocanadas de aire mediante mis labios entreabiertos porque el idiota estaba restringiendo mi tráquea. Vittore acercó su rostro al lado del mío, su barba rozando mi mejilla mientras tomaba respiraciones profundas, probablemente para calmarse. Sentí la mano alrededor de mi cuello apretarse y aflojarse y me quedé completamente congelada cuando su otra mano aterrizó en mi cadera.

Podría moverme de esta posición, realmente podría, pero no quería. Casi deseaba decir algo que seguramente enfadaría a Vittore solo para ver qué haría.

—Cambia de ropa—, susurró Vittore en mi oído y asentí con la cabeza, y fue entonces cuando me soltó, dejándome tambalear sobre rodillas débiles hacia mi habitación donde cerré la puerta y me aseguré de girar el pestillo.

—Santo cielo—, susurré para mí misma una vez sola.

Pasé una mano por mis rizos, tirando ligeramente de ellos, lo que provocó que el dolor se extendiera por mi cuero cabelludo. Bien, eso no fue un sueño. Estaba tentada de simplemente

evitar a Vittore como normalmente haría cuando este tipo de cosas sucedían, pero realmente quería saber por qué estaba aquí King.

Cambiándome a un sujetador deportivo y una camiseta holgada que se caía de un hombro, bajé de nuevo las escaleras, deslizando cada rastro de lo sucedido de mi rostro en el área que acababa de salir. Soy tranquila. Soy serena. Necesito algo de meditación y terapia.

Cuando finalmente bajé, King charlaba con Vittore, quien mayoritariamente lo ignoraba.

—Oh, mira. La princesa finalmente decide unirse a nosotros de nuevo—, anunció King.

—¿Quién es y por qué está aquí?— Le pregunté a Vittore en su lugar, mi voz tranquila y serena como si él no me hubiera asfixiado contra una pared.

Eso sonó mal.

—¿Van ambos a pretender como si yo no estuviera aquí?

—Él trabajaba para Sante—, dijo Vittore.

—¿Y? ¿Cómo va a ayudar eso?— Pregunté.

—Bueno, mi hermana británica, sé dónde va a estar en unos días—, dijo King con una sonrisa en su rostro.

—¿Confías en él?— Le pregunté a Vittore.

—No, pero traicionará a Sante—, me respondió Vittore.

—Por el precio correcto, por supuesto—, agregó King.

—¿Cuánto le estás pagando?— Inquirí.

—Medio millón, nena—, gritó King con una carcajada fuerte, comiendo una uva. Mis ojos se entrecerraron al ver el tazón en sus manos. ¿De dónde sacó esas? Eran mías.

Rápidamente saqué el tazón de su agarre y él rodó los ojos mientras yo lo llevaba de vuelta al refrigerador y cerraba la puerta, parándome a unos metros protectivamente frente a ella.

—Entonces, King... ¿vas a guiarnos a Sante?— Confirmé y el hombre de cabello rizado asintió. —¿Cómo lo conoces de todos modos?

—Sante tiene debilidad por los abandonados—, dijo Vittore de manera despectiva.

—Eso no es todo—, dijo King con un resoplido, claramente ofendido. —Imagina esto. Un chico pobre en las calles de Gales, hurtando, robos menores, ya sabes, lo usual hasta que un día, roba un teléfono de la persona equivocada. Es un comienzo jodidamente bueno para una vida de crimen, si me preguntas.

—Pues sí, pero bueno, nadie lo ha hecho—, le dije con una sonrisa dulcemente venenosa antes de que se me cayera y me girara hacia Vittore. —¿Cuándo va a suceder todo esto?

—En unos días. Serás tú, Lily, Peyton y King.

—Genial—, murmuré apoyándome en la encimera. —Bueno, tengo que ir a algún lugar. Los veré más tarde.

—¿Oh, qué bien, puedo acompañarte?— Preguntó King siguiéndome.

—No—, le respondí bruscamente, pero continuó siguiéndome y yo rodé los ojos.

Dios santo.

—Dejémoslo atrás—, sugirió Peyton. —No sería tan difícil. Simplemente podríamos conducir y dejarlo atrás de una vez por todas.

—Esa idea es muy tentadora—, murmuró Lily desde el asiento trasero.

Todos estábamos en una camioneta negra, en una gasolinera en medio de la nada. Después de la pequeña charla con Vittore ayer, pensó que lo mejor sería irnos a matar a Sante lo antes posible. King estaba liderando el camino y estar atrapados en un coche con él las últimas cuatro horas ha sido un infierno. Era un paquete de energía molesta que nunca se callaba. Me cansé de escuchar mi propio acento en sus labios.

Lo que más me irritaba era que Faye lo encontraba soportable. Quiero decir, Faye era un espíritu amable y acogedor, por supuesto que le gustaría el maldito idiota, pero eso no iba por el resto de nosotros. Miré por la ventana del lado del pasajero, viéndolo comprar algunos bocadillos dentro de la estación.

—Si lo dejamos, no completamos la misión—, afirmé lo obvio y las chicas en la camioneta conmigo suspiraron.

—¿No podemos al menos atarlo y amordazarlo?— Preguntó Lily esperanzada, un brillo malvado en sus ojos.

—Entonces no nos sería de ninguna ayuda, ¿verdad?— Pregunté y me recosté, cerrando los ojos y bebiendo algo del jugo de naranja en mi botella.

Supuestamente, solo íbamos a estar fuera durante cuatro días, ese era el tiempo que Vittore nos había dado y Faye había asumido como su trabajo empacar la comida que necesitaría durante todo el viaje. Honestamente, era un ángel. Me he estado sintiendo mucho mejor estos días. Sin mareos y solo unas pocas noches sin dormir.

Suspiré cuando vi a King volver, las manos llenas de bocadillos mientras se sentaba al lado de una Lily que lucía miserable en la parte de atrás.

—Ok, queridos, tengo todo, desde Pringles hasta Doritos. ¿Alguien quiere algo? Créanme cuando les digo que la mayoría de opciones aquí son las saladas an-

—¿King?— lo llamé interrumpiéndolo.

—¿Sí?— respondió y sonó como si ya hubiera empezado con la comida, si el masticar ruidoso decía algo.

—Estoy dispuesta a sacrificar toda esta misión y sacarte el trasero de mi camioneta si no te callas. ¿Entendido?— Amenacé con una voz dulcemente venenosa.

—Oh, seguro. Sin problemas. Solo estaré aquí atrás, labios sellados—, dijo King rápidamente, pero había un nerviosismo que no podía ocultar en su tono. Mantuvo la boca cerrada, lo cual estaba bien, pero luego abrió un paquete de patatas.

Su masticar era tan fuerte en el coche y el crujido del papel me estaba poniendo nerviosa. Fue solo cuando lo escuché abrir una nueva bolsa que estallé. Alcancé detrás de nosotros, agarrando todos los bocadillos que había comprado, incluido el que tenía en la mano, y los tiré a mis pies.

Me senté de nuevo, soltando un resoplido mientras King masticaba en silencio lo que le quedaba de comida en la boca.

—Eso fue grosero, sabes—, señaló el chico más joven y yo simplemente rodé los ojos. Si no comiera tan jodidamente fuerte, tendría sus patatas. Ya estaba exhausta del viaje hasta aquí y por alguna razón desconocida, mi mente divagó hacia Vittore.

El maldito italiano era todo en lo que podía pensar cuando se trataba de terminar esta misión. Lo vería de nuevo y después de pensarlo, firmaría el contrato de matrimonio. Quiero decir, básicamente lo había hecho anoche, rellenando donde todas mis firmas eran necesarias, la parte difícil era entregárselo. Algo que planeaba hacer si esto salía bien.

Me había dicho a mí misma que la única razón por la que quería firmarlo era para ir a la convención de la mafia y no porque la idea de él y yo juntos no despertara algo dentro de mí.

Algo que no me gustaba en lo más mínimo, pero no tenía que preocuparme por eso en este momento.

Primero tenía que pasar por esta misión.

—¡Detente aquí!—

Peyton pisó los frenos ante el comando inesperado de King, mientras los coches tocaban el claxon al verla detenerse al lado de la carretera.

—¿Qué? ¿Qué pasa?— pregunté y King abrió la puerta, saliendo del coche.

—Esta es mi parada—, anunció y yo lo miré fijamente.

—¿Perdón?—

—Mira, Sante y yo no nos separamos en buenos términos, ¿ok? Prefiero no respirar siquiera en la misma vecindad que su dominio. Sigue recto por esta carretera. Llegarás a un pueblo, Brookehills. Toma la primera a la izquierda. Hay un almacén allí. Sante se reúne con sus matones y la mayoría de la gente de su mafia para una reunión. La mayoría de las veces, intercambian armas y cosas así—, explicó King, con las manos en las caderas.

—¿Y la seguridad? ¿Cómo es?— pregunté.

—El lugar alrededor del almacén está cerrado, lo que no es difícil de hacer. Está básicamente separado del pueblo, rodeado por nada en absoluto. Hay mucha seguridad, así que buena suerte con eso—, bromeó King con una risa.

—¿Y sobre el pueblo? ¿Qué puedes decirme sobre él?— indagué, ya fraguando un plan en mi mente.

—Pequeño pero con gente estupenda. Todo el mundo se conoce y a todos les encanta mucho festejar en este lado del estado—, respondió King y una sonrisa se me escapó.

—¿Algo más?—

—Sante estará en la reunión mañana por la noche. Eso si puedes lograr esta mierda y realmente matarlo.—

—Gracias y buena suerte con todo. ¿Peyton?— Cuando me volví hacia la morena, ella no perdió tiempo en arrancar el coche y acelerar por la carretera vacía. Vi a King observándonos a través del espejo retrovisor y solté una risa.

—¿Qué tiene de gracioso?— preguntó Lily desde atrás.

—Oh, nada. ¿Alguien quiere algo de comer?— pregunté levantando las bolsas que aún sostenía. Las chicas y yo empezamos a comer y ya estaba a mitad de un bote de Pringles cuando llegamos al pueblo, Brookehills. El desvío a la izquierda estaba justo adelante también.

—Sigue adelante—, le dije a Peyton y ella obedeció. Entramos en el pintoresco pueblito y era muy diferente de Las Pavita.

Parecía un buen lugar para mantenerse bajo perfil y el ambiente era distractor. Vi una biblioteca más adelante y le dije a Peyton que aparcara al lado. Me quité la camiseta holgada que llevaba y le pedí a Lily que me diera una camisa de botones de manga corta.

—¿Para qué es esto?— preguntó mientras yo abrochaba los botones del material azul claro.

—Supongo que ese lugar tiene algún tipo de plano del almacén y voy a conseguirlo. Lily, ¿tienes gafas falsas?— pregunté.

—¿Acaso sí?—

Un par me fue entregado y me las puse, sintiendo momentáneamente la sensación desconocida del objeto extraño en mi cara. Levanté las caderas y metí la nueva camisa en los jeans que llevaba.

—Peyton, ve a una cafetería o algo así y consigue el número de un chico—, ordené y la morena asintió.

—¿Y yo?— preguntó Lily.

—Guarda el coche. Tu trabajo será mucho más útil más tarde. Nos reunimos todos aquí en veinte minutos, ¿ok?—

Un coro de síes resonó en el coche y abrí la puerta, saliendo. Agarré una bolsa de portátil que Lily había llevado y la colgué sobre mi hombro. El peso del Macbook dentro se podía sentir fácilmente mientras caminaba hacia la biblioteca.

El plan que tenía era extremadamente arriesgado y todo dependía de los planos que estaba a punto de conseguir.

Ojalá salga bien.

48

Subí los escalones de la biblioteca y empujé la puerta abierta, el olor a libros golpeándome de lleno en la cara. Tomé una profunda inhalación, recordando los días cuando las bibliotecas solían ser mi lugar seguro. Estos días, ese lugar se estaba convirtiendo en la compañía de un cierto italiano.

Me acerqué al mostrador principal donde una señora de edad avanzada con el cabello gris recogido en un moño apretado, las gafas descansando bajo en su rostro. Mi rostro se abrió en una sonrisa mientras me acercaba, los ojos de la bibliotecaria finalmente levantándose hacia mí.

—Hola. Soy Evangeline,— dije extendiendo mi mano y ella la estrechó. —Vengo en nombre de la corporación Aaron. Mi jefe ha oído hablar de un almacén por aquí que podría estar en venta?

La anciana negó con la cabeza, dejando caer el libro que estaba leyendo sobre su escritorio. —No está en venta,— me dijo.

—Pero podría estarlo, ¿verdad?— pregunté, agregando un poco de miedo en mi tono. —Mi jefe realmente quiere una nueva sede y esta es mi última oportunidad para encontrar una.

La anciana me miró y su mirada se suavizó. —Tal vez haya algo al fondo que pueda ayudar.

Se deslizó fuera de su asiento y me hizo señas para que la siguiera, le sonreí agradecida. —Muchas gracias. Estás salvando mi trabajo,— murmuré mientras la seguía.

Me mostró una habitación llena de cajas, todo el lugar olía a papel y polvo. Escogió una caja en particular y la colocó en el suelo.

—Eso es todo lo que hay sobre el almacén. De hecho, está justo antes del pueblo, el camino que va hacia la izquierda,— explicó y yo asentí.

—Vi ese camino cuando llegué aquí,— dije y ella se puso las manos en las caderas.

—Eso es un buen comienzo entonces. Te dejaré con ello. Buena suerte.

—Gracias de nuevo,— dije mientras se alejaba, me senté en el suelo y crucé las piernas. Acerqué la caja a mí y la abrí, buscando los planos. Eso era todo lo que necesitaba.

Finalmente vi el pergamino blanco y lo desenrollé, mirando la distribución del lugar. Mientras mis ojos lo recorrían todo, una sonrisa maliciosa crecía en mi cara. Lo estaban haciendo demasiado fácil para mí.

Saqué el teléfono que Vittore me había dado para la misión y tomé una foto del plano. El almacén debía estar vacío ya que se usaba principalmente para almacenamiento pero todo había sido trasladado por la compañía que lo usó por última vez, según el pequeño recorte de periódico que encontré dentro de la caja.

Leí todo lo posible sobre el almacén antes de poner la caja en su lugar y sacudirme el polvo. Regresé al frente, la biblioteca estaba mucho más concurrida y la bibliotecaria parecía ocupada, así que simplemente le hice un gesto antes de salir.

Cuando volví al coche, Peyton y Lily estaban dentro esperándome.

—¿Encontraste algo útil?— preguntó Lily y yo asentí.

—Encontré lo suficiente. ¿Hay un motel o algo por aquí? Tenemos que poner el plan en marcha.

—Sí. Incluso nos conseguí una habitación,— dijo Lily balanceando una llave frente a nosotros. Me giré hacia ella sorprendida.

—¿Dejaste el coche?— pregunté enojada.

—Bueno... sí. Ustedes estaban tardando bastante y solo salí por un segundo,— respondió Lily con timidez. —¿Es eso un problema?

La miré fijamente. —No,— forcé a decir. —Está bien. Muéstranos dónde está el motel.

Las chicas parecían más tímidas después de mi muestra de enfado y Lily guió a Peyton hacia donde necesitábamos ir en un tono suave. La razón por la que estaba enojada es que había una bolsa en la parte trasera, una que estas dos no conocían que contenía el arma principal que necesitaba para este plan.

Si esa bolsa desaparecía...

Llegamos a la habitación y era tarde en la tarde en ese momento. Era un simple agujero de dos camas que olía a naftalina. Lily puso toda la ropa y maquillaje que trajo en la mesa.

—Ok... el plan,— murmuré y me puse las manos en las caderas mientras Peyton y Lily tomaban asiento en la cama.

—Peyton, conseguiste el número de un chico ¿verdad?— pregunté y ella asintió. —Envíale un mensaje. Dile que tú y un montón de amigos van a tener una fiesta en el almacén y te encantaría que viniera. Dile que puede invitar a cuantos quiera.

Peyton sacó su teléfono y comenzó a escribir, sonando un ping cuando envió el mensaje. Un nuevo mensaje llegó en menos de un segundo.

—Él dijo que él y sus amigos estarán ahí con un grupo. Está preguntando si la fiesta tiene un tema,— murmuró Peyton entrecerrando los ojos en su pantalla.

—¿Qué ropa tienes Lily?— pregunté a la rubia.

—Eh... tengo ropa normal, elegante y tal vez algunas cosas de playa...

—Entonces con temática de playa,— murmuré y Peyton le escribió al chico que había conocido.

—Y... enviado,— dijo y presionó un último botón antes de apagar su teléfono.

—Las dos van a ir al almacén y crearán una escena allí. Asegúrense de tener toda la atención

de los guardias. Yo me encargo del resto.

—¿Qué vas a hacer?— preguntó Lily.

—Nada de lo que deban preocuparse, pero no me verán hasta mañana ¿ok?

Las dos chicas asintieron pero podía decir que Lily aún estaba curiosa. Si hay algo que he aprendido desde que me vendieron es mantener tus secretos cerca. No confío en nadie, en absoluto. Ni con mis pensamientos ni con mi pasado y definitivamente no con uno de los planes más brillantes que jamás he concebido.

—Vístanse chicas. Es hora de matar a un montón de malditos idiotas.

49

Ajusté las correas de la mochila en mi espalda. Esto era lo más importante con lo que vine en este viaje. Era la razón por la que Lily tuvo que quedarse en el coche y me sentía emocionada al pensar en usar lo que había dentro.

Iba vestida de negro de pies a cabeza, mi cabello había sido trenzado en dos trenzas francesas ajustadas. Flexioné los dedos, encantada con los suaves guantes negros que Lily me había dado.

—Te ves genial,— comentó Lily saliendo del baño vestida con unos vaqueros cortos y una camisa tropical desabotonada, mostrando su sostén de encaje y atada justo debajo de la tela.

—Gracias,— murmuré.

Peyton salió del baño después, vestida con una larga falda blanca hasta el suelo con una abertura en cada pierna y un top corto negro sin tirantes.

—Me encanta toda esta operación,— murmuró Peyton, una sonrisa tonta en su cara.

—Bueno, eso está bien y todo. ¿Las dos están listas?— pregunté y ellas asintieron.

—Genial. Nos vemos en unos días,— les dije y salí por la puerta primero. Bajé al estacionamiento, no había mucha gente alrededor, mis ojos buscando un vehículo.

Vi una moto negra elegante y silbé bajito. Definitivamente este era mi día de suerte. Lancé una pierna sobre la poderosa máquina y después de jugar un poco con los cables, la arranqué.

Sonreí cuando el motor rugió y saqué la moto del estacionamiento. Creo que escuché a alguien gritándome cuando me alejé, pero nunca lo sabría. El viento golpeaba mi cara, echando hacia atrás mis trenzas y este era el momento más relajado que había tenido en mucho tiempo.

Mis movimientos eran suaves mientras tomaba giros bruscos en diferentes esquinas hasta que llegué al camino para desviarme. Bajé de la moto y miré alrededor. Me encogí de hombros y la puse en marcha, viéndola alejarse por sí sola, cada vez más lejos hasta que colisionó contra un búlder, prendiéndose en llamas.

Me estremecí y rápidamente me alejé, corriendo por el camino. Después de un rato, me desvié hacia un lado que tenía arbustos y árboles aleatorios. Estaba acostumbrada a correr largas distancias, así que no estaba tan sin aliento cuando vi el almacén. Lo espí desde detrás de unas hierbas largas. El lugar estaba lleno de guardias. No había forma de que pudiera pasar por ahí.

Me senté y después de un rato, una música estruendosa resonó en el espacio vacío. Miré hacia arriba para ver un convertible rojo elegante lleno de gente vestida de baño con un altavoz grande, acercándose al almacén.

Noté a Peyton y Lily en el coche y el grito inconfundible de docenas de adolescentes llenó el aire. Sonreí cuando el lugar se llenó de adolescentes medio desnudos, ansiosos por fiestar. La mayoría de los guardias fueron al frente para prevenir que la gente entrara y yo aproveché para correr hacia el edificio.

Cuando llegué a la cerca de alambre, me levanté y pasé por encima, más rápido de lo que los guardias podían rastrear antes de correr hacia el lado del edificio. Puse mi espalda contra él, manteniéndome en las sombras mientras alguien pasaba. Exhalé cuando se fueron, buscando con la mirada la entrada a una ventilación.

Cuando mis ojos la encontraron, estaba más arriba de lo que podía alcanzar, así que retrocedí antes de correr hacia la pared, impulsándome en la superficie y agarrando la ventilación. Mi peso fue demasiado y caí con ella en mis manos.

Cayendo sobre mi espalda, gemí silenciosamente por el dolor que se extendía por mi columna. Me senté recogiendo una cuerda aleatoria del suelo y atándola en una de las barras de la ventilación y alrededor de mi cintura.

Retrocedí de nuevo, corriendo hacia la pared y subiéndome a la ventilación. Me arrastré hacia adentro, la cubierta de la ventilación arrastrándose detrás de mí y me pausé un rato para volver a ponerla en su lugar y quitar la cuerda de alrededor de mi cintura.

Me saqué la mochila y la puse delante de mí. El espacio en la ventilación era lo suficientemente grande como para sentarme con la cabeza inclinada y agradecí a quien haya construido este edificio. Saqué mi teléfono de la mochila y usé la foto que había tomado del

plano para llegar al almacenaje principal. Me arrastré por las ventilaciones, a veces pasando por otras aberturas para ver guardias abajo.

Sonreí, siendo invisible y después de un rato, llegué al almacenaje principal. Miré hacia abajo a través de la abertura y vi toda una mesa de conferencias. Suspiré y me acomodé. El aire en las ventilaciones era fresco y me ayudó a calentarme después de todo ese arrastrarme. Saqué la mochila hacia mí y la abrí, sacando uno de los bocadillos que Faye había empacado para mí.

No había forma de que estuviera aquí sin ellos. Iba a esperar a Sante todo el día.

Los guardias pasaban durante el transcurso de la noche, probablemente buscando a cualquier rezagado después de toda la cosa de la fiesta en la playa. Necesitaba una palmadita en la espalda por esa idea y todo gracias a King.

Cuando llegó la mañana, nadie estaba en el almacén. Estaba lleno de un silencio que se podía cortar y me recosté de espaldas, mi mochila actuando como una almohada y cerré los ojos por un rato. Debo haber dormido durante dos o tres horas, pasando el resto de mi tiempo mirando la mesa abajo y comiendo bocadillos.

El aburrimiento estaba asegurado. Estaba tan atrapada conmigo misma y mis pensamientos, rogué por que Sante llegara temprano. Todo en lo que pensaba eran las peores partes de mi vida, los momentos agridulces de cuando era más joven y, por supuesto, Vittore. Nunca parecía alejarse del primer plano de mi mente. Pensé en la primera vez que nos encontramos, cuando me llamó —eso— y una prostituta.

—Maldita sea, eso parecía de hace tanto tiempo. Ahora teníamos una especie de sociedad, estaba pensando en firmar un contrato matrimonial con él y estaba ese extraño sentimiento que tenía cada vez que nuestra piel se tocaba. Sabía lo que era ese sentimiento, me sentía atraída por el italiano y, no importa cuántos pensamientos insalubres llenaran mi cabeza sobre él, simplemente no podía deshacerme de ese sentimiento y no me importaba. Suspiré, completamente conflictuada.

De repente, un fuerte estruendo resonó por el almacén y mi cuerpo se tensó, entrando en modo de combate. Miré por el espacio donde se abrían las rejillas de ventilación y vi a un hombre tomar asiento, seguido por varios más.

Noté que todos tenían el mismo tatuaje de serpiente en el lado de sus cuellos, pero había uno de ellos cuya serpiente se destacaba. Era más detallada y parecía el líder. Noté cómo la mayoría de las personas a su alrededor se empequeñecían en su presencia.

La reunión comenzó y todos hablaban en italiano, pero yo esperaba el momento. Esperaba la confirmación y, una vez que uno de los hombres en la mesa llamó al hombre del tatuaje detallado Sr. Di Laura, acerqué mi bolsa, sacando finalmente lo que había estado guardando.

Era una bomba, una que había hecho yo misma. Era un simple explosivo plástico C-4 y le había puesto un temporizador para volar este lugar por los aires. Solo tenía cuatro minutos para atravesar este espacio estrecho de nuevo y alejarme lo más posible de aquí.

Rápidamente activé el temporizador, cogiendo únicamente el teléfono de la bolsa y gateando silenciosamente de regreso por la ruta que había venido con ayuda de la foto del plano. Mi corazón martilleaba en mi pecho ya que la adrenalina recorría mis venas. Era como si pudiera sentir el temporizador en mi pecho, contando los segundos para mi muerte.

Finalmente, alcancé la rejilla por la que había entrado, mirando hacia afuera. Había un guardia allí pero no podía esperar. Estaba mirando hacia otro lado, así que silenciosamente empujé la rejilla abierta y la sostuve en mi mano mientras caía al suelo silenciosamente, escondiéndome detrás de una caja al azar cuando él miró hacia atrás.

Mi corazón estaba prácticamente saltando en este punto, sabiendo que no me quedaba mucho tiempo. Lo vi acercarse y le salté encima cuando estuvo lo suficientemente cerca. Agarré una roca del suelo y le golpeé en la cabeza, lo suficientemente fuerte como para dejarlo inconsciente.

Luego, corrí hacia la valla, salí y la salté, corriendo lo más rápido que podía hacia la carretera principal.

—Alexa, llama a Peyton!— dije al teléfono, sin aliento.

Llamando a Peyton....

—Hola?

—¡Ven a recogerme! Estoy en la-

Un estruendo que sacudía la tierra sonó detrás de mí y el calor pasó sobre mi piel. Cuando miré hacia atrás, toda el área estaba iluminada por las llamas naranjas del almacén. Mis pies tropezaron mientras la tierra se sacudía y el viento pasaba junto a mí, la ráfaga lo suficientemente

poderosa como para finalmente tirarme de los pies y rodar hasta la base de un árbol. Golpeé mi espalda y gemí mientras un zumbido sonaba en mis oídos.

Todo se volvió borroso por un segundo y mi cabeza giró mientras las cosas lentamente se oscurecían.

Continuará...